
UN ASTRO en el CAMINO
AUBREY RICE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
José Luis

C Aubrey Rice

UN ASTRO EN EL CAMINO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

DOLOR EN EL VACÍO

EL cráter, descomunal tronco de cono geométrico y exacto, con su altísima pared color naranja perdiéndose en el azul-negro del éter, era la meta del solitario terrestre que se había aventurado lejos de su astronave.

Con los pies medio a rastras, calzado con pesadas botazas de plomo y embutido en una escafandra cuadrada y verdosa, el hombre de la Tierra marchaba con pausada lentitud y cierto «aire» de buzo despistado.

La caminata resultábale muy penosa. Le daba la impresión de estar andando sobre arena. Pero no se advertía ninguna partícula de piedra o metal en toda la limpia extensión que los ojos alcanzaban a ver, ni tampoco dejaba huellas en el compacto suelo que pisaba.

El yerto paisaje por donde caminaba, carente de atmósfera, era una inmensa llanura completamente lisa, monótona, sin más obstáculos que el cráter citado y con un brillo anaranjado que molestaba a la vista si se miraba a la lejanía.

Al llegar al cráter, antes de empezar a circunvalarlo, se detuvo y miró a lo alto. Se notó mareado y con náuseas, y tambaleándose y con las sienes

latiéndole se vio forzado a apartar la mirada.

Apretó los dientes y prosiguió con paso incierto su camino. Las articulaciones de las piernas de dolían, y los oídos le zumbaban con tal intensidad que le parecía tener un enjambre de moscardones en el interior de cada oreja.

Y para colmo de males sintió un calor sofocante dentro del equipo interplanetario, inflado y verdoso, de tono más oscuro que la transparente escafandra, con que estaba aislado del exterior.

Temblando de espanto, dominado por el presentimiento de tener a alguien detrás, dio media vuelta y dejó que la vista se le perdiera en la línea del horizonte, nítidamente dibujada en la linde remota de la planicie.

Lacerado el abdomen por un dolor agudísimo, volvió a marearse. Contagiado tal vez el espíritu por la desolación del panorama, se sintió como aplastado por aquel suelo color naranja, ultraterreno, que tan pronto parecíale lejano como que se le acercaba a los ojos hasta casi tocárselos.

Manipulando con torpeza en la palanca del transmisor, cuya caja llevaba en el centro del pecho, emitió una llamada, y en breve, mientras saltaban silenciosas chispas verdes en el extremo de la antena que le sobresalía de la escafandra, recibió respuesta. Aunque la espera fue corta, él ya había empezado a sudar de impaciencia y de dolor.

Agotado como estaba, al saberse escuchado por sus amigos pareció recuperarse, y tornando a girar sobre las botas, siguió avanzando sin abandonar la base del inquietante cono que bordeaba.

El sudor le corría a chorros por el rostro, y el dolor que experimentaba se le hacía cada vez más insoportable. No comprendía bien qué era lo que le estaba sucediendo. Sólo sabía que por momentos se sentía desfallecer, y que se le ponía la carne de gallina al pensar en la singular inscripción que había descubierto.

Fue poco después de salir de exploración. La vio por casualidad, claramente marcada en la lisa generatriz del cráter, y la prudencia le había aconsejado volver a la astronave; pero se encontraba entonces tan a sus anchas en el traje y en la escafandra que tantas ganas tenía ahora de quitarse, que decidió no solicitar siquiera compañía.

Y se aventuró ilusionado en la llanura color naranja, dispuesto a localizar cuantas otras señales escritas hubiera en ella. Las fuerzas, no obstante, le habían engañado, y cuando más falta le hacían para volver al punto de partida, le estaban faltando. Se sentía enfermo; tan mal, que le fue preciso detenerse y sentarse en el suelo, ahogándose y transido de dolor, temiendo tener que llegar a revolcarse.

La coloreada materia que formaba aquella superficie de pesadilla podía

ser de naturaleza radiactiva, motivo por el cual no debía apoyar en ella nada que no fueran los pies, única parte de su inflada indumentaria con suficientes garantías de protección.

Jadeando procuró levantarse sin conseguirlo.

Transmitió entonces otra llamada de socorro, y como la contestación le llegara instantánea, fue tal su alegría que logró ponerse en pie. La soledad no le parecía ya tan espantosa, y hasta tuvo la ilusión de que respiraba con menor dificultad y de que el dolor no era tan intolerable como había estado siendo.

Y, seguro de que sus compañeros acudían a su encuentro, fue abriendo y cerrando el compás de sus piernas con un ritmo de esperanza puesto en los pasos.

Las chispas brotaron de nuevo en la punta de la antena, y supuso que Smoker o el profesor deseaban comunicarle algo, mas su sorpresa no tuvo límites al comprobar que le estaban radiando un mensaje ininteligible. Era una voz potentísima y extraña, de timbre metálico y escalofriante, que le llenó de pánico y le hizo correr.

En otras circunstancias no hubiera dudado en afirmar que se trataba de una de las bromas del doctor, aunque la jugarreta fuese, en este caso, de pésimo gusto; pero después de haber visto la inscripción... Detuvo la carrera y, con los ojos desorbitados aún, procuró convencerse de que la transmisión tenía que proceder de Mark Smoker.

¿De qué otra persona podía emanar? Del profesor Brief, desde luego que no. Y de los marcianos, aun en el supuesto de que existiesen en la realidad, tampoco: en ningún caso podrían pronunciar «palabras». En la autorizadísima opinión del profesor, que tenía más motivos que nadie para saberlo, eran entes microorgánicos, agrupados en colonias rudimentarias.

Bañado en sudor y casi asfixiado dejó de oír la comunicación de repente. Miró a lo lejos a riesgo de marearse, y el corazón le saltó de contento al ver a sus dos amigos que venían a su encuentro bamboleándose grotescamente; y sus verdes vestiduras, al recortarse con fuerte contraste con el anaranjado paisaje y en el profundo azul del firmamento, tuvieron la virtud de hacerle recobrar el perdido sosiego.

Pero ya no pudo dar ni un paso más. Suspirando se sentó. Y ni siquiera probó a moverse cuando vio las señas que el profesor le hacía con los brazos. Estaba rendido, extenuado; tanto, que no le importó la posibilidad de desintegrarse y se echó en el suelo riéndose histéricamente.

Cuando el profesor Gerold Brief, jefe de la expedición, y el doctor Mark Smoker, su ayudante, llegaron a donde yacía, estaba sin conocimiento y tenía el rostro desencajado y cubierto de sudor.

Actuando ambos hombres según un plan preconcebido, sin transmitirse

palabra, le cogieron cada uno por un pie y se dispusieron a transportarle hasta el *Corpuscle*, bólido intersideral que los tres hombres tripulaban.

No podían explicarse qué le ocurría al desmayado Sharpener, ingeniero colaborador del «Great Laboratory Electronic Corporation», o Gary, como solían llamarle a menudo, y marchaban llevándole flotando ingrávido entre los dos, en posición horizontal, con la cabeza en pos, como si fuera en una camilla, sin más trabajo que el de evitar el contacto de las botazas con el suelo.

Debían haber caminado unos cien pasos cuando en el interior de la escafandra del profesor se escucharon unos sonidos extraños, idénticos a lo que Gary Sharpener oyó, y también el científico, director del «Congress Atomic», de Filadelfia, sospechó que Smoker estaba haciendo de las suyas; pero al fijarse en que el doctor tenía las manos ocupadas en levantar la bota emplomada del muchacho, sintió que una cosa indefinible se le metía en el espíritu.

No sabía él si aquello sería «miedo», porque nunca había experimentado nada semejante, mas se dijo que debía tratarse de algo muy parecido. Miró a Mark Smoker y vio retratada en su cara con tanta fidelidad la imagen del terror, que no necesitó más para saber que también su ayudante había captado las intranquilizadoras señales acústicas y que le habían producido igualmente aquella «cosa indefinible».

El caso no era para menos. Se hallaban a unos 63.000.000 de kilómetros de la Tierra, en un lugar ignoto y muerto donde resultaba descabellada la sola conjetura de encontrar algo con vida, y, sin embargo, no cabía duda de que sus receptores estaban recibiendo ondas sonoras, lenguaje hablado, aunque no de nuestro planeta, que emitían desde allí con una potencia aterradora.

El profesor Gerold Brief no creía de ningún modo en los misteriosos habitantes de Marte, tan traídos y llevados en la lejana Tierra para achacarles todo lo inexplicable. A él le parecía menos imposible la presencia de otros investigadores terrestres que se hubieran visto forzados a descender sobre el astro anaranjado, igual que les había sucedido a ellos, que no lo pudieron evitar.

Ya estaba deseando llegar al *Corpuscle* para, después de auxiliar a Gary, volver a salir y procurar localizar el origen de la incomprensible y ensordecedora emisión.

Siguiendo siempre la línea perfectamente circular de la base del cráter, proseguían caminando sin el menor punto de referencia que les diera la certeza de ir ganando terreno, y de improviso, como dando un pequeño tajo vertical al firmamento y al suelo, divisaron la astronave destacando a lo lejos su simpática silueta gris y chata.

No era el *Corpuscle* un aparato de líneas aerodinámicas, según el

concepto «alargado» que se tiene del aerodinamismo. Tenía la forma de una bala de pistola, casi tan ancha como alta, y en su parte redondeada, que en la aeronave correspondía a la popa, estaban instalados los cuatro largos tubos de escape de sus reactores, empleados a la sazón como puntos de apoyo; la proa era totalmente plana, y en su cilíndrico y corto fuselaje o cuerpo, rodeándole por completo, se abrían los ventanales de observación.

Pero, además, se diferenciaba el *Corpuscle* del resto de las múltiples naves interplanetarias en otros dos puntos a cuál más importante: en sus dos sistemas de propulsión y contrapropulsión y en sus cámaras aisladas, dificilísimos problemas que había resuelto el profesor Gerold Brief con ayuda del isótopo radiactivo por él descubierto y que constituía la conquista más sensacional de la Ciencia de todos los tiempos.

Con la potencia de varios miles de millares de megatones (1) concentrada en una masa pequeñísima logró ya el científico, durante la primera fase experimental de su isótopo, los más espectaculares resultados en los campos de la Medicina, de la Guerra y de la Industria.

Cierto que no resultó sencillo, en principio, domeñar la terrorífica energía del isótopo; mas al fin, dejando tras sí un reguero de cobayas sacrificadas en el altar de la Ciencia y muchos motores y máquinas metálicas desintegrados radiactivamente, se pudo calibrar la cantidad justa para cada caso particular...

Y se llegó a anular la proliferación de las células cancerosas, y una sola aplicación fue capaz de preservar el organismo humano de toda *hiperplasia* durante un tiempo que todavía no había sido posible fijar: después de haber sido sometidos a las maravillosas radiaciones millares de pacientes, nadie había vuelto a aquejar la más ligera molestia.

Y se hizo inminente la desaparición de la faz de la Tierra de los anticuados motores de explosión, pues una partícula insignificante del isótopo de Brief, nombre con el cual se le conocía en el orbe, bastaba para mover indefinidamente las ruedas de los automóviles y de los demás vehículos que las precisan, y para que los engranajes de toda clase de maquinarias, aéreas, terrestres o marítimas, pudieran moverse y girar a una velocidad que jamás soñó ni el más audaz de los ingenieros.

Y con fines bélicos, allí estaba la energía del isótopo, miles de millares de veces superior a la de la más potente de las bombas radiactivas (2), desintegrando y reduciendo a la nada cuanto se le ponía por delante con la rapidez del... íbamos a decir «del rayo», pero lo cierto era que el isótopo quedaba tan por encima del rayo en cuanto a velocidad se refería, que no resultaba posible hacer la comparación.

Ya estaban los tres hombres al lado del *Corpuscle* y Smoker, dejando en el suelo la pierna de Gary, procedió a abrir la puerta de acceso y penetraron por ella. El profesor, con un portazo terrible que hubiera sonado como un

cañonazo de haber habido aire que lo transmitiera, la cerró y apretó seguidamente uno de los tres botoncitos que sobre una placa de goma se veían al lado del marco en la pared.

El recinto se iluminó con un resplandor rojizo que llegaba del suelo y comenzó a elevarse sin producir el menor ruido; sólo cuando se detuvo, al llegar a la habitación en donde podrían despojarse de los hinchados equipos aisladores que vestían, se oyó un ligero zumbido que cesó casi en el acto al descorrerse una barrera metálica.

Quitáronse las verdosas ropas y se apresuraron a desvestir a Sharpener, sumido todavía en la inconsciencia. Volvieron a cogerle entre los dos sin decirse nada y lo llevaron en vilo a un amplio salón en el que había tres camas de campaña que se despegaban del ambiente de comodidad que allí reinaba, y le acostaron en una de ellas.

—Gary tiene fiebre, Smoker —dijo el profesor con acento de pena.

—Sí —contestó el aludido—, ya me he dado cuenta. Nuestro amigo está pasando un mal trance y vamos a ver si podemos descubrir las causas.

Y así diciendo fue desnudando el pecho de Gary Sharpener, al tiempo que el profesor, sin hablar más, se dirigía al cuarto inmediato y volvía empujando una mesita de ruedas repleta de instrumentos de cirugía, que detuvo ante el doctor.

Cogió éste un fonendoscopio, sentóse en la cama y se puso a auscultar concienzudamente el tórax de su compañero, aplicándole reiteradas veces la placa vibradora en los lugares precisos. El profesor Gerold Brief, de pie, se mantenía en silencio expectante junto a él.

Mark Smoker no encontraba nada anormal en el pecho de Sharpener, pero no estaba en condiciones de asegurarlo categóricamente. Escalofriado por la emoción, los nervios no le dejaban identificar los sonidos que se le metían en los oídos por las huecas gomas del aparato.

Determinado ya a colocar a Gary de espalda para auscultarle también, apoyó por casualidad la mano izquierda sobre el abdomen del muchacho y lo encontró endurecido. De un tirón se quitó el fonendoscopio y lo arrojó sobre la cama, y con la rapidez y la pericia de un consumado maestro se dedicó a palpar el vientre del ingeniero. Poco más tarde levantó la cabeza y comunicó al profesor:

—Apendicitis aguda.

Se mordió un labio y agregó:

—Haga el favor de ponerle el termómetro y de observar la intensidad y la frecuencia del pulso...

— ¡Pero eso es terrible! —interrumpió el director del «Congress

Atomic»—. ¿Cómo vamos a poder operarle?

Gary Sharpener recuperó el conocimiento.

—¿Quién habla de operar a quién? —preguntó entre quejidos—. Si se refieren a mí —afirmó temeroso, con una seguridad que no convenció a nadie —, ¡yo estoy completamente bien!

—Tranquilícese —animóle el hombre de ciencia—, que a lo mejor no hace falta operarle. No todas las apendicitis...

El muchacho, presa de gran nerviosismo, fue a decir algo, pero el doctor, que mientras hablaban sus compañeros había estado bajando a golpes la columna de mercurio del termómetro, se lo introdujo en la boca y se lo impidió y fue el mismo doctor el que se puso a hablar, cortándole al profesor Brief, pero siguiendo la línea de su pensamiento.

—En efecto, —repitió—, no todas las apendicitis han de ser intervenidas en el acto. Suele creerse así, pero es un error. Lo que le voy a hacer es un análisis de sangre para ver cómo anda usted de leucocitos y, según veamos, así obraremos.

Gary hizo un movimiento con la mano y se la llevó a la boca con la sana intención de sacarse el termómetro.

—Estése quieto, hombre —le recomendó Smoker sujetándole el brazo—. Sólo nos falta que se trague una ración de cristal rociada con mercurio.

Sonrió a su amigo, le dió una palmadita en la frente y añadió:

—Entonces sí que podía considerarse entre los más ilustres de sus difuntos antepasados.

Sharpener cerró los ojos y se mantuvo tan quieto que el doctor, sabiendo que no se atrevería ni a moverse para no agudizar el dolor que debía estar experimentando, le soltó el brazo y se puso a rebuscar entre las ampollas inyectables que había en la mesita del instrumental.

—Le vamos a poner un calmante —dijo en cuanto hubo seleccionado una — para que le desaparezcan todas las molestias y pueda descansar.

Durante un minuto largo no se oyó en la cabina del *Corpuscle* más que la entrecortada respiración de Gary y los ruiditos que producía el doctor Smoker al preparar la inyección que pensaba aplicarle. Pulsando al enfermo, el profesor miraba en silencio su reloj electrónico.

—Noventa y seis pulsaciones —dijo por fin el científico.

—Bien, bien... —respondió el doctor. Y acercándose al lecho, sacó el termómetro de la boca del paciente—. Treinta y ocho tres —leyó en alta voz.

Sharpener comenzó a gritar de dolor, y como Smoker quisiera aplacarle

con una de sus macabras bromas, recobró la calma y preguntó anhelante, incorporándose:

—¿Han sido ustedes los que han transmitido unas extrañas señales acústicas?

— ¡Bah, bah!... —respondió el doctor vagamente, echándole para atrás con suavidad y dándole un pinchacito en un dedo para extraerle un poco de sangre.

—Pero bueno —dijo a grito pelado Gary—, ¿las han oído ustedes al menos?

El profesor Gerold Brief asintió:

—Sí, las hemos oído. Y si quiere que le sea franco —agregó—, debo decirle que desconocemos su procedencia. Ahora, en cuanto Smoker realice su análisis, saldremos con el radiogoniómetro.

El doctor, que ya había obtenido la muestra de sangre del muchacho y le había inyectado un enérgico calmante, se marchó al laboratorio. Sharpener, demudado, permanecía inmóvil con los ojos medio abiertos.

—¿Cómo se encuentra? —quiso saber el profesor.

El joven se puso a hablar rápidamente.

—Pues no sé qué decirle —se embaló—. Si juzgo la gravedad de la inflamación de mi apéndice por el dolor que me produce, le aseguro que me parece estar al borde de la muerte. Aunque —dudó— me está pareciendo que no me duele tanto como antes. Debe ser la inyección.

Se quedó mudo mirando al techo y los ojos empezaron a movérsele de un sitio para otro con inusitada velocidad.

— ¡Profesor, cada vez me duele menos, menos, menos...!

—Desde luego, no se preocupe; dentro de unos segundos se le habrá pasado por completo.

—Ya no me duele nada en absoluto —suspiró profundamente Sharpener —. ¡Uf, qué felicidad!

Y comenzó a hablar por los codos.

—Usted, profesor, no puede imaginarse los dolores que acabo de pasar. ¡Qué tortura!...

El científico trató de calmar la enorme excitación nerviosa del muchacho.

—No, claro que no puedo imaginarlo —dijo—, pero no presuma: le advierto que yo mismo estoy operado de apendicitis y...

Gary Sharpener cambió de conversación bruscamente y trajo a colación el

fenómeno que no podía olvidar.

—¿A qué atribuye usted —preguntó— las señales que captaron nuestros receptores? No será una broma de Smoker, ¿verdad?

—Ya le dije antes que no tengo ni la menor idea... Al doctor, desde luego, no le culpo. Y tampoco pienso en ningún habitante de Marte como productor de esas ondas sonoras... ¿Me escucha, amigo Gary?

El aludido había cerrado los ojos. La lengua se le estaba quedando seca a cada segundo que pasaba y a él le daba la impresión de que, de tan grande como se le estaba haciendo, apenas le cabía dentro de la boca, y notaba que el sueño se estaba apoderando de sus sentidos. No obstante, aún tuvo fuerza de voluntad para rebelarse y chillar:

— ¡Profesor..., la inscripción en la pared...! ¡Hay una inscripción en el cráter...! ¡A mil doscientos metros de aquí...! La he visto... la he visto...

Y se quedó profundamente dormido.

El profesor Gerold Brief se aseguró de que la respiración de su ayudante era normal y se fue al laboratorio en busca del doctor.

—¿Ha oído, Smoker? —interrogó a éste, que se encontraba haciendo recuentos en la sangre de su amigo a través de las lentes de un microscopio.

—Sí, profesor, pero opino que Gary deliraba. ¿Qué inscripción puede haber en este astro remoto? —se interrumpió, quitó el ojo del ocular del microscopio, tomó una nota en el papel que tenía sobre la mesa, se quedó pensativo y añadió: —Le aseguro que me gustaría saber a qué se refería Gary, suponiendo que se refiriera a algo, claro; ya sabe usted cuanto me atrae el misterio, y el ambiente que nos rodea es de lo más apropiado para dejar volar la imaginación.

El profesor Brief, de pie, con las manos metidas en los bolsillos de la americana, estaba frente al doctor mirándole fijamente y algo debió ver en su rostro que le obligó a preguntarle:

—¿Quiere decirme qué experimentó usted cuando captó las señales en su antena?

Mark Smoker dió un respingo y tragó saliva.

—Me parece —sonrió— que la explicación más gráfica que puedo darle es la confesión de que me entraron unas ganas locas de echar a correr.

—Sí —respondió el científico del «Congress Atomic»—, le ví pálido y con una cara...

—¡Y yo a usted, profesor, y yo a usted!

Gerold Brief frunció los labios, se sacó la mano derecha del bolsillo y se

rascó una oreja

—No me extraña —afirmó—; creo que también yo tenía ganas de correr.

El doctor se levantó del sillón en donde estaba sentado.

—El número de leucocitos —anunció— es casi normal, profesor.

—Lo cual quiere decir que no es probable que nos comience a supurar —dijo el aludido, refiriéndose al apéndice—, ¿no es eso?

—En efecto. Y hasta dentro de un par de horas, que habrá que asegurarse de las variaciones que ha habido en su número, me voy a limitar a ponerle bolsa de hielo y una buena dosis de antibiótico. Aunque no lo creo, probaremos a ver si así se nos resuelve el cuadro. Su vida no corre peligro por ahora. Podríamos hasta dejarlo solo...

El silencio que se hizo en el espléndido laboratorio del *Corpuscle* fue roto por el profesor.

—Smoker —dijo como dudando—, ¿estima, pues, que podríamos ir a comprobar lo que haya de cierto en las palabras de Gary?

—Estaba pensando en ello. Si estamos de vuelta antes de que hayan transcurrido dos horas, afirmo rotundamente que no hay riesgo alguno.

—Él es muy sensato y no me inclino a sospechar que tuviese intención de engañarnos.

—Gary no es capaz de gastar una broma... ni delirando.

—Pues ocúpese usted de atenderlo mientras yo reviso los equipos. Tenemos que llevar el radiogoniómetro...

Y el profesor Gerold Brief, en la puerta del laboratorio ya, añadió algo que hizo dar un brinco al doctor Mark Smoker:

—Y un par de desintegradores de mano.

CAPÍTULO II

DESCUBRIMIENTOS ALUCINANTES

QUINCE minutos más tarde ya estaban los dos hombres reunidos en el departamento de escafandras y otros cuantos minutos después, vestidos con las ropas especiales, descendieron al nivel de la puerta por donde debían salir al anaranjado y adusto exterior del astro desconocido.

Fuera del *Corpuscle*, envuelto en la fría tranquilidad del vacío, todo conservaba idéntico aspecto y las mismas gigantescas proporciones de antes: la llanura inmensa, el altísimo farallón de la pared del cráter, el firmamento...

Los dos viajeros comenzaron a seguir el circular camino que Gary Sharpener recorrió en su primera exploración. Avanzaban rápidamente, sin que el movimiento de sus dos pequeñas figuras infladas y solitarias consiguiese romper ni la imponente calma que reinaba, ni el silencio de muerte que lo presidía todo.

Procurando no mirar demasiado a lo lejos ni a lo alto, pues en ambos casos se les iba la vista y se veían obligados a detenerse, andaban a gusto por la desierta superficie, llana como un papel, que tenían bajo los pies.

Ochocientos metros. Ochocientos cincuenta...

En las antenas les surgieron las chispas verdes y en el interior de sus escafandras respectivas empezaron a escuchar palabras con toda claridad. ¡¿Pero qué era lo que les estaban transmitiendo?!

Se quedaron parados en seco, mirándose el uno al otro poseídos de extraordinario asombro, ¡¡porque estaban oyendo sus propias voces!!

—«Gary tiene fiebre, Smoker. Sí, ya me he dado cuenta. Nuestro amigo está pasando un mal trance y vamos a ver si podemos descubrir las causas. Apendicitis aguda. Haga el favor de ponerle el termómetro y de observar la intensidad y la frecuencia del pulso... ¡Pero eso es terrible! ¿Cómo vamos a poder operarle? ¿Quién habla de operar a quién...?»

¡Estaban oyendo una reproducción exacta de la conversación que habían sostenido antes dentro del *Corpuscle*! El radiogoniómetro del profesor Brief señalaba el sur de la enorme llanura de brillo anaranjado.

—«Si se refieren a mí, ¡yo estoy completamente bien!»

Ninguna anormalidad se advertía sobre la plana extensión del astro, y nada, salvo el cráter, que no estaba en la dirección que indicaba el aparato, destacaba en ella. Y sin embargo...

—«Tranquilícese, que a lo mejor no hace falta operarle. No todas las

apendicitis... En efecto, no todas las apendicitis han de ser intervenidas en el acto. Suele creerse así, pero es un error. Lo que le voy a hacer es un análisis de sangre para ver cómo anda usted de leucocitos y según veamos, así obraremos.»

¡Era el más extraordinario fenómeno que aquellos dos hombres, que podían presumir de inteligentes, habían presenciado en su vida! Para recoger la conversación que estaban oyendo, «algo» o alguien había tenido que atravesar la estructura del *Corpuscle* y llegar a las cabinas, completa y absolutamente aisladas del exterior.

La transmisión que les estaban enviando les llegaba perfecta. El radiogoniómetro variaba ahora constantemente la dirección en que debía encontrarse la emisora allende la lisa llanura, y daba a entender claramente que se desplazaba hacia la izquierda a grandísima velocidad.

—«Estése quieto, hombre. Sólo nos falta que se trague una ración de cristal rociada con mercurio.»

Parecía que quien quiera que fuese o lo que quiera que fuera, estaba dispuesto a continuar la transmisión hasta llegar al fin de la conversación. Los dos hombres, con las chispas saltándoles sin parar de las antenas, observaban atentamente las veloces variaciones del radiogoniómetro.

—«Entonces sí que podía considerarse entre los más ilustres de sus difuntos antepasados. Le vamos a poner un calmante...»

Aunque justo es consignar que el profesor Gerold Brief estaba perplejo, debemos añadir que ni por un momento supuso lo que Smoker estaba pensando, es decir, que debía tratarse de un marciano. Le costó trabajo, eso sí, cortar la comunicación, pero al fin lo hizo y ordenó al doctor que le imitase; y con un movimiento de la mano, aclarado por su ejemplo, le indicó que debían seguir adelante.

Y adelante fueron, siguiendo la ruta que les marcaba la base del cráter. Novecientos metros.

Novecientos cincuenta. Mil... Se detuvo el profesor y moviendo la palanquita correspondiente sintonizó su receptor con la emisora desconocida y pudo oír con la mayor fidelidad la voz de Mark Smoker:

—«Lo que le voy a hacer es un análisis de sangre para ver cómo anda usted de leucocitos, y según veamos, así obraremos. Estése quieto, hombre...»

Desconectó al darse cuenta de que se estaban repitiendo las frases pronunciadas a bordo del *Corpuscle*, ya anteriormente escuchadas, y prosiguieron caminando cráter adelante. Mil ciento cincuenta metros. Mil doscientos...

Se pararon y miraron con detenimiento la curvada pared color naranja. Ni

una grieta, ni una rugosidad, nada que no fuera una lisura de metal pulido se les ofreció a la vista. Aquel trozo de farallón era tan liso y tan anaranjado como el resto.

Sin decepcionarse, porque en realidad no esperaban encontrarla, se movieron cuatro o cinco pasos más allá, ¡y entonces fue cuando descubrieron la inscripción que había dicho Gary Sharpener!

* * *

— ¿Qué opina, profesor? —transmitió Smoker sin la más ligera noción de cómo se debía interpretar aquello.

—No opino, querido amigo —denegó el director del «Congress Atomic»—. Lo que estoy pensando es una ofensa para Gary.

—¿Qué quiere decir? Me niego en redondo a creer que él haya sido el autor de esas líneas. ¿Cuál pudo ser su intención...? Mas si me dice con qué las ha grabado es posible que esté de acuerdo con su absurda teoría.

Llevaba razón Mark Smoker. Cuando Sharpener se fue solo, ellos no pudieron recoger ni la más pequeña muestra del durísimo material que constituía aquel astro, cuya composición, indudablemente extraordinaria, desconocían todavía. Y por otra parte, Gary no había llevado consigo elementos adecuados para hacer la inscripción que estaba mirando. El muchacho, considerando risible lo contrario, salió sin más armas que sus torpes manos enguantadas.

No; ya no le parecía su ayudante el autor de la misteriosa señal. Creía posible que se tratara de la huella de una descarga de desintegrador, y puesto que Gary no lo había llevado, debían haberla hecho entonces otros habitantes de la Tierra que anduviesen por allí.

Para salir de dudas comunicó al doctor sus intenciones de disparar el arma que le pendía de la cintura, una especie de revólver de grueso cañón y culata cilíndrica, que empuñó, y, apuntando muy lejos de las líneas de la inscripción, le apretó el disparador.

Instantáneamente se abrió en la pared un boquete del tamaño de un huevo de gallina, ¡y en el acto comenzó a rellenarse, y llegó a taparse por completo, sin dejar el menor vestigio de la terrible descarga!

Los dos hombres, alelados, a duras penas pudieron convencerse de la realidad del prodigio que acababan de presenciar.

— ¡Se movía la materia inerte como si fueran los gusanos del queso, profesor!

— ¡Es fantástico!

— ¡Tremebundo!

—Ultraterrenal y basta —transmitió el jefe de la expedición—. Pongámonos a la escucha de la no menos ultraterrenal repetición de nuestras voces.

Y los dos a una sintonizaron con la incansable emisora, que continuaba repitiendo la conversación de siempre. En aquel momento decía:

—«Me parece que la explicación más gráfica que puedo darle es la confesión de que me entraron unas ganas locas de echar a correr. Sí, le vi pálido y con una cara... ¡Y yo a usted, profesor, y yo a usted!»

Sin ponerse de acuerdo desconectaron y volvieron a fijarse en la inscripción. Las rayas horizontales y la circunferencia que la formaban, como si las hubieran hecho con ayuda de regla y compás, estaban exactamente dibujadas y profundamente esculpidas.

—Inexplicable por completo —comunicó Smoker al profesor Brief.

—Tampoco yo me considero capaz de traducirlo. Si no fuera por el aro, diríase que lo había hecho un fabuloso animal al arañar... —el director del «*Congress Atomic*» se detuvo de repente; algo así como una flecha había pasado por entre su cuerpo y el del doctor sin rozarles.

Pero no era flecha, sino una varilla larguísima que, como pudieron comprobar al darse la vuelta, partía de la raya misma del horizonte, allí donde la anaranjada superficie del suelo del astro se juntaba con el cielo, y cuya extremidad, que se quedó encima de la inscripción, comenzó a moverse sobre ella y a marcar letras con tanta facilidad que parecía un lapicero.

Y cuando los dos viajeros interastrales tornaron a posar la vista en el cráter, palidecieron de admiración al ver:

AGRU-W-P-
PW-GHAU-O

¡con letras de su propio alfabeto!

Desde que el profesor Gerold Brief descubrió la solución del problema por él llamado «de dominio», cuando logró dotar al *Corpuscle* de cabinas de presión y temperatura constantes, independientes del resto de la astronave y aisladas dentro de ella, no había vuelto a experimentar una emoción semejante a la que ahora sentía.

Era un estado anímico que no alcanzaba a definir con claridad y que le producía, al mismo tiempo, terror y alegría. Y por su parte, Mark Smoker, que no osaba pronunciar palabra, se había puesto ¡triste! sin poderlo remediar.

Las aparentemente opuestas reacciones de los dos hombres tuvieron un

punto común: el terror, la alegría del profesor era terrorífica, y la tristeza que se había apoderada del doctor también se la producía el miedo.

Si se conoce la causa que origina la angustia, con poder ser ésta tan grande como se quiera suponer, el temblor que nos encoge el espíritu es menos intenso que cuando, por ejemplo, esperamos un golpe en plena oscuridad, sin saber desde dónde nos lo van a dar.

Y tanta el profesor como Mark Smoker esperaban algo terrible, un «golpe» verdaderamente espantoso que podía abatirse sobre ellos en cualquier momento y desde el lugar que menos pensaran de aquel anaranjado astro, situado a muchos millones de kilómetros de la Tierra, perdido en el espacio.

El temor a un peligro desconocido es el peor de los miedos, mas ellos no debían alarmarse. Por lo menos así les estaban diciendo en el nuevo y asombroso mensaje que les llegaba, ¡pese a que, teóricamente, sus receptores estaban apagados!

—«No alarma, seres Tierra, no alarma. Boggu amigo seres Tierra. Boggu amigo» amigo...»

—Nosotros también amigos —transmitió el científico dando un golpe a la palanca que le sobresalía de la caja del pecho.

— ¡Nosotros también, amigos! —repitió el doctor con vehemencia.

—«Boggu *mucha* contento —aseguróles la gruesa voz que oyeron en el interior de sus escafandras, salpicadas con el resplandor de las consabidas silenciosas chispas verdes de las antenas—. Mí, amigo. ¡No correr, no correr...!»

Smoker y el profesor extrañáronse sobremanera de estas palabras, ya que ninguno de los dos había hecho ademán de correr. Ambos se habían limitado a empuñar sus desintegradores, como elemental medida de precaución, pero nada más. Eran valientes. Sabían dominar su miedo.

—«Boggu *saludo hombras*.»

—Saludos..., Boggu —respondió atento Gerold Brief—. También nosotros te saludamos.

—Te saludamos —hizo de eco el doctor desde el fondo de la confusión en que estaba sumido.

—«Boggu explica *hombras* Tierra letrero, igual jefe taller a elementos QD gastados.»

Se puso en movimiento la larguísima varilla, de un tono gris tan extraño de apariencia como seguramente de composición, y fue golpeando una a una las letras que de tan magistral manera trazó en la pared del cráter. Y los dos hombres recibieron, de viva voz, la aclaración de lo que con sus movimientos

y golpes quería darles a entender.

—«AGHU, W, P... PW, GHAU, O. Límite occidental del astro... Llamado en el Universo ”O”»

Es decir, que sin estar enterados ellos, que tan bien se sabían el mapa celeste, existía un astro, conocido ¡en el Universo! con el nombre de «O», en cuyo límite Oeste se encontraban. Pensaron que lo mismo les hubiera dado estar en cualquier otro punto cardinal, aunque de haberlo podido evitar, hubiérales agradado más no hallarse en ninguno.

—«Carrete TH, carrete TH, carrete TH...»

Durante un par de minutos estúvose repitiendo el mensaje, hasta que el doctor Smoker, cada vez más triste, lo cortó.

—Mire —dijo harto ya—, ¿por qué no deja de decir sandeces? Se está poniendo pesado, hombre.

—«Mí, no *hombra* —les comunicaron—, pero no correr, ¡no correr! Boggu amigo *mucha hombras*.»

—¡Le advierto —amenazó Mark Smoker, convertida en ira su tristeza— que se está exponiendo a que le hagamos un par de descargas desintegradoras, con lo que la bromita se le va a transformar en...!

—«Boggu no entender —interrumpióle un nuevo comunicado—. Boggu comprende no. ¡No correr, *hombras* Tierra! Ruego. Mí, amigo.»

—Está bien, no correremos —prometió el profesor Brief, pensando que quizá resultaba peligroso hacerlo y que por eso les estaba avisando el desconocido comunicante—. Pero aproxímese a nosotros si puede, amigo Boggu.

— ¡Venga, venga!... —exclamó sinceramente el doctor—. No tema, que no le atacaremos.

—«Boggu ya cerca. Sólo ”Pu” separa. ”Pu” —explicó el llamado Boggu —, pequeña distancia ser. Brazo alcanza sobra.»

—No le vemos —transmitió el profesor mirando a lo lejos y tambaleándose un poco—. «Pu», grande.

—«”Pu” pequeña distancia ser —repitió el transmitente invisible. Y añadió—: Boggu cerca más, Boggu cerca más, Boggu cerca más...»

A pesar de la promesa de Boggu, que con sus palabras parecía dar a entender que se estaba aproximando, no se advirtió mutación alguna en el anaranjado y limpio paisaje de «O», atravesado ahora por la larguísima varilla gris, y todo siguió igual que siempre. Sólo en el firmamento, que estaba trocando en negro su intenso azul, parecían titilar unos pequeñísimos puntos de luz blanca.

Y todavía transcurrieron otras cuantas fracciones de segundo antes de que la varilla curvara su punta y la introdujera en la pared del cráter, horándola como si fuera de mantequilla... Luego, surgiendo del confín de la inmensa y desolada llanura con relampagueante velocidad, apareció ante los dos atónitos hombres un personaje singular, cuyo era el metálico «brazo» grisáceo que estaba incrustado en el farallón.

Suponiendo que aquello fuese «brazo», no les resultó muy difícil a los viajeros convenir en que era «cuerpo» lo que tenían delante de sus verdosas escafandras. Y «cuerpo» provisto de sus dos «piernas», con sus correspondientes «pies».

El conjunto semejaba un receptor de radio o de televisión, con un cuadro central muy grande y dividido en dos mitades idénticas por una estrecha franja vertical, de la misma apariencia que el resto de grisáceo material de que estaba hecho aquel «hombre», metálico de pies a...

Bueno, no tenía «cabeza», pero como eso es cosa corriente entre los habitantes de la Tierra, nosotros seguiremos llamándole hombre al de «O».

De la parte superior de sus cuadrados límites laterales, o «costados», y lo mismo del posterior o «espalda», le colgaban sendos gordísimos tubos, uno de los cuales formaba la varilla que había estado en contacto con el cráter y que ya había desaparecido de allí, yendo a formar parte del «brazo» derecho, en cuya estructura habíase metido por abajo, transformándose en «muñón».

Boggu se apoyaba en dos firmes «piernas» articuladas en las «rodillas». En su parte anterior, llamémosla «pecho» para entendernos, debajo del cuadro central, se notaban nueve botones o pulsadores dispuestos en círculo alrededor de otro más grueso.

Y nada más, salvo que los «pies» aparecían como calzados con unos zapatos demasiado grandes para él, con unos tacos en la base parecidos a los que emplean los futbolistas, pero terminados en agudas puntas que clavaba en el suelo al andar.

Por tanto, así que digamos que la estatura del hombre metálico sería de unos dos metros; que el «cuerpo» mediría aproximadamente 75 centímetros de ancho, por 50 de alto y otros tantos de grueso; que los «muñones» en que se habían convertido los «brazos» tenían una circunferencia de unos 35 centímetros de diámetro y 40 de longitud, y que las «piernas», prismáticas, tenían de largo metro y medio, poco más o menos, su descripción está completa.

Considerado desde el punto de vista de su manera de actuar y hablar, era maravillosa la apariencia «humana» de Boggu. Porque no había duda de que hablaba y lo hacía bien, pronunciando perfectamente todas las palabras de su vocabulario; y en cuanto al modo de comportarse, los dos hombres de la Tierra, que no volvían de su asombro, pensaron que la reverencia con que les

estaba obsequiando, difícilmente la hubiera logrado más perfecta y con mayor naturalidad ni el más consumado de los actores terrenales.

Y ambos se impresionaron, y se admiraron de su propio proceder, pues se vieron mutuamente devolviendo a Boggu su elegante inclinación, grotesca en ellos, vestidos como iban con los hinchados equipos interastrales.

—«Mí, saluda *hombras* Tierra. Mí, amigo.»

—¿Qué tal? —dijo el profesor Brief mordiéndose un labio.

— ¡Hola! —murmuró el doctor haciendo lo posible por tranquilizarse.

Y sólo faltó el clásico apretón de manos con que casi todos los terrestres rubricamos nuestros saludos.

El cielo, ennegreciéndose a ojos vistas, seguía poblándose más y más de luces blanquecinas, remotas estrellas que parecían estarles observando por agujeritos temblorosos.

Sobre la impoluta y lisa superficie color naranja, con la altísima pared del cráter por fondo, destacaba el verdoso color de la indumentaria de los expedicionarios y el gris ceniciento de la estructura del hombre mecánico. La calma de la inmensa y árida llanura silenciosa parecía ir agrandándose a medida que el tiempo pasaba.

—«¡No correr —se puso, de improviso, Boggu a transmitir—, no correr! Mí, elemento QD, de ”O”. Boggu no *hombra* Tierra. Importa no. ¡No correr!... Boggu amigo.»

—No correremos —comunicó reiteradas veces el profesor Brief—, no correremos.

—«Boggu así televisa —respondió el que a sí mismo se llamaba ”elemento QD, de O”, y afirmó seguidamente a guisa de aclaración—: Mí confunde carretes. Carrete OJ precisa. Busca bien, selector mal hace. ¡Gol, gol!... ¡Ha sido gol!... Hasting, delantero centro del... escuchen ahora el capítulo noventa y seis de... Carrete OJ, carrete OJ, carrete OJ. ¿Cómo está usted, mister...?

—Smoker, Mark Smoker —dijo apresuradamente el doctor—; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia.

—«¿Cómo está usted, mister... Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia?»

—Encantados de conocerle —habló el primero, y se ruborizó debajo de la escafandra al darse cuenta de que había estado en un tris de llamar «mister» al cajón con patas que tenía enfrente.

—Amigo —dijo el profesor, que dejó caer lo de amigo para «recordar» a

la máquina que había prometido serlo de ellos—, tenemos un gran placer al saludarle.

Los dos continuaban empuñando sus respectivos desintegradores, sin perder de vista aquella especie de pantalla, partida en dos, que Boggu tenía en su «pecho».

Estaban seguros de que cualquier ataque tenía que provenir de allí, y se la comían con los ojos, tratando de descubrir en ella algún signo de peligro inminente.

CAPÍTULO III

CIRUGÍA EN EL ESPACIO

BOGGU, clavados como garras los puntiagudos tacos de sus pies en el suelo, estaba inmóvil como un poste. Ni siquiera se apreciaban en él las silentes chispas que, en las antenas de las escafandras, señalaban la recepción de la charla que estaban sosteniendo.

De repente, como extrañado, interrogó a los hombres de la Tierra:

—«¿Qué tener manos?»

—Son armas para defendernos si nos atacas —explicó con toda sinceridad el profesor Brief, apretando con fuerza su desintegrador.

—«Mí, no ataca *hombras* Tierra. Mí, amigo. Si Boggu atacar, armas *hombras* nada servir todas.»

Mark Smoker, por primera vez desde hacía mucho rato, sonrió; y Boggu, como si hubiera sabido el porqué de la sonrisa, prosiguió radiando:

—«Smoker, Mark Smoker. Tú, dispara mí.»

El doctor se puso serio y negó. Conocía de sobra la potencia del arma que tenía en la mano. Sabía sus «aficiones» por toda clase de metales, los cuales se «bebía» con tan terrible «gusto» y tan espantosa «sed», que bastaba un ligero roce, un simple refilonazo, para hacer desaparecer desintegrado al tanque de guerra más y mejor blindado de nuestro planeta.

—«Boggu decir disparar, tú hacerlo. Elemento QD dispone siempre.»

— ¡Está bien, elemento!... —accedió el doctor, enviándole una andanada desintegradora sin intención de «herirle», sino sólo de «asustarle» si era posible tal cosa.

Fue un disparo imprevisto. Más tarde lo confesaría el propio interesado; de cada cien veces que se encontrara en circunstancias parecidas, las cien hubiera rehusado apretar el disparador aunque fuese apuntando tan lejos como lo hizo del blanco.

Todo el «elemento QD» se puso rojo, escarlata, grana, en el instante preciso en que la descarga salía por el cañón del arma, y cuando todavía no estaba del todo relleno el agujero que se hizo en el suelo de brillo anaranjado, ya transmitía de nuevo, grisáceo como de costumbre.

—«Boggu apretar átomos —dijo tranquilamente—. Si tú atinar, ser igual. Mí, nada ocasiona. Boggu, elemento QD, ser estar. No poder luchar contra. Ahora —volvió a ordenar— tú dispara sobre el bien.»

—No..., no puedo hacer eso: te... estropearía alguna cosa.

—«Tú dispara. Sólo poder negar si hacerlo en cambio... mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia. Orden disparo llegar. Mí, ser indiferente quién. Si no obedece, Boggu, elemento QD, de ”O”, amigo no *hombras* Tierra. Tú y tú ver entonces vosotros.»

—¿Dónde hay que hacer el disparo? —terció el profesor dispuesto a complacer al «elemento QD» aquél, que por lo visto se empeñaba en acabar mal. Ni él ni su compañero y ayudante tenían la culpa de que se pusiera tan pesado. Ellos tenían que volver al *Corpuscle* cuanto antes y ponerlo en marcha y atender a Gary Sharpener. No podían seguir perdiendo tiempo.

—«Hacerlo gusto tuyo..., mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia. No importa Boggu. Tú elige parte.»

Aún dudó un segundo el científico.

—¿Tengo que avisarte?

—«No importa Boggu —repitió el aludido—. Tú elige parte.»

De la pequeña arma desintegradora del profesor Brief surgió en silencio una mortífera descarga de su famoso radioisótopo, dirigida al centro mismo de la pantalla derecha del hombre de «O».

No pudieron darse cuenta de si había llegado o no a su destino. El grisáceo «cuerpo» volvió a ponerse de color rojo y en lugar de desintegrarse, como era su... obligación, siguió allí tan campante, tornando rápidamente a su primitiva tonalidad y sin haber sufrido el más ligero desperfecto visible.

— ¡Su padre...! —transmitió su pensamiento el doctor, sin darse cuenta de lo que decía.

—«Boggu apretar siempre átomos. Elemento QD ser mucho elemento. *Hombr*a Tierra, pobre descarga hacer. ¿Cómo está usted, mister... Smoker, Mark Smoker...?»

— ¡Estoy bien, ya se lo he dicho!

—«Egipto limita al Norte con el mar Mediterráneo. Carrete NB, carrete NB, carrete NB…»

—Profesor —quiso saber Smoker—, ¿por qué repite con tanta frecuencia eso de «carrete»?

—No estoy seguro —titubeó Gerold Brief—, pero tengo una teoría y voy a ver si la compruebo. Luego se lo explicaré.

—«Elemento QD mucho bueno grande ser estar. Boggu demostrar pronto arma suya, potente sí verdad.»

—¿Ha estado en la Tierra, amigo Boggu? —preguntóle el profesor.

En el acto les llegó la respuesta:

—«Yes, oui, sí. Tierra *hombras* mí, elemento QD, conoce bien.»

—¿Cómo ha podido ir a la Tierra sin disponer de astronave?

—«Mí, viajar estrella.»

¿Estaba diciendo que hacía el viaje en una estrella...? Así creyeron entenderlo mudos de sorpresa; pero las siguientes palabras que se les quedaron prendidas en las respectivas antenas de sus escafandras aún les sorprendió más.

—«Viaje corto —manifestaba Boggu—, sólo YT separa. Veloz ir, veloz volver. Cuatro por una es cuatro; cuatro por dos, ocho; cuatro por tres... Carrete VM, carrete VM, carrete VM...»

—Amigo —cortó el profesor Brief los «carretes»—, tenemos que irnos a nuestra astronave. Si quiere —invitó— puede venir con nosotros a conocerla.

—«Boggu conoce malo bólido *hombras* Tierra. Imposible viajar ustedes vosotros. Taller necesita.»

—Pues será malo —gruñó el director del «Congress Atomic» herido en su amor propio— pero en él hemos venido y en él pensamos largarnos, amigo.

—«Sí, yes, oui. Boggu querer, Boggu traer, Boggu llevar. Decir dónde querer ustedes vosotros desear vayamos. Mí, rápido conduce.»

—Nosotros —puntualizó Gerold Brief señalando al doctor y encogiéndose de hombros— vamos al *Corpuscle*, usted haga lo que...

No pudo continuar transmitiendo. El hombre de «O» alargó rapidísimamente sus dos «muñones» laterales, extensibles en telescopio, hizo un lazo con las extremidades y agarrándole en compañía de Mark Smoker, circunvalando el cráter con velocidad de meteoro, transportó a ambos hasta la mismísima puerta de acceso de la astronave ¡sin mover el «cuerpo» para nada!

Tomó inmediatamente como puntos de apoyo los inanimados equipos interastrales con que se aislaban y dio un velocísimo salto de canguro que le llevó en un santiamén, sin más trabajo que el de ir enchufando unos en otros los tubos que le formaban los «brazos», los cuales quedaron de nuevo convertidos en «muñones», junto al bólido vertical.

Ni el profesor Gerold Brief ni el doctor Mark Smoker pudieron observar las maniobras de su terrible amigo. Los dos se hallaban inconscientes, nunca llegó a saberse si a causa de la emoción o de la desenfrenada velocidad a que habían sido sometidos.

Tal vez no funcionaron bien los dispositivos compensadores de las

escafandras, destinados a proteger a sus ocupantes de los nocivos efectos de las velocidades supersónicas, o tal vez recibieron algún golpe; el caso es que perdieron la noción de las cosas.

Y cuando recuperaron el conocimiento imaginaron que el... «maquinal» Boggu les había jugado una mala pasada, pues tenían el cuerpo molido y sendos fuertes dolores de cabeza.

Se levantaron del anaranjado suelo de «O», temerosos como nunca del porvenir que se les avecinaba, y no las tuvieron todas consigo cuando el mecánico hombre les dijo;

—«Mí, elemento QD, traer tan rápidos amigos bólido que llegar antes salir. Boggu, potente elemento QD, abre paso *hombras* Tierra.»

— ¡Mire, yo..., nosotros! —comenzó Smoker dirigiendo sus ondas sonoras al energúmeno que había sido capaz de hacerles llegar ¡antes de partir!, pero luego, cambiando, preguntó al profesor—: ¿Qué le digo? ¡Haga algo, por favor!

Boggu intervino:

—«Mí —decidió—, acompaña *hombras* Tierra. No correr, ¡no correr! Mí, amigo.»

La puerta del costado del *Corpuscle* ya estaba abierta. Cómo pudo Boggu abrirla, ni siquiera parecióles cosa digna de atención. Después de haberle visto resistir impávido la descarga del desintegrador radiactivo, les resultaba verosímil cualquier cosa que realizase, aunque fuera tan incomprensible como aquella, casi milagrosa, ya que la puerta del *Corpuscle* solamente se franqueaba bajo la influencia de cierta energía especial que emanaba el isótopo de Brief.

—Entremos, Smoker, entremos —concedió el director del «Congress Atomic» sin vacilar—. En el interior del aparato estaremos menos a merced del elemento éste.

—«Mí, no elemento ”éste” —protestó el hombre de ”O”—. Mí, elemento QD, mucho. Sí, yes, oui; Carrete TG, carrete TG, carrete TG...»

Y entraron. Subieron en el ascensor que ya conocemos, llegaron a la cámara en donde pudieron quitarse sin peligro los equipos aisladores, y, siempre seguidos de cerca por Boggu, pasaron al salón donde reposaba Gary Sharpener.

Acercóse el doctor al lecho de su amigo y procedió a tomarle el pulso. Y no debió encontrarlo muy a gusto porque frunció el entrecejo y movió la cabeza a un lado y a otro, de esa forma tan característica con que suelen hacerlo todos los médicos del mundo cuando se disponen a dar noticias desalentadoras.

—Profesor —manifestó—, Gary se encuentra bastante peor que cuando nos marchamos. No sé qué es lo que puede haberle ocurrido; voy a hacerle otro análisis de sangre. Confiemos en que podamos salvarle.

—¿Tan grave le encuentra?

—Sí..., me parece que sí. Ese pulso... —el doctor, mientras hablaba, iba recogiendo de la mesita el instrumental que precisaba para el nuevo análisis, y cuando lo tuvo, siempre sin dejar de explicar su pesimista opinión, extrajo a Gary otro poco de sangre—. Ya se habrá dado cuenta de que ni siquiera le he mirado el abdomen, pero no lo he hecho para no dejarme influenciar por la exploración «in situ» y porque prefiero seguir la pauta que marque el *hemograma*. Es más científico y, ni que decir tiene, mucho más revelador que la simple palpación. Lo que ruego a usted es que procure entretener con algo al elemento QD, porque como le dé por liarse a hablar nos va a fundir las lámparas de los receptores. Si le parece —propuso—, desconecte antes de nada el que hay cerca de la cabecera, profesor, así no impresionará a Gary si se nos despierta.

—Sí; eso será lo mejor.

Y uniendo la acción a la palabra el profesor Brief sacó de su sitio la clavija del enchufe del pequeño receptor aludido. Se acercó luego a un aparato, que debía ser un teléfono, y habló por él.

—Boggu, elemento QD, de «O» —llamó a través del micrófono—, si me oyes, ven conmigo; voy a enseñarte mi astronave.

—«Boggu ya visto. Elemento QD ya conocer —oyó el director del ”Congress Atomic” por el auricular—. Boggu mejor quiere televisar *hombra* apagado. Mí, queda, no va.»

—Amigo Smoker, no quiere marcharse de aquí... Dice que prefiere quedarse para... televisar a Gary.

—Está bien —refunfuñó el doctor—. Me temo que no podríamos echarle a la fuerza, conque que se quede. A lo mejor quiere aprender Anatomía.

—«Reino, tipo, clase, orden, familia, género; especie, individuo. Carrete KJ, carrete KJ, carrete KJ. Mí conoce mecanismo *hombras* Tierra. Quiere saber cómo funciona mejor... Abre.»

—Creo, Smoker, que está pidiendo que abramos en canal a Gary para ver lo que tiene dentro...

—«Tú confundes... Y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia. Mí conoce lo que *hombra* apagado dentro tiene. No falta desmontar. Después difícil resultar ser armar. Mirar pantalla.»

— ¡Smoker, dice que miremos la pantalla! ¿Qué le parece?

—No encuentro inconveniente; acerquémonos.

Uno de los «muñones» del hombre de «O» se alargó hasta casi rozar la cama bajo cuyas ropas yacía Sharpener, y en la pantalla de la derecha, que se había iluminado, apareció la imagen del joven claramente reflejada.

Un poco más tarde el campo de visión se hizo menos amplio y abarcó solamente la mitad superior del ingeniero, y luego, como si las fibras musculares hubiéranse rasgado, le fue posible a la pareja de estupefactos viajeros contemplar el interior de la carne.

No; no eran esos rayos que nosotros llamamos X, con olvido total de su descubridor, los que estaban actuando. ¡¡¡Era una avanzadísima aplicación de la televisión en colores, inconcebiblemente lograda!!!

Penetrando los tejidos, más allá de las costillas, vieron su interior: la sangre circulando por las arterias y por las venas, el corazón y los pulmones con sus colores y formas característicos...

—¡Profesor —gritó Smoker—, comuníquele que descienda al abdomen!

— ¡Boggu, abdomen, abdomen...!, ¿entiende? —habló Gerold Brief al teléfono, sin poder contener el nerviosismo que sentía.

—«Yes, oui, sí. Lunes, martes, miércoles... Carrete GF, carrete GF, carrete GF. Abdomen... Mí, entiende.»

Y demostró palpablemente haber comprendido, pues la imagen de la pantalla fue descendiendo tórax abajo y se detuvo en el vientre, encuadrándolo en su totalidad.

Primero fue una vista superficial, y después, adentrándose igual que antes sucediera en el pecho, vieron los intestinos.

Y el doctor Mark Smoker a punto estuvo de sufrir un colapso al divisar el apéndice vermicular del ciego, conocido en la Tierra vulgarmente por apéndice a secas, normal en absoluto y sin el más mínimo síntoma de inflamación.

— ¡¡¡Esto es imposible!!! —dijo muy bajito.

El profesor Brief quedósele mirando con los ojos entornados, como interrogándole acerca del patente error de diagnóstico que acababa de cometer.

El, sonrojado y atónito, pensó en que, si bien innumerables cosas eran capaces de dejarle boquiabierto, nada ni nadie podría hacerle comulgar con ruedas de molino, pretendiendo convencerle, metiéndoselo por los ojos, de que el apéndice de Gary Sharpener no estaba enfermo, tal vez supurando ya.

Dirigía una de las mayores clínicas de la Tierra, la «Washington Clinic», y tenía demasiada experiencia y sobrados conocimientos técnicos para verse

precisado a variar de opinión así como así. En aquel caso, como en todos, sabía que los datos por él recogidos en el concienzudo reconocimiento que hizo a Gary, habían sido correctamente valorados.

Separó las pupilas de las del profesor, se sacó del bolsillo el papel donde apuntó el resultado del análisis de sangre del ingeniero, momentos antes de la salida al exterior del astro color naranja, y lo consultó.

Tuvo el convencimiento de no haber tenido ninguna equivocación..., ¡aunque no apareciese ni rastro de anormalidad en la imagen que les mostraba el hombre mecánico!

Y la conclusión se le desprendió sola en el cerebro: ¡el vientre que estaban viendo no era el de Gary! De quién sería no tenía ni ganas ni tiempo de averiguarlo, pero supuso que debía tratarse del suyo, ya que al profesor Brief habíale intervenido quirúrgicamente con sus propias manos y carecía, por tanto, de apéndice.

Se apoderó con brusquedad del teléfono que tenía en la diestra el director del «Congress Atomic», diciéndole a modo de excusa que ya comprendía lo que estaba sucediendo y voceó:

— ¡¡¡Boggu, queremos ver al hombra de la cama!!! ¡¡¡A ése y sólo a ése!!!

—«Carrete RT, carrete RT, carrete RT... Mí, muestra. Boggu amigo seres Tierra.»

Tornaron a fijar la atención en la pantalla y les fue enseñado ahora un interior de abdomen que era, a todas luces, el de Sharpener, tal y como lo tenía, de acuerdo con el diagnóstico del doctor.

—Ahora no hay duda, ¿verdad? —dijo el profesor—. Me estaba resultando increíble que usted se hubiera equivocado.

Pero Mark Smoker ni siquiera le oía, procurando como estaba en hacer comprender a Boggu que les enseñara el apéndice desde más cerca. Y debió tener éxito, porque en el acto les fue presentando en primer plano, al tiempo que les llegaban estas palabras a través del teléfono:

—«Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia..., elemento QD muestra rara cosa abdomen *hombra* Tierra. Buen jefe taller necesitar. Mí, elemento QD, de ”O”, jefe jefes taller mucho grande bueno ser estar. Mejor todos arreglar amigo *hombras* Tierra raudo.»

Otro de los «brazos» del elemento, el posterior, se alargó hasta alcanzar el cuerpo de Gary...,

— ¡¡¡Por Dios, no...,!!! —chilló el doctor aferrándose al tubo con todas sus fuerzas, tratando de impedir a toda costa que el hombre metálico

atravesara al inconsciente Sharpener—. ¡¡¡No lo... «arregles»!!!

— ¡¡¡Amigo Boggu, no lo hagas...!!! —gritó con todas sus energías el profesor, espantado, al ver al «brazo» aparecer en la pantalla y abatirse vertiginosamente sobre el vientre de su ayudante.

Apenas medio segundo después viéronle elevarse llevando en la «mano», en la punta, un trocito de carne violácea...

—«Mí, elemento QD, abrir poro grande *hombra* Tierra. Sacar cosa fácil blanducha.»

El profesor Brief, con las mandíbulas apretadas y temblando de consternación, empuñó un desintegrador.

— ¡¡¡Le ha matado!!! —gritó masticando las palabras.

— ¡¡¡Boggu!!! —rugió más que dijo el doctor—. ¿Por qué has matado a nuestro compañero?

CAPÍTULO IV

UN ATRACO A MANO ARMADA

LA atmósfera del interior del *Corpuscle* se hizo pesada y densa, como si de repente se hubiera llenado de humo invisible.

La voz del elemento QD llegó monótona y hueca.

—«Boggu no matado nadie —dijo—. Boggu ayudar solo amigo vosotros ustedes. Yes, sí, oui. Carrete ZC, carrete ZC, carrete ZC.»

Smoker se acercó de un salto a Sharpener y comprobó la veracidad del hombre de «O». El joven estaba vivo y, por añadidura, el pulso le latía a ritmo normal.

Era innegable que Boggu le había extirpado el apéndice y a una velocidad que para sí hubiera querido el eminente cirujano de la «Washington Clinic».

—Profesor —balbució—, esto es maravilloso, ¡está perfectamente! Nunca lo hubiera creído. ¡Qué intervención!...

El feroz gesto que el profesor Brief tenía en la cara le desapareció como por ensalmo.

—¿Cómo —preguntó perplejo— habrá podido penetrar en el cuerpo de Gary sin hacerle daño con ese gancho?

— ¡No lo sé —se llevó las manos a la cabeza—, no me lo explico!

—«*Hombras* Tierra, ver pantalla cómo —terció Boggu acercándose lentamente—. Carrete PS, carrete PS, carrete PS... No correr, ¡no correr! No correr...»

Y vieron cómo la punta del «brazo», ligeramente curvada, se introducía de nuevo en el inanimado cuerpo del ingeniero del «Great Laboratory Electronic Corporation» y aparecía ¡por debajo de la cama!, tras haberse abierto en infinidad de paletas delgadísimas que fueron separando algo invisible y atravesando los tejidos y los huesos y el corazón, el cual no perdió por ello el ritmo de sus latidos.

—«*Hombras* no resistir cuerpo penetración nada. Poros grandes. Fácil introducirse ser.»

El doctor, al darse cuenta de que el tumefacto apéndice, carne de la misma carne del muchacho, no estaba en iguales condiciones que el grisáceo «brazo» provisto de aquel extremo tan delgado que parecía poder meterse no ya por los poros, sino hasta por los espacios intermoleculares, preguntó intrigado:

—¿Y cómo ha conseguido sacar del cuerpo de nuestro amigo el trozo que

le ha arrancado?

—«Mucho grande cosa fácil ser estar. ¿Cómo está usted, mister... Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia? Carrete; SV, carrete, SV, carrete, SV.»

El finísimo extremo de la «mano», por llamarla de alguna manera comprensible, asió uno de los. zapatos del desmayado Sharpener de debajo de la cama, ensanchóse y lo engulló de idéntica forma a como lo hubiera hecho una serpiente de las de la Tierra, y luego, realizando a la inversa las maniobras de entrada, fue saliendo del cuerpo hasta lograrlo del todo, instante en que se abrió el «puño» y apareció el zapato.

—Gracias, amigo —dijo Mark Smoker dando un suspiro de alivio—. Muchas gracias en nombre de nuestro amigo, que se llama Gary Sharpener.

—«Mí también amigo que se llama Gary Sharpener. Carrete ZY, carrete ZY, carrete ZY. United States of América. Muestro ustedes vosotros astro Tierra pantalla.»

El profesor Gerold Brief, que había estado todo el rato con el alma en un hilo, convencido ya de que habían encontrado un amigo verdaderamente tal, depositó el desintegrador en un sofá y se volvió a la pantalla, preguntando extrañado, pero tranquilo:

—¿Es que puedes... «ver» la Tierra desde aquí?

—«Sí, yes, oui. Mí, elemento QD, ver estar ser Tierra.»

En brusca transición apareció en la pantalla una calle terrestre, que identificaron en seguida con la Fifth Avenue, de New York; un minuto más tarde fue el Madison Square Garden lo que vieron, con toda nitidez, para pasar luego a la imagen grandísima del Empire State Building. Las familiares maravillas de Nueva York se sucedían una tras otra.

— ¡Eh, buena gente! —llamó Sharpener desde la cama y su voz no tuvo ni asomos de queja—. ¿Para qué han construido esa máquina tan rara?

El profesor se encaró con el muchacho y comenzó a explicarle...

—No hemos fabricado nada, Gary: es un habitante del astro donde estamos.

Una interrogación burlona se quedó prendida en los ojos del joven y se hizo más amplia cuando oyó a Smoker:

—Boggu, le presento a nuestro amigo, que se llama Gary Sharpener.

—¡Caramba —el ingeniero se echó a reír a todo trapo—, está prosperando su sentido del humor! Le advierto que nos divertiremos más si me dice en qué consiste la broma.

—No es broma, Gary —arguyó el profesor Brief. —Smoker habla tan en serio como yo mismo. Este hombre que ve aquí es un amigo nuestro, y tenga la seguridad de que es un amigo de los buenos, desinteresado y... potente. Nos ha demostrado ambas cosas resistiendo una descarga de desintegrador y operándole a usted de apendicitis.

Gary se sentó en la cama y se alisó los cabellos con la mano.

—Me parece —rezongó— que este maldito astro anaranjado no nos ha sentado bien a ninguno de los tres. Voto porque nos larguemos en seguida.

—Le aseguro —insistió el profesor— que es cierto cuanto le hemos dicho. Ya sé qué le resultará raro, pero debe creernos.

El joven ayudante del científico se puso muy serio, parpadeó como si no supiera qué objetar y habló por fin.

—Profesor —dijo—, si no le conociera, creería que se ha vuelto usted loco de remate. ¿Es que pretende de verdad que me trague eso de la operación? ¡Es una tontería...! Bueno —se excusó—, perdóneme, se lo ruego; seguramente estoy delirando.

—No, Gary, no delira —aseguró el jefe de la expedición—. Tampoco yo comprendo muy bien lo que está sucediendo, mas es incuestionable que Boggu, esta máquina, este elemento QD, de «O», le ha operado.

—Y él era el que lanzaba al éter las ondas acústicas que usted y nosotros oímos, ¿se acuerda?

Callóse el doctor y otra vez tomó la palabra el profesor.

—Puede comprobar que hablamos en serio; sin más que tomarse la molestia de dedicarle un saludo por teléfono.

Tomo el aludido el aparato que le tendían y se quedó mirando perplejo al micrófono.

— ¡Cúcu!... —dijo a regañadientes por último. Y dió un respingo al escuchar por el auricular el vozarrón que le respondía como un trueno.

—«Mí, no saber «cucu». Mí, elemento QD, de «O», comprende no. Que se llama Gary Sharpener, amigo Boggu.»

—¡¡¡Pero esto es colosal!!! —voceó dando un salto agilísimo que le hizo ir a parar fuera del lecho.

—Sí, lo es —asintió el director del «Congress Atomic»—, pero no se asombre demasiado aún. Le falta conocer la mayor parte de lo que nuestro amigo es capaz de hacer.

—Ya comprendo —sonrió el ingeniero del «Great Laboratory Electronic Corporation», sentándose en el mismo sofá donde el profesor había

depositado el desintegrador—. Lo que pasa es que todos los actos los tiene previstos, ¿no es eso?

—Supongo que sí —repuso Gerold Brief tomando asiento también—. Debe estar provisto de una serie de carretes donde lleva grabadas todas las palabras que pronuncia.

—Y lo mismo sucede con las imágenes que hace aparecer en la pantalla televisora —afirmó el doctor, señalándola convencido.

—Mire, Smoker, sobre eso habría mucho que hablar —refutó el profesor denegando con la cabeza—. No olvide que hemos visto la operación de Gary en el mismísimo instante de verificarse.

—No, no, no —objetó rápidamente el doctor, sentándose a su vez—. A mi entender, la intervención que hemos presenciado ya estaba hecha cuando la vimos.

—Permítame, Smoker, permítame un segundo —levantó la mano el jefe de la expedición interplanetaria—. Veamos la cuestión por partes. No hay duda de que Boggu lleva grabadas las palabras en carretes, por cierto, que debe estar en posesión de un número casi ilimitado de ellos, pero las sensaciones visuales...

— ¡Vamos, profesor! —interrumpió de nuevo

Mark Smoker, sin atreverse a creer lo que suponía haber oído—. ¿Es que está usted intentando decir que Boggu ve?

—Según lo que entienda usted por «ver», mi querido amigo. El mecanismo del elemento QD acusa cualquier variación de la luz, de manera idéntica a como lo hacen nuestros ojos. Si a uno de nuestros espejos azogados se le pudiera dotar de la propiedad de retener las imágenes, tendría usted claramente explicado el aparato «visual» de Boggu, mucho más perfecto que el nuestro, ya que le capacita para poder reproducir escenas que sucedieron con anterioridad.

— ¡Pero con todo eso, usted confirma mi teoría!

— ¡De ninguna manera, Smoker!

—Confieso que no lo entiendo.

Sharpener miraba alternativamente a sus dos compañeros y de vez en cuando, sin despegar los labios, echaba una rápida ojeada a Boggu.

—Verá —sonrió el profesor—. La pantalla de la izquierda recibe en su superficie una escena cualquiera, y en lugar de desaparecer ésta, como ocurre en nuestros espejos, el sensible mecanismo del hombre de «O» la «asimila», con lo que se convierte en algo muy parecido a nuestros recuerdos, pero incomparablemente más fieles que éstos, en cuanto a su reproducción

«mental» se refiere, ya que Boggu «rememora» con toda exactitud, no como nosotros, que siempre solemos perder algún detalle. Él no tiene más que seleccionar la escena que desea y proyectarla en la pantalla de la derecha. Debe estar provisto de unos álbums gigantescos...

— ¡Pues eso es lo que yo estaba diciendo!

—No, porque es que resulta que las imágenes se van impresionando y archivando continuamente. Puede estar seguro de que nuestra conversación se está guardando en el interior de Boggu con todos nuestros ademanes y gestos, y no digamos, juraría que tanto nuestra arribada a «O» como cuanto aquí hemos hecho y dicho...

El profesor Brief se encaró con Gary.

—Póngase detrás del elemento QD —le ordenó— y estése quieto hasta que yo le avise. Vamos a comprobar mi hipótesis.

Cogió el teléfono que había empleado anteriormente su ayudante y mientras éste obedecía sus órdenes, se puso en comunicación con Boggu.

—Amigo *hombras* Tierra —le dijo—, queremos ver a nuestro amigo que está a tu «espalda».

—«Mucha gran cosa fácil ser —respondió el hombre del astro anaranjado —. Pantalla aparece.»

Y la imagen de Gary apareció.

— ¡Muévase, salte! —indicó el profesor.

Y con absoluta fidelidad vieron los movimientos que empezó a hacer el joven ingeniero. Parecía que lo estaban observando directamente, como si la pantalla se hubiera transformado en un agujero cuadrado que empequeñeciera a las personas al ser vistas a su través.

— ¡Vuelva aquí! —indicó el científico a Gary—. ¡Vaya usted ahora, Smoker! Póngase cabeza abajo.

Y Sharpener se llevó una de las mayores sorpresas de su vida al ver al doctor, que ya no era joven más que relativamente, colocarse en la postura pedida por Gerold Brief, en un alarde de agilidad.

—Vuelva ya. Ya está comprobado que nuestro elemento QD... ve. Vamos a hacer un nuevo experimento—. Se puso a hablar por teléfono: —Boggu, ¿podríamos presenciar nuestra llegada a «O»?

—«Oui, yes, sí. Elemento QD mostrar pantalla bien. Carrete LP, carrete LP, carrete LP...»

El cuadrado de la pantalla se tiñó del negro azulado del espacio infinito y en la inmensidad se advirtió un puntito perdido, que debía ser el *Corpuscle*,

visto desde el astro anaranjado. Se fue agrandando el punto a medida que se acercaba y dejó que poco a poco su silueta borrosa se convirtiera en la forma inconfundible de la astronave.

Entonces comprendieron los tres hombres de la Tierra qué era lo que les había impedido alejarse del astro liso, con el pavoroso cráter a cuyo lado acabaron por caer.

Una raya grisácea cruzó la pantalla; debía ser uno de los «brazos» de Boggu, y rozando apenas la nave, la fue empujando irresistiblemente, sin que sus asombrados tripulantes pudieran hacer nada para enderezar el rumbo.

—Muy bien, Boggu —agradeció el director del «Congress Atomic»—, muchas gracias. ¿Sería posible que viéramos otros trozos de nuestra Tierra?

—«Carrete ER, carrete ER, carrete ER. Tu dice precisa querer estar donde.»

—Nos da igual un sitio que otro, amigo; pero queremos estar ahora, en este momento, ¿entiendes? Presenciar algo que pase ahora mismo, no que haya sucedido con anterioridad.

—«Mí, entiende. Yes, oui, sí... Y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia.»

Casi sin asombro ya, vieron en la pantalla una vista panorámica del Cañón del Colorado, y luego otra de una ciudad desconocida, pero terrestre, y más tarde, a vista de pájaro, otra urbe que hizo dar un salto de alegría al profesor: ¡Filadelfia!

— ¡Acérquese si puede, Boggu! —pidió emocionado.

—«¡Elemento QD, siempre poder, siempre!»

Agrandáronse las azoteas de los edificios hasta que desaparecieron y quedó en la pantalla la proyección de una calle anchísima por la que circulaban innumerables automóviles del tamaño de hormigas, e incontables personas como cabezas de alfiler.

— ¡Palm Avenue!... —gritó el profesor Brief lleno de gozo—. ¡Siga bajando, siga bajando!

La imagen continuó descendiendo. Palm Avenue les mostró sus monumentales proporciones. Las anchísimas aceras, abarrotadas de abigarrado público, daban la impresión de no poder estar más llenas, y miles y miles de vehículos, circulando sin interrupción por el centro de la calzada, la hacían semejante a un río de corriente multicolor.

Cuando el televisado cuadro alcanzó el nivel de la Avenida, se detuvo. La cuadriculada fachada de un edificio de noventa y ocho pisos de altura, el National Bank, desde la posición en que la estaban observando, a ras del suelo

de un portal de enfrente, se veía entera.

¿Pero qué era aquello?... De la puerta principal del National Bank, pistola en mano, acababan de surgir cuatro hombres enmascarados que se abrían paso por entre los asustados transeúntes, amenazándolos, y se dirigían a un automóvil que tenían estacionado en el bordillo de la acera.

Tres de los enmascarados, en las manos respectivas que les dejaban libres las armas, portaban sendas maletas.

Los expedicionarios se miraron.

— ¡Un atraco! —dijeron a coro.

En efecto, se trataba del audaz asalto a mano armada que llevó a cabo en el National Bank la banda de Philip Smith, también conocido por «el manco» a causa de cierto defecto que tenía en la mano derecha, pero que por lo visto no le impedía apoderarse de lo ajeno.

El profesor Brief se sintió inspirado.

— ¡Boggu—dijo al teléfono—, sigamos al automóvil que se lleva a esos *hombras*!

Obediente, el elemento QD inició en el acto la persecución de los facinerosos. Y ora estando situados encima, ora yendo a su misma altura, por detrás o por delante, ni a sol ni a sombra les separó de los bandidos, quienes no parecían darse cuenta de nada, atentos sólo a lo suyo, sin sospechar siquiera que su escapatoria estaba siendo recogida con tal fidelidad y justeza de encuadre, que ni el más hábil de los directores de cine de la Tierra hubiera sido capaz de superar.

Sorteando el tráfico, haciendo caso omiso de cuantas señales encontraban a su paso, los cuatro hombres se fueron alejando del National Bank.

De pronto, el aparato que registraba la huida se dió una vuelta de ciento ochenta grados y los viajeros interastrales, un tanto mareados por lo rápido del movimiento, pudieron ver un par de coches de la policía rodando a todo gas por el centro del callejón que para dejarles pasar abrieron el resto de los vehículos en Palm Avenue.

La ventaja de los gangsters, unida a la velocidad a que se desplazaban, les quitaba peligro a ser alcanzados por los agentes de la Ley, los cuales era muy probable que los perdieran en alguna de las muchas curvas que estaban haciendo ahora, metiéndose por cuantas calles laterales les venían al paso.

De sus perseguidores terrenales quizá se escabulleran, pero lo que es de Boggu, que les estaba siguiendo con un tesón digno de todo elogio, parecía imposible.

Llegaron a otra calle conocida por el profesor, Entail Street, paralela a

Palm Avenue, y comenzaron a recorrerla ¡en dirección al National Bank!

Evidentemente, el gángster Philip Smith era un formidable estratega. En lugar de alejarse más que aprisa de la zona del robo recién perpetrado, se acercaba a ella.

Dobló el automóvil la esquina, recorrió un trecho de la transversal Shipwreck Road y enfiló de nuevo la Avenida donde estaba enclavado el edificio del Banco, en cuyas proximidades se detuvo.

Así, con toda tranquilidad, como el que no quiere la cosa, se encontraron los astutos bandidos a menos de veinte metros del sitio en donde habían robado, mientras la policía les buscaba por el lado opuesto.

Corrían el peligro de que cualquier transeúnte identificase por casualidad el automóvil, del que estaban descendiendo; pero ese era un riesgo que en todas partes corrían, pues toda Filadelfia debía conocer ya sus características.

Y lo que no pensaría nadie sería intentar localizarlo a la puerta misma del Banco, con lo que podrían eludir la acción de la Justicia y desaparecer tranquilamente mezclándose con la muchedumbre.

Ninguno de ellos se cubría ya con los negros pañuelos que antes se anudaban a sus nucas y los cuatro se movían con una naturalidad que por fuerza debía ser fingida.

Abriéndose paso a codazos, caminaron acera adelante. Luego, siguiendo sin duda un plan preconcebido, detuvieron un taxi, subieron a él y se alejaron...

— ¡¡¡Boggu, sigue al coche amarillo!!! —ordeno el profesor Brief en un tono que no debió ser muy del agrado del hombre del astro color naranja.

—«Mí —respondió raudo, apagando la pantalla—, si parecer bien seguir solo. Elemento QD, no órdenes nadie. Amigos solo atiende.»

Mark Smoker recibió un codazo que le propinó Gary.

—Pero nosotros somos amigos —exclamó el profesor suavemente tragando saliva.

—«Yes, oui, sí, Carrete ZQ carrete ZQ, carrete ZQ... ¿Cómo está usted, mister... Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia..., que se llama Gary Sharpener? Nosotros amigos. Mí obedece.»

La pantalla volvió a encenderse y continuaron la persecución interrumpida. En torno al coche fueron recorriendo calles y más calles, hasta detenerse ante un edificio que el científico reconoció instantáneamente: el Lodging Sun, habitado por personas honorables y amantes de la tranquilidad.

Bajaron los gangsters del taxi, que se alejó perdiéndose en el intenso

tráfico, y se. encaminaron a la puerta giratoria de la residencia, ante la cual se detuvo la pantalla de Boggu dudando y vacilando, como temerosa de sus giros.

El profesor Gerold Brief se quedó pensativo y se decidió, al fin, a solicitar otra petición formulándola con cuidado.

—Amigo —dijo—, ¿quieres hacer el favor de entrar a tus amigos de la Tierra por esa puerta giratoria?

—«Carrete VB, carrete VB, carrete VB... Carrete CG, carrete CG, carrete CG... Carrete GF, carrete GF, carrete GF... Mí puede no nunca. Puerta pasar poder no. Ustedes vosotros detener giro lento demasiado mucho. Sólo luego Boggu entrar puede.»

—¿Cómo vamos nosotros a detener el giro de la puerta, Boggu? —preguntó asombrado el científico—. No podemos hacerlo; no estamos allí

—«Sí estar querer, elemento QD, de «O», ayuda ustedes vosotros. Sí, oui, yes.»

Gerold Brief abrió mucho los ojos y enmudeció de emoción. La idea que el hombre mecánico le había imbuido le desquiciaba el cerebro.

—¿Qué tal se encuentra? —espetó a Sharpener, que estaba jugueteando con el desintegrador, cuando ya la pantalla principiaba a retirarse.

—Estoy bien —respondió el aludido—, no me duele nada.

— ¡Smoker! —siguió inquiriendo rápidamente—, ¿quieren que vayamos a la Tierra?

Gary se metió el desintegrador en el bolsillo, mientras el doctor respondía encogiéndose de hombros:

— ¡Por mi parte, encantado!

—Amigo Boggu —pidió el director del «Congress Atomic» de Filadelfia, tembloroso pero decidido a correr la más extraordinaria aventura que hubiera sido capaz no ya de imaginar, sino de soñar— amigo Boggu, queremos... estar allí.

Todo sucedió muy deprisa. Tanto, que apenas tuvo tiempo el ingeniero de sacarse el arma del bolsillo y empuñarla, aunque dicho sea de paso, sin saber a ciencia cierta para qué...

Como relampagueando, la porción de calle que veían pareció cobrar vida. ¡Cesó de ser una persecución «plana» y adquirió tres dimensiones!

¡¡¡Actuó una pasmosísima televisión en relieve!!! Los adoquines se salieron de la pantalla; un árbol que aparecía cortado de arriba abajo por la mitad, en el límite izquierdo del cuadro, surgió de él y esparció sus ramas

dentro del *Corpuscle*; los automóviles que circulaban frente al Lodging Sun salieron disparados del marco, que desapareció sin saberse por dónde y los tres viajeros interastrales se encontraron de improviso en medio de la calzada, donde una ruidosa motocicleta estuvo en un tris de llevarse por delante a Sharpener y un autobús de dos pisos por poco aplasta al profesor y a Smoker.

La gente se les quedaba mirando con la boca abierta. El aspecto que presentaban era sencillamente absurdo: Gary, vestido con unos pantalones nada más, sin zapatos y sin camisa, apretaba nervioso la culata del desintegrador y saltaba intrépidamente de acá para allá, sorteando con dificultad el tráfico, seguido por el doctor Smoker y por el profesor Brief, agarrado este último al teléfono como si en ello le fuese la vida.

Resultó emocionante la travesía de la calle. Por verdadera casualidad, bien puede asegurarse, lograron llegar indemnes a la acera.

Sin hacer caso de los curiosos que se arremolinaban a su alrededor, se colaron por la puerta giratoria del Lodging, cuyo portero, atemorizado por el arma que empuñaba el joven, no osó dirigirles la palabra cuando pasaron por su lado.

Una vez dentro, Sharpener se encaminó resueltamente al hombre uniformado que se hallaba detrás de un mostrador.

—¿Dónde están los cuatro individuos que acaban de entrar? —le preguntó poniéndole debajo de la nariz el desintegrador—. ¡Conteste rápido, que tenemos prisa!

Y tan asombrado como tembloroso, el empleado no se resistió a informarles de lo que le pedían.

—Habitación 211 —musitó—, quinto piso.

— ¡Al ascensor, muchachos! —gritó el profesor.

Penetraron en tromba en el estrecho recinto del elevador y conminaron al encargado a que les condujese como las balas a la altura deseada.

Acostumbrados como estaban a las vertiginosas velocidades que con su astronave solían alcanzar, parecióles muy lenta la ascensión; pero llegaron al piso, pedido, por fin, y salieron corriendo por un pasillo.

Los números que había en los dinteles de las puertas les iban guiando: 190, 191, 192... 203, 204... 208, 210...

— ¡Aquí está el 211! —avisó Gary, que había sido el primero en alcanzar la meta, deteniéndose ante la puerta y llamando suavemente con los nudillos.

Alguien abrió, preguntando si era el camarero, y los tres tripulantes del *Corpuscle* se metieron en la habitación. Allí estaban, en efecto, los atracadores del National Bank, los cuales se quedaron estupefactos delante del

arma con que les encañonaba el ingeniero y fueron desarmados y reducidos por Smoker y el profesor.

Telefoneó luego este último a la policía y cinco minutos más tarde llegó el inspector Peter Thorny, que se sorprendió lo indecible al encontrarse con el célebre científico y con sus dos no menos célebres ayudantes, a quienes creía embarcados en un arriesgado viaje al planeta Marte.

— ¡Esto no es posible! —exclamó nada más verlos—. ¿Qué ha sido de su famosa expedición?

—Pues nada, amigo Thorny —díjole el profesor—, que nos ha interceptado «O», en cuya superficie estamos.

—Sí, claro... —balbució confuso el inspector, sin comprender ni jota de todo aquello.

Gary, ayudado por el doctor, estábase poniendo una chaqueta que habían encontrado metida en un armario.

—Venga —sugirió en cuanto hubo terminado—, vámonos en seguida. Inspector, sentimos dejarle tan pronto, pero tenemos que proseguir nuestro viaje a Marte.

—¿Es que después de haber fracasado la primera vez, van a intentar la aventura de nuevo, sin... pensárselo bien?

—No hemos fracasado —terció Smoker, y afirmó rotundamente: —Nos encontramos a menos de dos millones de kilómetros de nuestro destino.

— ¡¡¡Pero doctor —se extrañó Peter Thorny, tan conocedor como cualquiera de la distancia aproximada que separa a Marte de la Tierra, muy superior a la que su interlocutor afirmaba—, eso que usted dice es incomprensible!!!

Mas el cirujano y sus dos compañeros ya se iban y el inspector, mientras se decía por lo bajo que parecía mentira que «tíos» tan listos como aquéllos fueran a veces tan... tontos, tuvo que limitarse a estrecharles las manos y a desearles suerte.

CAPÍTULO V

AMOR, CON AMOR SE PAGA

SALIERON los tres viajeros interplanetarios de la habitación 211 del Lodging Sun, y en lugar de dirigirse al ascensor, se encaminaron a la escalera, desierta a la sazón.

Bajaron el primer peldaño, bajaron el segundo... ¡y se dieron cuenta de que estaban descendiendo a bordo del *Corpuscle*!

Y aún pudieron fijarse en cómo la escalera se iba empequeñeciendo, hasta caber dentro de la pantalla de Boggu y quedar perfectamente encuadrada en ella.

El hombre metálico no parecía haberse movido del sitio donde se quedó, y todo, en la inmensidad anaranjada de la llanura que se veía por los ventanales, continuaba lo mismo que cuando se marcharon.

El mismo silencio de siempre y la misma soledad de ausencia de vida rodeaba al *Corpuscle*, semejante a un hito vertical en la desolada superficie de «O».

Sólo en la astronave, provista de artificial atmósfera, se rompía la espantosa mole de muerte que pesaba sobre el astro.

—Boggu —comunicó el profesor Brief por teléfono, dejándose caer pesadamente en el sofá—, gracias a tu ayuda hemos podido prestar un excelente servicio a la policía de Filadelfia. Te quedamos muy agradecidos por ello.

—«Mí, te quedamos muy agradecidos, nada ser. Carrete FR, carrete FR, carrete FR... Elemento QD preferir ayudar ustedes vosotros, el... Carrete HT, carrete HT...»

— ¡Estamos dispuestos a ayudarte, amigo Boggu! —exclamó Gary encantado, apoderándose del teléfono del profesor—. Dinos qué es lo que te sucede.

—«Tener algo dentro mal funciona —transmitió el hombre de «O»—. Carrete XC, carrete XC, carrete XC... Y más delta Y, igual F que multiplica... Carrete AK, carrete AK, carrete AK...»

—Vamos, déjate de «carretes» y comunícanos de una vez lo que te pasa. Recuerda que somos amigos.

—«Mí, elemento QD..., difícil resultar eso ser. Mal funciona selector carretes. Boggu todo confunde.»

Sharpener reflejó en su rostro toda la emoción que sentía cuando dijo:

—¿Quieres, acaso, que te arreglemos el selector? Yo soy ingeniero en la Tierra.

Aunque el joven se lo calló, podía haber añadido que era el más experto de todos los colaboradores del «Great Laboratory Electronic Corporation», de Nueva York, motivo por el cual, pese a sus pocos años, había sido elegido por el profesor Gerold Brief para ayudarle en sus investigaciones, primero, y para acompañarle, después, en su viaje.

—«Boggu mucho encantado todo ser estar. Mi, elemento QD, dirige... No asustar, no correr, ¡no correr! Carrete DR, carrete DR, carrete DR. ¿Cómo está usted, mister... Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia..., que se llama Gary Sharpener?

— ¡*All right*! No correremos, amigo.

Y el muchacho, entregando el teléfono al doctor se dirigió a la cabina de mando del *Corpuscle* en busca de unas cuantas herramientas que creyó necesarias para la reparación del selector citado por el hombre mecánico.

Volvió con ellas unos segundos después, y surgió el primer problema: el de abrir el cuerpo de Boggu. Parecía estar hecho de una sola pieza; no se advertía en todo él ni rastro de nada que se pareciera a tornillos o ensambladuras.

Quedáronse indecisos los tres hombres de la Tierra hasta que el doctor transmitió:

—Boggu, amigo, ¿habrá que emplear el soplete desintegrador?... No encontramos otra manera de abrirte.

—«Eso fácil, mucho sencillo ser poder si elemento QD ayuda...»

Y el elemento QD ayudó. El «muñón» que llevaba a la «espalda» como si fuera una mochila se elevó y se alargó, describiendo un arco, hasta pulsar uno de los nueve botoncitos que se veían en la parte anterior del «cuerpo», el cual, tras vibrar un instante, cambió su grisáceo color en verde aceituna.

—«Ya ustedes vosotros arreglar poder selector carretes» —indicó Boggu.

—Me parece que no, amigo —denegó el doctor sin saber cómo debía interpretarse aquella mutación de color.

—Mí —aclaróle la voz que oyó en el auricular—, átomos consistencia grasa. Carrete RK, Carrete RK... Ustedes vosotros separar mucho fácil pedazo Boggu señalo.»

El «brazo» que el hombre tenía alargado recogióse y pasó su finísima punta sobre la parte superior de la lisa estructura del «cuerpo», muy cerca del ángulo anterior derecho.

Acercaron sendas sillas y se subieron a ellas para alcanzar cómodamente la parte indicada, en la que no pudieron ver más que la lisura metálica del perfecto acabado de la máquina.

¿Sería, quizá, la superficie misma la que había que quitar de en medio? Para comprobarlo, Gary Sharpener la tocó con la punta del destornillador que empuñaba, y sin esfuerzo abrió un boquete en ella.

No fue más que un orificio pequeñito, pero el ingeniero no necesitaba más para saber que estaba en el buen camino. Lo agrandó velozmente, y, a su través, vieron una parte del maravilloso mecanismo que hacía funcionar al elemento QD.

—«Centro depósito carretes... Cable mal mucho conexión. Carrete VT, carrete VT, carrete VT... que se llama Gary Sharpener pone tú el pronto bien.»

Se trataba, pues, de una conexión mal hecha, y era Gary el que debía componerla. Si no era más que eso, en un periquete quedaría Boggu como nuevo.

La increíble constitución de aquella máquina portentosa, simplificada hasta extremos inverosímiles, facilitaba la tarea del ingeniero del «Great Laboratory Electronic Corporation», el cual, casi con la misma facilidad que Boggu cuando le extirpara el apéndice, rehízo la conexión y se lo comunicó.

— ¡Ya está, amigo! —díjole jubiloso—. ¿Puedo servirte en algo más?

—«Mí, muchas grandes gracias dar ustedes vosotros. Ya bien funciona selectores carretes. Buenas condiciones estar ser elemento QD. Gracias, mister Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia...; que se llama Gary Sharpener. Boggu, elemento QD, de ”O”, gracias repite hombres Tierra.»

—De nada, elemento QD, de ”O”, no hay de qué. Los amigos somos para las ocasiones —así dijo el profesor por boca de todos, y todos tuvieron la certeza de que sus palabras no habían caído al vacío.

El «cuerpo» del hombre del astro color naranja fue poniéndose lentamente de su grisácea tonalidad primitiva, y el boquete fue cerrándose poco a poco.

—Muchachos —siguió hablando el científico en cuanto tales prodigios se hubieron realizado, bajándose de la silla—, creo que ya no nos detiene nada en «O» y que podamos proseguir nuestra ruta...

—«Elemento QD —interrumpió Boggu—, va ustedes vosotros. Astro blanco cerca.»

—Muy bien —aceptó el profesor—, no tenemos inconveniente en que nos acompañes.

— ¡Naturalmente que no! —aprobaron sus ayudantes.

Conque empezaron los preparativos para reanudar la interrumpida expedición. Revisaron la zona exterior del *Corpuscle*, que estaba en contacto directo con el suelo y con las emanaciones radiactivas de «O», desde que cayeron en él, y no encontraron el menor desperfecto.

Boggu, desplazándose raudo por la superficie de su astro, estiraba sus tres «brazos» y los elevaba al azul firmamento, como oteando...

Concluida la inspección, los cuatro «hombres», cerrada ya la puerta de acceso de la astronave, se elevaron a la cabina de mando.

— «Nave hombres Tierra —transmitió el elemento. QD, que, como se habrá observado, ya no les llamaba *hombras*—, mucho gran mala ser. Imposible marcha ella. Gran peso, propulsión poca. No poder salir órbita ”O”, imposible. Remolcar tener.»

Pero ya el profesor Brief había hecho despegar a su *Corpuscle*, cuyos reactores respondieron tan bien como de costumbre, ante la «sorpresa» del hombre mecánico, aferrado a la «idea» de que sería imposible salir de «O» sin su ayuda.

— ¡Vaya! —sonrió de buena gana el científico jefe de la expedición, al comprobar que nada entorpecería la marcha de la nave interastral—. ¡Nos está sucediendo igual que al abejorro!

Boggu, tal vez un poco picado en su... «amor propio», se había liado a presumir. Sus palabras, saltando de uno de los altavoces de la cabina, eran escuchadas al tiempo por los tres viajeros.

—«Estrellas elementos QD, sí, yes, oui, aptas mucho. Todas compensadas propulsión con peso suyo, de ellas. Rápidas más mucho luz, llegar pocos *inth* astro blanco. Buenas ser estar.»

— ¡Que me sirvan una frita! —dijo bajito el doctor Smoker al ingeniero, a cuyo lado estaba, sentados ambos en sendos taburetes, estudiando un mapa.

—«Núcleo centro, para no funda borde, rodear brazos muchos extiende alrededor...»

El astro anaranjado, con su solitario cráter en mitad, abierto como una inmensa boca redonda, parecía caerse en las profundidades del cielo salpicado de rutilantes puntos blanquecinos.

El hombre metálico, incansable, deseoso sin duda de que los tripulantes del *Corpuscle* se enteraran bien de cómo eran sus astronaves, proseguía con su explicación.

—«Necesario precisa espacios libres materia. Así desintegra no toda. Borde continuo, desintegra sí, yes, oui. Querer ustedes vosotros, mí enseña estrellas buenas mucho.»

Los reactores de la aeronave reflejaban su marcha en el cuadro de mandos; el departamento productor de energía luminosa transformaba con regularidad el isótopo de Brief; los renovadores de aire no cesaban de enviar el vital gas a las cabinas especiales.

Sharpener se levantó del taburete en donde estaba sentado y dejó al cirujano entretenido con el diario de a bordo.

—Me gustaría ver tus estrellas —dijo, interesado, aproximándose al hombre de «O»—. No me cabe duda de que han de ser...

Se detuvo de repente, se volvió hacia el profesor y se le quedó mirando. Estaba enfrascado en el complicadísimo cálculo de la distancia que les faltaba que recorrer.

No se atrevió a importunarle. La pregunta que quería hacerle podía esperar.

El radar acusaba cada vez con menos intensidad la presencia de un obstáculo a popa, «O», y no accionaba, por tanto, el sistema automático de retropropulsión.

Un minuto después el profesor levantó la cabeza.

—Oiga —apresuróse a decirle Gary—, ¿qué significa eso de que nos está sucediendo igual que al abejorro? ¿Qué es lo que les pasa a los abejorros?

El científico curvó los labios en una carcajada mal contenida.

—Pues les pasa —dijo— algo muy semejante a lo del *Corpuscle*, según nuestro amigo elemento QD: que está demostrado que no «pueden» volar, pero como ellos no lo «saben»... vuelan estupendamente.

El doctor, distraído del trabajo que estaba realizando en el diario, se quedó mirando a su jefe.

—¿Es eso verdad? —le preguntó extrañado.

—Sí, Smoker, es completamente cierto. El abejorro debería ser un animalito puramente terrestre, capaz si acaso de dar algún que otro salto ayudado por sus alas, mas imposibilitado de desplazarse por el aire a causa de su gran peso y envergadura.

Nada turbaba la infinita paz de las alturas en las que el *Corpuscle* estaba inmerso. El cráter de «O», al alejarse en el negro vacío, iba empequeñeciendo su circunferencia exactamente geométrica como una carcajada color naranja.

Los ocupantes de la astronave, habiendo fijado el rumbo con el piloto automático en línea recta hacia Marte, terminaron sus ocupaciones.

—Boggu —inquirió en broma el doctor—, me gustaría saber una cosa: ¿Tú no comes?

—«No, mí no come.»

—Pero beberás... —siguió su broma Smoker.

—«No, mí no bebe. Daño mucho hace Boggu agua. Motivo mí, elemento QD, imposible Tierra vosotros ustedes mucho estar. Atmósfera llena tener humedad toda. Luego irreparable ser estar.»

—¿Y la atmósfera de la cabina del *Corpuscle* no te... estropean?

—«Pequeño... grande poco ser. Molesta no.»

Habíanse sentado los tres hombres de la Tierra en corro ante el elemento QD, y se pusieron a preguntarle una serie de cosas que les intrigaban.

—¿Cómo es que «O» no figura en ninguno de los mapas celestes? —dijo el profesor.

—«Ser «O» poco mucho grande. Perderse espacio, no divisar Tierra. Si acerca pocos *pu*, confundir vosotros ustedes aerolito, no marcar... ”O”, sin sujeto órbita. Astro particular ser estar.»

—¿De quién es, si se puede saber?

—«Elementos QD propiedad. Elementos QD gobernar siempre. Regir rumbo sin dejar influir no gravitaciones extrañas nunca.»

— ¡Pero —intervino Sharpener— estás hablando en plural! ¿Es que hay más elementos QD que tú?

—«Elementos QD, muchos grandes todos haber.»

—¿Dónde residen? Nosotros no hemos visto nunca ninguno.

—«Urbes verticales, dentro ”O”, cerca próximo incandescencia centro... Mister Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia...; que se llama Gary Sharpener. Comprobar ver pantalla.»

Y los tres atónitos hombres de la Tierra vieron algo que muy bien podía calificarse de «urbe vertical», cuyos «transeúntes», idénticos a Boggu, se desplazaban de arriba a abajo y de bajo a arriba con tanta o más velocidad que nuestros aparatos aéreos de propulsión a chorro, dejando en pos unas estelas ligeras y tenues, de reflejos metálicos.

De trecho en trecho se abrían unos orificios ovalados, por los que entraban y salían los habitantes del astro anaranjado, «subterráneos» podríamos decir, sin disminuir su aterradora «prisa».

—«Todos elementos QD, determinada exacta misión realizar tener. Todos generadores cuidar; todos superficie grietas evitar, centrífuga fuerza producir... Todos, luego, crear talleres elementos QD más muchos.»

— ¡¿Es que tenéis producción de elementos QD?!

—«Siempre producción continua. Desde creados, mecanismo gastar. Primero, aptos pilotar estrellas; después, imposible todo ser estar. Jefe taller fundir cámaras; material recogido, nuevos elementos QD servir. Así continuo siempre ser.»

El profesor Gerold Brief repartió cigarrillos entre sus dos ayudantes, y quedáronse los tres silenciosos mientras los encendían.

—¿En qué idioma estaba escrito el letrero de la pared del cráter de «O»? —preguntó el científico, expeliendo al hablar una bocanada de humo.

Como de costumbre, Boggu contestó instantáneamente.

—«Inscripción —transmitió— idioma escrito elementos QD. Fácil mucho sencillo ser estar. Toda clase grafismos Tierra acoplar poder.»

«Fundió en negro» la pantalla —como se dice en el argot cinematográfico — y se iluminó otra vez, ahora con la asombrosa inscripción aludida por el profesor.

—«Fijarse ojos pequeños ustedes vosotros, letras alfabeto idioma hombres Tierra.»

Vieron cómo la larguísima varilla grisácea, que era el «brazo» del elemento QD, surgía del remoto confín del astro anaranjado, pasaba junto al profesor y al doctor Smoker, que estaban con sus escafandras verdosas y sus inflados equipos al pie del altísimo cráter, y marcaba en él letra a letra:

AGHU-W-P-
PW-GHAU-O

—«Notar forma fracción ustedes vosotros. Todo signo numerador, anulado es igual denominador... que olvide.»

Desaparecieron las letras como por encanto, y sólo quedó:

«O»

—«Letrero captado, elementos QD saber significar puede no más que cosa una: "Límite occidental del astro... llamado en el Universo "O".»

—Tal vez nuestros cerebros son débiles en comparación con tu mecanismo maravilloso y exacto —habló meditabundo el director del «Congress Atomic»—; pero se me ocurre que, persistiendo los signos de separación de cada palabra, o lo que sean; en el sitio que ocupan en el letrero, puede variar el sentido del mismo, sin más que...

—«¡Imposible ser! —cortó rápidamente Boggu—. Si en idioma ustedes vosotros querer escribir «casa», poner primero letra *ache*, luego *o*, *u*, *s* y *e* (3); si orden cambiar, «casa» mismo ya significar no nada. Elementos QD, igual suceder escrito idioma.»

—Eso es diferente —replicó el profesor Brief, que no acababa de convencerse de la eficacia expresiva del idioma escrito de los elementos QD —. Pero hay tiempo, ya nos lo explicarás con mayor detenimiento en otra ocasión.

En los ventanales del *Corpuscle* se recortaban trozos del cielo negro y profundo. Eran como retazos punteados de luces fijas, inmóviles salvo un ligero parpadeo, que parecían cuadros colgados de las paredes de las cabinas.

La aeronave, por más que la velocidad que la animaba fuera toda la que sus propulsores podían proporcionarla, no parecía moverse ni avanzar Estaba como colgada por algún hilo invisible en el vacío. Se perdía en la inmensidad del éter.

Era algo así como una hormiga que se empeñase en recorrer 100.000 metros a toda la velocidad de sus patitas. Si no se le terminaba la energía y persistía en el esfuerzo, no hay duda de que acabaría por alcanzar su meta, pero considerada mientras tanto segundo a segundo, iría recorriendo espacios tan pequeños, en comparación con la distancia total, que semejaría estar inmóvil.

Gary Sharpener se decidió a disparar una pregunta que tenía en el pico de la lengua desde hacía mucho rato.

—¿Cómo has sido creado, amigo Boggu?

—«Mí, creado como saber no. Sólo registra luego, cuando creador introduce lámina *registrovitadora*.»

—No te entendemos —intervino el doctor—. Tus palabras nos parecen sin sentido.

Borróse de la pantalla la inscripción del cráter y se dejó ver una especie de tobogán, por el que se deslizaba, como resbalándose, una máquina idéntica a Boggu, él mismo tal vez; y como tuviera de color verde aceituna la superficie exterior de su estructura, los viajeros interplanetarios supusieron que estaba pasando por un proceso similar al de cuando Gary le arregló el selector.

—«Desciende nuevo creado rampa elíptica —íbales explicando el hombre de ”O”—. Pronto línea percepción alcanza, sí, oui, yes...»

Menos el verde elemento que bajaba por la rampa, todo lo demás era del grisáceo tono que tenía habitualmente el hombre mecánico.

—«Ya mecanismo movimiento pone...»

El elemento QD comenzó a mover el «cuerpo» convulsivamente.

—«Ilumina primera lámpara captar transmisiones. Antes, imposible ser estar él... Llega final declive. Queda, para, espera suyo creador llegada,

venida...»

Apareció un elemento «adulto», caminando rápidamente con una lámina en la «mano». Era la tal lámina del tamaño de un folio y estaba llena de orificios estrellados y semilunares.

—«Rápido más mucha luz, introduce lámina inscripción *registrovitadora* elementos QD...»

La lámina desapareció como por arte de magia de la extremidad que la sostenía.

—«Miren ojos pequeños ustedes vosotros cómo sale lenta *registrovitadora...*»

La *registrovitadora*. debía ser un grandísimo armatoste prismático, abarrotado de ruedas dentadas y de tubos retorcidos, cuya aplicación no les fue posible discernir. Por un agujero horizontal, semejante a un buzón, comenzó a salir algo... Debía ser la lámina de inscripción ya cumplimentada, porque Boggu transmitió:

—«Creador coge. Mete velocidad más mucha luz estructura blanda nuevo elemento QD. Ya, capacitado perfecto emitir mensajes, recibir, desplazarse, pilotar estrellas. Carretes conocimiento giran ya...»

— ¡Un momento!... —saltó el profesor—. ¿Podríamos ver alguno de esos «carretes de conocimiento?»

—«Claro, yes, sí, oui.»

Oscurecióse la pantalla para volver a iluminarse inmediatamente y dejarles ver un extraño aparato, formado por innumerables cilindros diminutos, con hilitos microscópicos arrollados, visibles gracias a que su longitud debía ser extraordinaria, y Boggu, tan servicial como siempre, explicó:

—«Elementos QD no suceder igual ustedes vosotros. Elementos QD, desde comienzo transmisión, llevar grabadas en carretes sabiduría toda suyo creador. Creador construye cables completa toda experiencia de él.»

El singular aparato se puso en movimiento y los pilotos del *Corpuscle* vieron, detalladamente, el funcionamiento de la «memoria» de los elementos

QD, de «O». Los extremos de los cables se introducían por unos agujeritos que cada carrete llevaba a su lado, en una tablilla verdosa, y se movían rapidísimamente de acá para allá, sin orden ni concierto al parecer.

Aquello era una aplicación avanzadísima de los magnetófonos terrestres, cuya cinta, una vez impresionada, es capaz de repetir muchas veces y con toda exactitud las palabras que se pronunciaron ante él.

Los cables de los carretes estaban completamente llenos de impresiones,

facilitadas a los elementos QD por su «creador», según Boggu había dicho, refiriéndose a lo que muy bien podríamos llamar «el padre de la criatura».

El selector que Gary Sharpener había arreglado servía para que el elemento QD pudiera elegir los términos que necesitaba para expresar sus «ideas».

—«Mucho siempre sirve funcionar. Desgaste o agua sólo inutiliza...»

El *Corpuscle*, poniendo un guión chato y gris en la negrura sin fin del firmamento, seguía su rumbo a Marte a toda velocidad de sus potentes propulsores.

CAPÍTULO VI

¡¡¡*MARTE*!!!

LAS jornadas de los navegantes del espacio transcurrían pesadas como plomo. La igualdad de todos los días se les metía en el espíritu y se lo inundaba de monotonía.

No tenían nada en absoluto que hacer. Debían limitarse a dejarse llevar por el *Corpuscle*, y no precisaba éste cuidado alguno por parte de sus tripulantes.

A veces, con el simple objeto de hacer un poco de ejercicio, bajaban los tres hombres de la Tierra al compartimiento donde estaba el isótopo de Brief, pero bien pronto llegaron a cansarse...

Más de una ocasión fue aprovechada para revisar las instalaciones electrónicas y para rebuscar, entre los aparatos auxiliares, alguno que no funcionara bien, mas en vano. El *Corpuscle* se estaba portando magníficamente y nada precisaba su poderosa maquinaria.

El metálico hombre de «O» era el único que no se aburría nunca. Tenía mucha... «vida interior» el habitante del astro anaranjado. Se pasaba las horas y los días, como si fuera un aparato más, en uno de los espacios libres de instrumentos de la cabina de mando.

Excusamos decir que los tres aventureros le cosían a preguntas. Habíanle puesto encima del «cuerpo» un receptor de radio, y así, graduando a voluntad el volumen de los sonidos, les era posible escuchar cómodamente las respuestas.

—Boggu, ¿recuerdas que habías prometido enseñarnos tus «estrellas»?

—«Bueno, bien —llególes la amable contestación—. Pantalla televisa.»

Y surgió en la susodicha pantalla una vista panorámica de lo que debía ser, en «O», un aeródromo. Estaba lleno de unos aparatos redondos, muy planos, con una ligera elevación en su parte central, formada por una serie de brazos angulares larguísimos, que aparecían y desaparecían del suelo como por arte de encantamiento.

—«Alcanzar velocidad más mucha luz.»

—¿Quién las pilota?

—«Elementos QD, sí, yes, oui, dentro ir uno cada. Cuando estrellas girar...»

—¿Qué hacéis para no mareares? —dijo Smoker burlón.

—«Mí, Boggu, saber no marear nada ser estar. Elementos QD dentro girar vueltas también. Estrella gira derecha, elemento gira izquierda; si estrella izquierda, elemento derecha. Así todo igual ser lo mismo. Elementos anulan efecto rotación estrellas con giratorio movimiento suyo, contrario sentido. Parece nada mover.»

—¿Podríamos ver por dentro una de esas estrellas?

—«Claro, yes, oui, sí. Aparece pantalla.»

El interior de la estrella que vieron, una cualquiera, sin que ellos supieran cuál, estaba iluminada por una claridad difusa y tenue, «plateada», que procedía de un lugar indeterminado.

Era una pieza cilíndrica con el techo cóncavo y plano el suelo y sobre éste había una como a modo de mesa, un tanto descentrada, con media docena de botoncitos encima.

Y nada más. Sólo eso se veía dentro de los velocísimos aparatos voladores de los elementos QD.

—«Cabina mando ustedes vuestra ser estar.»

Los pilotos del *Corpuscle* quedáronse bastante defraudados al contemplar el departamento principal de las estrellas. Habían esperado ver algo muy diferentes, sin poder precisar qué, pero espectacular y asombroso y rodeado de misterio, y se encontraban con que la cabina de mando —¡la cabina de mando! — estaba prácticamente vacía.

Si allí en el sitio más importante de la nave sucedía eso, ¿qué no pasaría en los lugares secundarios?

—¿Y desde ahí —indagó el profesor— podéis gobernar vuestras astronaves?

—«Yes..., y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia.»

—¿Con los seis pulsadores basta para...?

—««Basta mucho, casi sobra; pero no, justo ser estar.»

—Explícanos, amigo Boggu, porque nos estamos quedando *in albis*.

—«Mí, bueno..., Smoker, Mark Smoker. Preguntar tú. Mejor Boggu responde todo. Elemento QD, amigo.»

—¿Qué sucede si se oprime uno de los botones?

—«Tú..., que se llama Gary Sharpener, nada pasar aprieta pulsa. Nada ocurre puede: no elemento QD.»

—Bueno, pero si el que lo pulsa lo es...

—«Cada uno cual, misión tener grande. Todos importa. Si último fila, estrella baja, todo toca suelo, para, detiene. Si elemento subir, botón hay hacer. Babor, estribor, uno solo precisa. Orienta rápido automático direcciones. Desplaza raudo más mucha luz. Todo hacer poder: lento como elementos QD desgastados, para propulsión, quieto queda rato eterno; vertical vuelo hacer lo mismo poder; superluz, superluz; lento mucho, lento mucho; vertical, vertical...»

—Bien, bien, ¿pero adónde está el mecanismo de propulsión?

La respuesta de Boggu, elemento QD, de «O», hizo saltar de sus respectivos asientos a los hombres de la Tierra.

—«Estrellas tener no mecanismo propulsión.»

¡¡¡No tenían mecanismo propulsor!!!

— ¡Atiza —exclamó el doctor al oírlo—, y decía que no se mareaba!...

—«Estrellas aparato auxiliar ser. No nada importante. Importante sólo elementos QD ser estar. Mecanismo propulsor llevar con ellos siempre consigo. Acoplar en estrella moverla mucho raudo.»

—¿Entonces lo llevas continuamente sobre tu «cuerpo», no es eso?

—«Eso ser, yes, sí. Mí, todo propulsor mecanismo estar ser. Elementos QD, importantes. Estrellas, importantes no. Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del ”Congress Atomic” de Filadelfia...; se llama Gary Sharpener, importantes no nada. Importantes, sólo elementos QD.»

... ...

Otro día, la conversación recayó sobre las ocupaciones de cada uno.

—¿A qué te dedicas en «O», elemento QD? —preguntóle el profesor.

—«Mí, jefe jefes talleres construcción elementos. Piloto estrella mejor otro nadie...»

—Pues si eres «jefe de jefes de taller», ¿qué haces que no estás al frente de tus subordinados? —quiso saber Gary.

—«Boggu, siempre continuo frente elementos subordinados. Mí, televisa pantalla izquierda receptora. Nunca abandona elementos constructores directos.»

—¿También ahora estás supervisando su trabajo? —inquirió el doctor, un tanto desconfiado.

—«También, siempre también.»

—¿Y no podías haber ordenado a cualquiera de los elementos que te

ayudan la reparación del selector de tu mecanismo averiado? —extrañóse el jefe de la expedición, y agregó—: En la Tierra, para cualquier subordinado hubiera sido un gran honor encargarse de componerlo.

—«Mí, imposible. Elementos constructores todos trabajo suyo tiempo exacto justo realizar tener. No entretiene cosa extraña Boggu. Viajes muchos grandes hace mí Tierra. Busca siempre hombre no importa tiempo gastar.»

—¿Y no pudiste encontrar a nadie...?

—«Imposible ser. Todos ver estrella Boggu, mucho contentos. Estrella desciende, todos correr. No correr, ¡no correr!... ¡Boggu, amigo!... Nada lograr. Selector mal seguir siempre.»

Y así un día y otro y otro, hasta que llegaron a cansarse de la charla del hombre de «O», que se ponía muy pesado con sus farragosas explicaciones, oídas ya veinte veces.

Sólo Gary procuraba entretenerse dirigiendo la palabra al elemento QD, pero el doctor protestaba.

— ¡Sharpener, haga el favor de apagar esa radio!

— ¡Pues ni que estuvieran radiando anuncios! —seguía el muchacho sin hacerle caso.

— ¡He dicho que la apague!... ¡Me molesta! ¿Se entera? ¡Me enoja, me cansa!...

—Pues si quiere ir más cómodo tome un «taxi».

Entre bromas y veras, más de cuatro ocasiones hubo, desde que salieron del astro solar color naranja, en que los dos ayudantes del profesor Gerold Brief estuvieron a punto de llegar a las manos.

Gracias a que el jefe de la expedición, más dueño de sí mismo, intervenía siempre, inventando excusas y distraía las mentes de los dos amigos.

También él notaba en sus nervios los nocivos efectos de las zonas interestelares, mas lograba dominarse y aplacar los caldeados ánimos de Gary y Smoker.

El *Corpuscle*, mientras tanto, buceaba en el espacio con velocidad de centella, desplazándose en la inmensidad en busca de su objetivo.

Pero la quietud y la calma del exterior contrastaba con el ambiente de «tormenta» que se iba fraguando, a fuerza de disputas, en el interior del bólido.

El hombre de «O» optó por dejar sin respuesta cuantas preguntas le hacían y se mantenía impasible en su sitio. Apagada la pantalla de la derecha, quién sabe si dedicado por entero a supervisar el trabajo de sus subordinados

elementos QD, hizo brotar de la de la izquierda una leve claridad azulada.

—Debe estar inventado la televisión con «olores» naturales —decía a menudo Mark Smoker, lanzando miradas desdeñosas a la maravillosa máquina.

— ¡Alguien debería callarse!... —defendía Sharpener, y añadía, procurando herir al cirujano de la «Washington Clinic»—: ¿Quién ha visto el... «apéndice» del «Journal Electricmotor»? Quiero aprender a intervenir..., ¡ejem, ejem!...

— ¡¡¡Cállense!!! —ordenaba tajante el profesor, sintiéndose desfallecer.

Ese era el «panorama», mientras el *Corpuscle*, dejando tras su achatada mole una estela silenciosa que caía, devoraba la distancia...

... ...

Un día, los tres viajeros de la Tierra, que se encontraban lo más lejos posible unos de otros, derrumbado el profesor Brief en una butaca y echados a la bartola sus dos ayudantes sobre las camas de campaña, oyeron salir del aparato de radio que Boggu tenía encima, dos palabras incomprensibles que se repetían continuamente:

—«Astro blanco, astro blanco, astro blanco...»

El doctor se incorporó como si le hubieran dado un pinchazo.

— ¡Vaya —gruñó—, ya se le ha vuelto a estropear algo al tío ése!

—«Astro blanco, astro blanco, astro blanco...»

Sharpener se sentó en la cama, tapándose las orejas. El profesor levantóse de su asiento y se aproximó al elemento QD, a cuya «espalda» estaba, pues el hombre metálico, como si supiera lo que sucedía en la astronave, hacía muchas horas que había abandonado su puesto, al lado de los instrumentos de la cabina de mando, y habíase situado en el centro del salón donde se encontraban los navegantes del espacio.

—«Astro blanco, astro blanco, astro blanco...»

Parecía un loro terrestre.

Gerold Brief fue el primero que se dio cuenta de que la pantalla de Boggu estaba encendida y el primero que vio en ella, en medio del negro firmamento que televisaba, un pequeño punto blancuzco...

Recordó entonces que el elemento QD «sabía» que se dirigían a Marte y que, en una ocasión, había manifestado que el «astro blanco» estaba cerca.

— ¡¡¡Es Marte...!!! —gritó a sus ayudantes—. ¡¡¡Es Marte...!!!

Saltaron ambos hombres de sus camas respectivas y se acercaron a

Boggu. El punto blanquecino íbase agrandando por momentos. Pronto les fue posible distinguir su superficie; poco antes vieron unas nubecillas grises, ligerísimas, de contornos difusos, balanceándose en la sutil atmósfera que envolvía el planeta.

El suelo era blanco y pétreo, como de granito, y tenía cierto geométrico aspecto en su disposición. Bloques enormes de aquello que les daba la impresión de ser de piedra, se alineaban paralelos casi, dejando entremedio algunos espacios verdosos.

De trecho en trecho, unas eminencias igualmente blancas, cráteres de volcanes debían ser, manaban con lentitud un líquido transparente que se deslizaba por las paredes de las chimeneas y era recogido y canalizado por los grandísimos bloques de abajo.

No pudieron advertir, sin embargo, la presencia de seres vivos. Tan sólo veían movimientos: el lento brotar de la lava y el no menos lento de las masas nubosas.

Si hay movimiento —pensaba Sharpener—, ¿por qué no va a poder haber vida? Esas manchas verdosas, ¿no podrían ser vegetales?

Suponiendo que sean vegetales los trozos verdes —se decía el doctor Smoker—, ¿será muy aventurado vaticinar que estamos a punto de ver un marciano?

A pesar de todo —reflexionaba el profesor Gerold Brief—, no «puede» haber moradores en esta parte del Sistema Solar. No «puede»..., a no ser que constituyan esas rudimentarias colonias microorgánicas que se ofrecen a nuestra vista.

—«Astro blanco, astro blanco, astro blanco...»

— ¡Pero venga ya, hijo —saltó nervioso el doctor—, parece que tienes hipo!

— ¡¡¡Smoker, haga el favor de reportarse!!! —gritó perentoriamente el ingeniero.

—No empiecen otra vez —ordenó con suavidad el jefe de la expedición interplanetaria—. ¿No se dan cuenta de que estamos contemplando algo que jamás vio nunca nadie? Tengan formalidad y dejen sus grescas para otra ocasión.

En la pantalla, el amigo Boggu les iba acercando el paisaje marciano más cada vez. Enseñóles el interior de la chimenea de uno de los altos cráteres, cuya áspera pared pasaron rozando; descendieron al nivel de los bloques de piedra, ásperos de aspecto también, y se detuvieron al borde de la lava. Era ésta límpida y susurrante como la de cualquier arroyo terrestre, pero carecía de humedad o era que no se distinguía que mojara las orillas del canal por

donde se deslizaba.

Levantáronse luego, girando noventa grados, y vieron una perspectiva del cauce, cuyas pétreas paredes, aparentando juntarse, íbanse a perder a lo lejos.

El *Corpuscle*, en lo profundo del espacio, continuaba su rumbo hacia el astro que el elemento QD, de «O», se estaba anticipando a enseñarles desde los ángulos más inverosímiles e insospechado.

Mark Smoker y Gary Sharpener, con sendos escalofríos de ansiedad, aguardaban la aparición de un marciano. El profesor, por su parte, poniéndole freno a la imaginación que pugnaba por desbocarse, seguía sin querer convencerse de la posibilidad de la vida en Marte.

—Haz el favor de enseñarnos los microorganismos, amigo. Boggu —pidió temblando.

El hombre de «O» no respondió con la célebre precipitación que su automático mecanismo tenía por costumbre.

—«Carrete HG, carrete HG, carrete HG... —transmitió dudoso—, carrete YV, carrete YV, carrete YV...»

Y así estúvose un rato, hasta que confesó por fin:

—«Mí, sabe no microorganismos estar ser.»

—¡Las manchas verdes —exclamó Smoker, perdida la paciencia—, las manchas verdes!

Sin que mediara palabra alguna, el «inteligente» hombre del astro anaranjado, haciendo saltar a su pantalla como si fuera un pájaro de la Tierra, pasó en un vuelo desde la pared granítica donde se encontraba a una de las superficies cubiertas de verde.

Nada había en ella que pudiera calificarse de «microorganismo». Vegetales quizá fueran, y tal vez formaran colonia, pero desde luego no eran microorgánicos. Los asombrados pasajeros del *Corpuscle* estaban observando algo no ya grande, sino monumental, inmenso.

Árboles altísimos... En realidad no eran árboles propiamente dichos los que allí había, pero de alguna manera hemos de llamarlos, y, puesto que se parecían, tal nombre seguiremos dándoles.

Árboles altísimos, descoloridos como si realizaran con esfuerzo su función clorofílica, rodeados de unas ramas gruesas y fofas, cubiertas a su vez de unas hojas globosas, algo semejantes a las de las chumberas, que les recordó a los sapos terrestres, se entremezclaban apretujándose.

Ramas y hojas rezumaban un líquido lechoso, con vetas verdes, que caía a gotas al suelo y lo encharcaba. Era un suelo abrupto, cubierto por una espesa capa del líquido aquel, solidificado en muchos sitios, y del cual sobresalían

picachos de roca del mismo aspecto y color que las moles que formaban los canales y los cráteres.

No es posible —pensaba Gerold Brief— que esto sea real. Seguramente el elemento QD va provisto de un microscopio potentísimo que nos aumenta muchos millones de veces las dimensiones verdaderas de este desconcertante paisaje. No es posible que las manchas verdes, vistas antes entre los bloques de los cauces, incomparablemente más pequeñas que ellos, tengan estas enormes proporciones. No es posible..., a no ser que los bloques de los canales sean gigantescos.

¡Ya no hay duda —decíase Sharpener— de que la vida existe en Marte! Es imprescindible que estos vegetales sigan un curso vital.

Y el doctor Mark Smoker, mordiéndose el labio inferior, avizoraba por entre los espacios libres que los árboles dejaban, esperando y deseando descubrir un habitante «animal» en aquella especie de selva intrincadísima.

Porque es que la lujuriante vegetación de la más enmarañada de las selvas terrestres, en comparación con lo que nuestros tres amigos estaban viendo en la pantalla de Boggu, resultaba ser una brizna de hierba solitaria.

Llegados al suelo, fueron deslizándose sobre él y acabaron por subir a lo más alto de uno de los picachos.

Por el lado de allá, que aún no les había sido posible distinguir, la eminencia rocosa estaba cortada a pico, y en el fondo del farallón, encerrados en algo así como una empalizada, ¡se revolcaban hasta una docena de extraños seres alados, parecidos a nuestras mariposas, pero mucho más grandes!

Los corazones de los hombres de la Tierra dieron saltos de emoción dentro de sus pechos respectivos.

Aquellos seres podrían ser todo lo primarios que se quisiera; mas si de algo no cabía duda, era de que pertenecían al reino animal.

Un cuerpo cilíndrico, estrecho y alargado, de color blanco verdoso, terminaba por arriba en una semiesfera; en los flancos tenían siete patas triangulares, tres a un lado y cuatro a otro, y en el lomo ondeaba un ala solitaria y blanca que parecía una sábana transparente.

Podía ser que no fuese «ala», es decir, que no les sirviera para volar, y que sí fuera en cambio «vela», y que la aprovechasen para dejarse llevar por las leves corrientes de aire de la atmósfera marciana. Mas, fuese como quiera, allí estaban los doce ejemplares bien visibles en la pantalla.

El nerviosismo se apoderó del profesor Gerold Brief. No «quería» dar por bueno lo que estaba viendo. No «quería» dar su brazo a torcer. Hacía muchos años que su teoría se aceptaba como buena, y no se resignaba al fracaso.

En nuestro planeta sostuvo que en la superficie marciana era imposible la existencia de seres organizados. Todo lo más que admitió, para dar cierta flexibilidad a su hipótesis, fue la posibilidad de que hubiera rudimentarios entes unicelulares que se reprodujeran por bipartición.

Hombre de profundísimos estudios, llegaba a sus conclusiones tras haberlas madurado, y jamás, hasta aquel momento, tuvo que arrepentirse de ellas. Los conocimientos que de Marte tenía, eran muchas veces superiores a los de cualquier otro astrónomo terrestre.

Y, sin embargo, la presencia de los seres de la empalizada venía a dar al traste con su teoría.

Volvió a pensar en el potentísimo aparato óptico que Boggu podía llevar en su metálica estructura, y se dio cuenta de que aun con todo y con eso, aun suponiendo que aquellos animales fueran microscópicos, no cabía duda de que no eran unicelulares.

El *Corpuscle* proseguía surcando el negro espacio. Los puntitos de las lejanas estrellas se dejaban ver, temblorosas, a través de los ventanales de la astronave.

Sharpener, mordiéndose un nudillo con todas sus fuerzas, ni siquiera notaba que se había hecho sangre en el dedo.

Smoker, con los ojos saliéndosele de las órbitas, estaba como hipnotizado mirando a la pantalla.

El profesor, quitando un segundo la vista del cuadro iluminado, les miré. Y luego, sin darse cuenta de lo que hacía, dejándose llevar por un desmesurado afán de saber, gritó:

— ¡¡¡Boggu, queremos estar...!!!

No pudo terminar de formular su petición. Gary Sharpener, el ingeniero del «Great Laboratory Electronic Corporation», como si se hubiera vuelto loco de repente, se apoderó de un pesado barómetro que colgaba de la pared y le golpeó la cabeza con fuerza salvaje.

El doctor Mark Smoker saltó sobre el joven y se enzarzó con él en una lucha a brazo partido. Jadeantes, rodaron ambos por el suelo de la nave interastral, derribando varios muebles que les salieron al paso.

Boggu, impasible, seguramente les estaba televisando.

¡Si no intervenía tendrían que llevar un muerto a bordo!

CAPÍTULO VII

UNA AVENTURA TERRIBLE

AUNQUE Gary con su golpe no dejó al profesor terminar de decir que deseaba estar «allí», en el paisaje que veían en la pantalla, el hombre de «O» debió comprenderle, y sin duda quiso complacerle, pues el científico se encontró cayendo farallón abajo.

Apenas choco con la superficie marciana, más que sensación de dolor, pese a que habíase caído desde una gran altura, sintió que se ahogaba. La garganta le ardía como si estuviera fumando un tabaco fortísimo, y creyó que los pulmones se le estaban quemando.

Tosió unas cuantas veces. Los animales que encerraba la empalizada, agrupándose, alejáronse de él todo lo que les fue posible.

Siguió tosiendo roncamente... Con la cara congestionada ya por el esfuerzo, se le ocurrió llevarse a la boca un poco de aquel líquido que inundaba el piso.

El efecto fue instantáneo. La asfixia le desapareció y pudo respirar normalmente. Tranquilizado, se llenó los pulmones de aire y se quedó mirando a lo alto de la roca, esperando a ver si caían sus ayudantes.

Preguntándose qué habría sucedido a bordo del *Corpuscle* para que Boggu le hubiera trasladado a él solo a Marte, decidió no perder más tiempo y marcharse, siguiendo la valla de troncos, en busca de la salida.

Los doce animales, apelotonados, puestos unos encima de otros con todas las verdosas semiesferas orientadas hacia él, parecíanle un gran racimo de uva. Gracias a que ninguno se determinó a acercársele, logró llegar a la rústica puerta y franquearla con toda tranquilidad.

Tronchando las infladas hojas que cubrían el suelo, comenzó a caminar, impregnándose el cuerpo de blancas salpicaduras. Iba tranquilo, sintiendo en el costado el peso del desintegrador, seguro de que por más animales que encontrase y por más extraños que fueran, no podrían resistir la potencia del arma.

La tupida vegetación de la selva le cerró el paso veinte metros más allá, pero metióse como si tal cosa por entre las entrecruzadas ramas y prosiguió andando en la dirección que deseaba. Era como si estuviera atravesando un interminable recipiente de pompas de jabón. Los vegetales, estallando en cuanto los tocaba, no le molestaban en absoluto.

Cuando más felices se las prometía, sintióse reciamente agarrado por piernas y brazos. Se debatió con toda su energía y no consiguió evadirse,

antes al contrario, que cuanta más fuerza hacía él, más se sentía apretar. Miró a ambos lados, imposibilitado de volver del todo la cabeza, y sólo vio lo de siempre: el fofo ramaje rezumante y blancuzco.

Pensando que su agresor debía haber estado escondido en el suelo y que lo había pisado al pasar, se sintió elevado y sostenido en vilo. Temió que le iban a estrellar contra el piso, pero, con no poco asombro por su parte, se vio suavemente depositado en él.

Estaba deseando darse la vuelta para poder ver quién o qué era lo que le sujetaba, cuando le llegó una gutural voz ¡que le hablaba en su propio idioma!

—Profesor Gerold Brief, hace mucho que te estábamos esperando. ¡Pagarás caro el retraso!

Forcejeó con las invisibles ligaduras que le impedían todo movimiento y notó cómo se las apretaban más aún.

—Miss Todd —siguió la voz diciéndole— ya ha sido ofrendada a Rorgw.

¡¡¡Miss Todd!!!... La secretaria de John McNally, el multimillonario neoyorquino a quien habían visto, el día anterior a su partida, rondar por el depósito submarino del isótopo. ¡Debía haber construido una nave y debía haber llegado a Marte antes que ellos!

Rechinando los dientes al enterarse de que alguien se les había adelantado, quiso echar mano al desintegrador. Parecieron leerle el pensamiento. En el acto le aliviaron de su peso y sintió colgar la funda vacía.

—Tú también serás sacrificado —prometía la amenazadora voz—. Morirás en el próximo Trgw.

¡«Trgw», extraña palabra!... No la había oído en su vida, mas tuvo la absoluta seguridad de que significaba «terremoto».

Se veía cubierto de pies a cabeza de blanco. Los brazos se los tenían doblados a la espalda, y las piernas, aunque tampoco le fue posible distinguir las ligaduras, no las podía mover ni poco ni mucho.

Las palabras dejaron de oírse, y comenzaron a llevarle, como en volandas, a través de los árboles, sin tener en cuenta para nada, como él mismo hiciera, su inextricable apariencia.

Ni una vez tuvieron éxito su denodados intentos de rebelión. Ni se pudo dar media vuelta para descubrir lo que le sujetaba, ni le disminuyó el dolor que le causaban en las extremidades.

El arbolado parecía interminable. Al fin se encontró en una llanura de áspero suelo gris, de granito tal vez, en el lejano fondo de la cual había una pared altísima que debía ser la de uno de los canales.

Con los pies a ras de la planicie le obligaron a seguir una ruta

determinada. ¡Sentía pinchazos en las piernas y en los brazos y notaba que sus fuerzas se iban debilitando!

Pero toda molestia pasó así que llegaron al borde de un profundo hoyo, cubierto por una reja, en cuyo interior, rodeada de unos animalotes con mucho de cocodrilos, ¡estaba acurrucada miss Todd!

Tenía el rostro tapado con las manos y todo su cuerpo temblaba de espanto. Gerold Brief quiso llamarla, pero como si le hubieran leído el pensamiento, algo se le enroscó en la cabeza y le tapó la boca.

Tratando de quitarse la fría y escurridiza mordaza comenzó a debatirse rápidamente y de nada le valieron sus esfuerzos. Todos sus movimientos eran anulados y lo que le tapaba la boca se apretaba más y más.

Uno de los animales que estaba encerrado en el foso empezó a moverse en dirección a miss Todd. Sus dientes eran «duros», «macizos», y sin el menor esfuerzo, de un simple bocado, podría partir en dos a la esbelta secretaria rubia de mister McNally.

El profesor hacía imposibles para desasirse y procuraba avisarla del peligro que la amenazaba; porque es que ella, con los ojos tapados con las manos, ni cuenta se daba del inminente ataque.

De repente el científico se quedó quieto como una estatua de yeso. Acababa de comprender que su pensamiento era un libro abierto para sus captores, y llegó a la conclusión de que, para librarse, ¡debía dejar de *pensar* en que quería hacerlo!

Con gran esfuerzo, viendo cómo paulatinamente el monstruoso animalote se iba acercando a miss Todd, *pensó* que estaba cómodamente agarrado y que de ninguna forma cambiaría su postura por nada.

Al principio no notó ningún cambio, pero luego, a medida que su pensamiento se fue haciendo más intenso, se percató de que ¡le estaban soltando!

Se acordó del desintegrador que le habían quitado y *pensó* que no lo quería, cosa que bastó para que se lo volvieran a poner en la funda.

Parecía que estaba jugando a los despropósitos, pero ya no le preocupaba: les había descubierto el «truco».

No quiso pensar ni para bien ni para mal en la mordaza, pues el cocodrilo de los dientes amenazadores estaba ya a menos de dos pasos de miss Todd; por eso *pensó* con toda la intensidad que él sabía, en que deseaba que el monstruo la hiriera y la partiera en pedazos y se la comiera...

El animal, como asombrado, pareció vacilar. Levantó su horrible cabeza y olfateó en el aire. Pareció durante un momento que iba a continuar avanzando, ¡pero volvió grupas!...

La bella rubia de la Tierra estaba salvada de su más próximo atacante.

El profesor Gerold Brief posó entonces el pensamiento en la mordaza, diciéndose que era muy agradable tenerla apretándole los labios, ¡y se la quitaron!

La joven del pozo no se movía ya. Probablemente el terror la había paralizado.

— ¡Miss Todd! —gritó el director del «Congress Atomic»—. ¡¡¡Miss Todd...!!!

La aludida comenzó a mirar a derecha y a izquierda, por entre los dedos que entreabrió

— ¡¡¡Miss Todd!!! —siguió llamándola él a gritos—. ¡¡¡Mire usted aquí, en lo alto...!!!

Los monstruos, intuyendo quizá que su presa iba a ser liberada, se dirigieron resueltamente hacia ella. No había más que una solución: hacer uso del desintegrador a toda prisa, antes de que estuvieran demasiado cerca e hiciesen peligrosa la mortífera descarga para la secretaria de mister John McNally.

Sin perder ni un segundo, sacóse el profesor su arma y se dispuso a dispararla. La asió con prisa febril ¡y se le escapó de las manos! Tuvo la culpa el líquido blanco, que había hecho resbaladiza la culata.

Rebotó el desintegrador en el rocoso fondo de la sima y allí se quedó fuera del alcance de su dueño. Palideció éste bajo la capa blanca que le cubría la cara, y *pensó* tan intensamente como pudo que los monstruos marcianos debían matar a la bella joven terrestre.

Los animalotes no parecieron dejarse influir ahora por el pensamiento. Con desesperante parsimonia, prosiguieron su avance.

Miss Todd, sabiéndose de nuevo indefensa, se acurrucó más de lo que estaba, como si pretendiera incrustarse en la roca.

El pensamiento del profesor, de tan intenso como era, casi se materializaba en el aire.

Pero los cocodrilos no se detenían. ¡Estaban alcanzándola ya!...

Gerold Brief no pudo ver el fin. Inopinadamente, le arrastraron de allí. Quiso gritar, y otra vez le amordazaron. Y ya, sin que fuera capaz de oponer resistencia mental, sudando como si estuviera en pleno Congo, al sol y al mediodía, se echó a temblar. Y «él» o «lo» que le sujetaba, tomando seguramente el temblor por deseos de escapar, íbale apretando las piernas y los brazos con mayor fuerza cada vez.

De repente, la pétrea llanura por donde le llevaban comenzó a abrirse.

¡¡¡Era el Trgw, el terremoto!!! Entre el suelo que se agrietaba como si una garra invisible lo fuera arrancando a pedazos, y los enormes peñascos que caían, procedentes de un lejano volcán que los eruptaba, la llana superficie granítica se había transformado en el más horroroso caos que pueda imaginarse la mente mejor dotada de fantasía. Gerold Brief, tan pavoroso era el seísmo, creyó llegada su última hora.

Pero bien pronto, al descubrir un hecho insólito, se tranquilizó: ¡le estaban llevando haciéndole sortear los pedruscos, ganándoles siempre la acción, sin dejar que ni tan siquiera le rozasen! No había duda de que, al menos de momento, le respetaban la vida.

Tampoco ahora le era posible volver la cabeza y fijarse en quién era su captor: la mordaza se lo impedía. ¡Y antes, inexplicablemente, no se había acordado de mirar!

Durante unos segundos, las peñas que iban cayendo a su alrededor semejaron una lluvia torrencial, de las de la Tierra, pero ni una le cayó encima.

Las grietas del suelo se fueron rellenando de peñascos, y, cuando cesó el volcán de eruptarlos, la llanura se ofreció a la vista del profesor tal como estaba antes de dar comienzo el terremoto.

La altísima pared del fondo, hacia la que se dirigía, mejor dicho, hacia la que le obligaban a dirigirse, sí había variado en cambio de aspecto: ¡ahora distinguía perfectamente puertas y ventanas en su superficie vertical!

Y cuando la distancia fue más pequeña, a tres pisos de altura, asomada a una de las ventanas, ¡vio a miss Todd!

La joven rubia le hacía señas con los brazos, y el profesor comprendió lo que deseaba decirle: que entrara por la puerta que le indicaba y que subiera...

Y *pensó* no subir, con tanta fuerza, que cayó rodando al suelo, libre de las ligaduras y de mordaza. Aprovechó entonces para, mirar en torno y se quedó perplejo y meditabundo: ¡estaba completamente solo!

En la puerta que la muchacha de la Tierra le indicara, tampoco se veía a nadie, pero aunque trató por todos los medios de franquearla, no pudo conseguirlo de ninguna forma.

Era una puerta como todas las puertas terrestres: es decir, una plancha de madera provista de unos goznes y de una cerradura, mas éste no servía en aquella para maldita la cosa puesto que estaba abierta de par en par.

Lo que al profesor Brief le sucedía era que no podía atravesar el umbral a causa de una fuerza desconocida, semejante a un muro invisible, que le echaba para atrás cuantas veces lo pretendía.

Miss Todd, sacando medio cuerpo fuera de la ventana, no cesaba de

indicarle que entrase. El, desesperado y chorreando sudor, no sabía qué partido tomar.

Pensó y *pensó* y *pensó* que no quería penetrar por aquella puerta, y comprobó que ya su pierna estaba empezando a traspasarla y que la resistencia que encontraba iba disminuyendo.

¡Pero en aquel preciso instante la pared se bamboleó peligrosamente y acabó por derrumbársele encima! Se sintió aplastado por piedras grandísimas y se asombró de que, la primera ya, no le hubiera lapidado.

A lo lejos, el volcán que anteriormente viera eruptar, se puso a lanzar al aire silbidos como de locomotora, y empezáronle a surgir llamas verdes con chisporroteos del mismo color.

Un pedrusco más grande aún que los otros, le cayó de lleno en la cabeza, y el profesor Gerold Brief, dándose cuenta de que la oscuridad y la calma más absoluta se habían posesionado de Marte, perdió la noción de las cosas, ¡seguro de que Boggu le salvaría!

... ...

El *Corpuscle* proseguía su rumbo por el negro espacio lleno de vacío. Las mismas lejanas estrellas de siempre parpadeaban en los retazos del firmamento que se recortaban en los ventanales.

Boggu, inmóvil, «veía» la encarnizada lucha que Sharpener y Smoker sostenían. Los dos hombres

Se pegaban con todas sus fuerzas, y ponían en cada golpe toda la intención de hacer daño que les inculcaba el «mal interastral».

El profesor, sin conocimiento, estaba todavía en el suelo de la astronave, donde seguiría hasta que terminase la furiosa contienda y el vencedor le atendiese.

Gary recibió un doloroso puñetazo en la mejilla, y aplastó con otro puñetazo la nariz de su compañero.

— ¡Huy!... —lanzó éste un quejido—. ¿No tiene bastante con haber pegado al profesor?

Los dos hombres se movían de un lado para otro, continuamente, sin descanso, dando vueltas alrededor del elemento QD y pasando a veces por encima del caído jefe de la expedición.

Gary Sharpener no hablaba. Recibía los golpes que le daba Smoker, y golpeaba a su vez sin decir esta boca es mía. Estaba enojadísimo y no rechistaba. Antes de decidirse a exponer los motivos que le habían inducido a pegar al profesor, quería desahogarse.

El doctor deseaba lo mismo también, pero, creyéndole culpable de un

delito que se parecía mucho a la traición, se permitía el lujo de recriminar a su amigo.

Sólo cuando encajó un puñetazo en la boca del estómago, el ingeniero del «Great Laboratory Electronic Corporation», doblándose pálido como un cadáver, se determinó a hablar.

—¿No se da cuenta —dijo casi sin voz— de que acabo de salvar la vida del profesor? ¿No se da cuenta de que su deseo era ir a Marte sin equipo aislador?

El doctor, comprensivo, detuvo el directo que amagaba, y Sharpener, como si quisiera remachar la contundencia de sus argumentos, le golpeó en plena mandíbula y lo derribó sobre el profesor Brief; pero fue tanta la energía que puso en el puño, que perdió el equilibrio y cayó...

Durante un momento los tres compañeros de viaje quedaron amontonados. Y la tranquilidad volvió a reinar en el *Corpuscle*. Boggu, con sus rígidos pasos, se llegó a la pared que tenía enfrente, dio media vuelta y se adosó a ella.

Gary se levantó, encendió un cigarrillo con mano temblorosa y dio un silbido de asombro al fijarse en el chichón que había hecho a su jefe con el barómetro.

El doctor estaba reanimándose y el muchacho le ayudó a ponerse en pie.

El profesor, como primera señal de vida, abrió los ojos; y luego, sin admitir ayuda por parte de sus ayudantes, levantóse por sí solo y se dirigió, temblándole las piernas, a uno de los altos taburetes del ventanal de observación del *Corpuscle*, donde se sentó.

Le dolía extraordinariamente la cabeza.

Con una mano puesta sobre el chichón, dejó vagar la vista por la bóveda celeste.

Y le pareció increíble que la inmensidad del firmamento no los tiñera de negro.

CAPÍTULO VIII

MISTER JOHN MCNALLY QUIERE SER REY

EL multimillonario, desde la butaca colocada detrás de la mesa del penumbroso despacho, lanzó al techo una densa bocanada de humo de la pipa que se estaba fumando, y volvió a posar los ojos en la pantalla del receptor de TV, que recogía en aquel preciso momento el principio del fin de lo que se había anunciado con el título de «maniobra Brief-Marte». La línea del horizonte oscilaba a un lado y a otro, con violencia a veces, pero el operador, persistía en enfocar el punto donde acababa de sumergirse el cilíndrico recipiente que contenía las reservas de isótopo radioactivo, que el profesor, por su volumen, no podía llevarse consigo.

Miss Eva Todd, la secretaria rubia de mister McNally, se levantó de improviso de su silla y apagó el aparato.

— ¡Se acabó! —dijo bostezando—. Si le parece, puedo ir dando ya las órdenes.

— ¡No!... —gritó el millonario—. ¿Por qué demonios ha apagado el receptor?

Medio dormido, tratando de disimular el bostezo que la joven le había contagiado, suspiró ruidosamente y se pasó la mano por la cara.

—Es mejor esperar —opinó luego—. Dejemos que los imbéciles que han ido a fisgonear se vayan con la música a otra parte.

—Como usted quiera. Pero le advierto que los muchachos están esperando impacientes.

—¿Están también ahí los buzos? —quiso saber John McNally.

— ¡Claro!... —contestó enfáticamente la secretaria.

—Entonces que pasen todos.

Media docena de hombres, atezados y curtidos por los vientos del mar, penetraron en dos grupos en el despacho del millonario, que no quería desperdiciar la ocasión de que la prensa de todo el mundo le dedicase unas páginas de propaganda gratuita.

—Supongo que recuerdan mis órdenes —habló el caprichoso acaudalado, entre bocanadas de humo—. Usted, Stephen, se dirigirá con el «*Fly*» al sitio preciso. Spencer se encargará de mantener las máquinas a toda presión, y James de los equipos.

Se encaró ahora con los tres individuos que habíanse quedado algo apartados de los anteriores y prosiguió:

—Ustedes, amigos, ya saben también: al agua rápidos y a trabajar. No olviden...

—Perdone, mister McNally —interrumpió uno de ellos—. Yo creo... A nosotros nos parece... Bueno, el caso es que... En fin —se decidió—, ya comprenderá usted que por ese dinero... Dos mil metros es demasiado. A esa profundidad...

—Mi mujer me lo decía anoche —intervino, azorado, otro de los buzos—: «Pat, que a dos mil metros de profundidad tú no estás acostumbrado. Mira que nos vas a dar un disgusto.»

—¿Pero es que se me van a «rajar» ahora? —se sulfuró el millonario, dando un puñetazo en la mesa.

—No, no, mister McNally —dijo apresuradamente el capitán del *Fly*, que formaba parte del otro grupo—. Cuando Stephen da su palabra...

—Pues yo... —empezó a decir Pat.

—Yo —repuso tajante el buzo que aún no había hablado—, si usted lo quiere llamar «rajarse», pues me «rajo». Ya no soy tan joven como hace unos años, conque...

—Pues yo... —repitió Pat, manoseando la gorra—, si usted quisiera aumentar un poco... Mi mujer...

— ¡¿Pero es que se han vuelto locos?! —chilló el magnate, subrayando su ira con otro puñetazo en la mesa, más fuerte todavía que el anterior, y eso que ya lo fue bastante—. ¡Ayer no les parecía poco, ni demasiada la profundidad!

—Tenga en cuenta —alegó suavemente el segundo buzo— que el trabajo que hemos de realizar no tiene nada de sencillo.

— ¡¿Pues por qué creen que les pago cuatro mil dólares por cabeza?!

—Sí, claro... —quiso decir algo Pat.

— ¡¡¡A dos dólares el metro!!! —le lanzó a la cara el multimillonario las palabras—. ¿Es que habían soñado con cobrar en toda su vida esa cantidad?

—No, claro... —volvió a decir Pat.

— ¡¿Pues qué demonios les pasa?!

—Es que, habladurías digo yo que serán, dicen que el isótopo es muy peligroso, que lo desintegra a uno vivo —susurró el buzo segundo, con una sombra de temor reflejada en los ojos.

— ¡Ja, ja, ja!... —Ríóse de tal forma mister John McNally que los presentes temieron que estallase, en cuyo momento se le endureció el semblante, y aseguró—: ¡No hagan caso, hombres de Dios, no hagan caso! El trabajo que les brindo no tiene nada de arriesgado. Comprendo que éste —por

el «rajado»— no quiera hacerlo, ya que duda de sí mismo. ¡Pero ustedes —por Pat y el otro—, son jóvenes y valientes!

—Sí..., claro... —comenzó a decir Pat—, Sin embargo, mi mujer... ¡Anda, Tom, dilo tú!

— ¡Nada —obedeció su compañero—, que la mujer de éste dice que a ver si le podemos sacar a usted unos cuantos dólares más!...

—En el buen sentido de la palabra, claro —explicó Pat.

El millonario, cachazudamente, condescendió.

—¿Les parece bien... doscientos dólares más? —propuso.

Stephen hizo un gesto de asombro.

—¡Mire, mister McNally! —contestó—, si usted se empeña en aumentar el jornal. Pero déjelo en cien...

— ¡Oye, oye —cortó Pat—, no vengas tú a meter el «remo»! Los negocios son los negocios, qué bitácora. Luego resulta que mi mujer...

—No le haga caso, mister ¡McNally —arguyó Tom disgustado—. Este Stephen no hace más que decir tonterías. Los doscientos del ala nos parecen muy bien.

—De acuerdo. No se hable más del asunto.

Y el magnate se puso a firmar los cheques.

Tanto le daba pagar un poco más a aquellos pobres diablos y hacer que trabajaran a gusto. Ya no debía perder tiempo, pues pronto amanecería y el «*Fly*» tenía que estar entonces sobre el lugar donde se hallaba el receptáculo del profesor Gerold Brief.

Clavó la pluma en la escribanía, cortó cuidadosamente los cheques del talonario y los fue tendiendo uno a uno a sus hombres.

—Stephen —dijo al terminar la operación—, lleve el barco a su destino y esté atento a cuanto pueda ocurrir. Desembarácese de cualquier curioso que pueda quedar por aquellos andurriales; y ustedes, Pat y Tom, dénse prisa a sumergirse. En cuanto localicen el recipiente, ya saben lo que tienen que hacer: cortan con los sopletes los cables que le habrán puesto, lo amarran con los nuestros ¡y a navegar se ha dicho!

Parpadeó Tom, y dijo:

—¿De veras no hay peligro de que estalle al chocar con las rocas del fondo?

— ¡No diga tonterías!... —golpeó de nuevo la mesa el multimillonario con el puño—. ¡Pero si parecen ustedes niños, hombre!... Les repito que no

hay riesgo: el profesor no posee más secreto que el de su propia fantasía.

—Sin embargo, el viaje que emprenden mañana... —repitió tímidamente Spencer.

—Y Marte no está a la vuelta de la esquina... —comentó Pat.

—Que está lejísimo —concluyó Tom y añadió—: Yo he visto el bólido que han construido.

— ¡Ese artefacto no puede volar, no sean mentecatos! —gruñó el financiero—. Y esto no es que lo diga yo, que lo dicen todos los científicos de la Tierra. ¿No han visto que es demasiado corto, y, además, tiene la punta aplastada?

—Dicen que es para que choque con la capa «circuchafla» —aseveró James, que debía haber oído campanas.

—Sigan creyendo lo que les dé la gana —se encogió displicente de hombros el magnate—. Ya veo que con ustedes no se puede hablar con sensatez. Allá cada uno con sus ideas. ¡Pero el isótopo hay que quitarlo de donde está, eso no lo olviden!

Se quedó como pensativo, y luego despidió a los hombres con cajas destempladas. —¡Ya sabe cada uno lo que tiene que hacer —farfulló—. ¡Ya pueden irse! ¡Adiós!...

Salieron los marineros de la oficina, enclavada en el puerto mismo, y se dirigieron al *Fly*, potente vaporcito que, capitaneado por Stephen y con Spencer como maquinista, debía llevar a los buzos al lugar donde había sido depositado el isótopo radioactivo de Brief, el hombre a quien admiraban sin conocer, para, una vez allí, según ordenara el millonario, apoderarse de él.

John McNally se quedó reflexionando y sacándole humo a la pipa. Para él, el profesor Gerold Brief, con todo y ser nada menos que el director del «Congress Atomic», no sabía lo que se decía.

Consideraba una sarta de sandeces, de todo punto imposible que nadie las entendiera, las palabras que le había dicho el día anterior en el «hall» del restaurante «Big Jar Black».

Él tenía una capacidad mental de reconocida solvencia en el terreno de las finanzas, y no había logrado, sin embargo, comprender lo más mínimo de lo que el científico le dijera, conque... «deducción lógica»: lo dicho por el profesor, eran tonterías.

Al hombre que reflexionaba sentado y fumando, le habían sonado a huecas las frases de Gerold Brief. Bien hubiera podido decir que la mayor parte de los vocablos no los había entendido, y que no logró enterarse de ninguna de las ideas que el eminente investigador trató de incrustarle en el cerebro.

Pero John McNally tenía el convencimiento de que el profesor tampoco las comprendía.

Con lo que antecede, creemos haber dado una pincelada para hacer resaltar una faceta del carácter del multimillonario: su egoísmo.

Era un egoísta redomado que andaba por la vida haciendo de «metro patrón», es decir, midiendo a los demás comparándolos con sí mismo. Y si topaba con alguien demasiado «alto», no era nunca, para él, su «metro» el que no alcanzaba. Era el alguien, fuese quien fuese, el que no era como debía.

Para McNally era evidente que si no se enteraba de una cosa que le estuvieran diciendo, era ni más ni menos porque el que se la explicaba no la entendía.

Muchos millones de dólares tenía el potentado, pero, con tener tantos, no era todavía «rey» de nada. Sus negocios se repartían por igual en una colección de empresas muy variadas, sin que ninguna sobresaliera lo suficiente.

¡Cuánto admiraba al «rey» del cobalto, al del uranio, y a tantos otros «monarcas» por el estilo! Mordió la pipa con furia, al pensar en que poseía tantos millones como cualquiera de ellos, o quizá más, y casi la partió por la mitad al caer en la cuenta de que, siendo amigo de algunos, éstos se mofaban encubiertamente de él.

Pero las burlas se iban a terminar. Ya había encontrado la manera de hacerse proclamar «rey». Se apoderaría del radioisótopo de Brief y la Prensa toda le aclamaría.

— ¡Miss Todd —ordenó a la bella secretaria que parecía dormitar en su silla—, mire a ver si ha llegado la lancha!

Levantóse la somnolienta muchacha y se acercó a la ventana del despacho.

—En este instante está atracando —anunció dejando caer desmayadamente el visillo que había levantado para mirar.

—Pues vámonos —volvió a mandar. Y al ver la palidez que cubría el rostro de la joven, comentó mientras se ponía en pie—: Cualquiera diría que usted cree también en las patrañas que se dicen sobre el isótopo ese.

—Le aseguro que no son patrañas, mister McNally.

— ¡¡¡Está bien, no volvamos a insistir en el asunto!!!

Malhumorados, salieron ambos del despacho, atravesaron el trozo de asfalto que descendía por la escalerilla del embarcadero y saltaron a bordo de una motora de ensueño.

—«¡Buenos días! —saludó alegremente el conductor, haciendo un tardío

ademán para ayudarles a pasar.

—¿Está todo en orden, Steve? —dijo el millonario a guisa de contestación.

—En efecto, señor, todo está preparado.

—Adelante, pues.

Rugió el motor. La barca, con creciente velocidad, principió a surcar el agua. Salidos del puerto, en pleno océano ya, apenas rozaba su quilla la tranquila superficie del mar.

Cuando arribaron al costado de *Fly* los pasajeros cambiaron de embarcación. Y Tom y Pat, que ya estaban preparados, ante la llegada del millonario se apresuraron a sumergirse.

Transcurrieron los minutos. La suave y fresca brisa de la madrugada azotaba los rostros de mister John McNally y de sus empleados: a lo lejos, la línea cenicienta de la costa marcaba sus sinuosidades; una bandada de gaviotas, en torno al *Fly*, le ponía acentos circunflejos al aire con el batir de sus alas.

De pronto, surgiendo de las olas con brusca y oculta fuerza, apareció uno de los buzos que se elevó por el aire espantando a las aves, y después, tras describir una amplia curva, volvió a caer como un pelele en el Océano cuyos brazos de espuma se abrieron para recibirle.

La visión fue tan asombrosa como imprevista. Miss Eva Todd dio un agudo grito de espanto y se hubiese desplomado en la cubierta si el capitán Stephen, apartando la vista del agua, no la hubiera sujetado.

Excepto la exclamación de la secretaria, nadie pronunció una sílaba. Todos esperaban, deseándolo casi, que se repitiera aquella escena inusitada.

Pero no se repitió. El segundo buzo asomó suavemente su cabeza embutida en la cuadrada y verdosa escafandra, se orientó sin dificultad y nadó hacia el barco; ya estaba próximo a él cuando su compañero emergió a su lado y, los dos juntos, fueron izados por Spencer.

Apenas desencasquetadas las escafandras, cubiertos ambos hombres todavía con los inflados equipos de inmersión, se oyó la imperativa voz de mister McNally pidiéndoles detalles de lo ocurrido en el fondo del líquido elemento.

— ¡El agua está solidificada! —gritó Pat aterrado—. ¡Se puede caminar por encima de ella!

—Los peces que hay —musitó temeroso del ridículo su compañero, sin atreverse a dar gritos—, están inmóviles, como aprisionados en un témpano de hielo.

— ¡¡¡¿Pero se puede saber qué tonterías son las que están ustedes diciendo?!!! —rugió el millonario con su característica brusquedad.

— ¡Le aseguro que es cierto, mister McNally! —se rebeló el apabullado Tom levantando la cabeza.

— ¡Es verdad, créannos...! —suplicó Pat, también enfadado al notar que ninguno de los presentes les tomaba en serio—. ¡Les juro que lo hemos visto!

— ¡¡¡Explíquense de una vez!!! —ordenó John McNally impaciente e intrigado.

— ¡Pues que...! ¡Anda, Tom, dilo tú! —pidió Pat dando diente con diente.

El buzo elevó las cejas al hablar.

—Nada —dijo inseguro—, que allá abajo, a unos mil quinientos metros de profundidad, hay una especie de jaula... ¡de agua!

—Parece un bloque de hielo —bisbiseó Pat.

El potentado le fulminó con la mirada y chilló, encarándose con Tom:

— ¡¡¡Siga contando y no exagere!!!

— ¡Pero si no exagero, señor! ¡Hay una jaula, se lo aseguro! Pat y yo hemos estado sobre ella...

— ¡¡¡Se lo juro por lo que más quieran —corroboró el aludido, y se cogió la cabeza con las manos viendo sonreír a todos—, el agua tiene un límite por allá abajo!!!

—Claro, hombre —soltó el trapo James—, ¡el fondo!... Yo creí que tú eras buzo...

— ¡¡¡No seas melón —se volvió como una fiera al que había hablado—, si no estuviera aquí miss Todd, ya te diría yo si soy buzo o no!!!

— ¡¡¡Siga de una vez!!! —interrumpió la bronca voz de McNally, dominando con ésta la de Pat.

— ¡Pues verá...! —comenzó éste embalado, pero se detuvo y... —: ¡Anda, Tom, dilo tú!...

—Nada, que cuando creíamos que ya estábamos cerca del fondo, nuestros pies chocaron con el agua, que se había puesto... dura, y no pudimos pasar más abajo. Con los reflectores pudimos ver peces y plantas debajo de la costra que pisábamos.

— ¡Y los peces —saltó Pat— estaban quietos, quietos, como si estuvieran aprisionados...!

—Y vimos un tiburón, o algo parecido, con la bocaza abierta y tan cerca, que preparamos los rifles.

Las sonrisas no se hicieron coro general de carcajadas porque, desde luego, tanto Tom como Pat, estaban considerados como personas formales y dignas de crédito

— ¡¡¡Pero si es cierto!!! —profirió Pat impetuosamente.

—Tratando de perforar el agua... —continuó Tom—, bueno, de abrir un boquete..., es decir, de... ¡El caso es que Pat...!

—Preparé la punta del soplete... ¡Anda, Tom, dilo tú!

—Nada, que acercó la llama a... aquello, y entonces...

—Sentí una sacudida tan fuerte que me quitó la respiración. No sé lo que pasaría después, pero... ¡¡¡Bueno, ríanse todo lo que les venga en gana, pero me pareció que salía a la superficie en menos de medio segundo!!!

—Yo sólo sé que, de pronto, desapareciste de mi lado como si se te hubiera tragado... el agua.

—¿Cómo es la jaula esa? —interrogó el millonario.

—Parece una barra de hielo, ya se lo hemos dicho. Es transparente y enorme.

—Diríase que es de cristal.

McNally siguió preguntando:

—¿A qué profundidad dicen que está?

—Yo diría que a unos mil quinientos metros.

—Sí, sí. A mil quinientos metros o mil seiscientos. ¡Cuando mi mujer se entere de esto!...

Una idea audaz se balanceó en la mente del futuro «rey del isótopo» y, tras pensarla, ligeramente, la cristalizó en una orden.

— ¡¡¡James —mandó—, prepáreme un equipo de inmersión!!!

CAPÍTULO IX

ROBO APLAZADO

EL paisaje submarino de la llamada zona abisal, tiene mucho de fantasmagórico; por lo menos en lo que se refiere al «luminoso» concepto que nosotros tenemos de los fantasmas.

La oscuridad que allí reina hace que sus habitantes, peces de estrambóticas formas, sean fosforescentes o vayan provistos de pequeños puntos de luz diseminados por el cuerpo.

La Naturaleza, que ha dotado a estos animales de una vista muy deficiente, ha compensado el aparente error proveyéndoles de un complejo sistema de señales luminosas, que les orienta y les guía, en plenas tinieblas, con suma eficacia.

No hay, pues, por parte de Natura, ni «olvido» ni «equivocación» al dejar los ojos de estos peces casi apagados: a las profundidades abisales que así se llaman las de más de mil metros, no llega el Sol con sus amarillos rayos, y no habiendo luz, los órganos visuales sobran.

Mas era necesario dar a estos seres la suficiente sensibilidad ocular para que su vida pudiera desarrollarse normalmente en esa región de aguas tenebrosas, y de ahí que posean, como ya hemos dicho, la fosforescencia o luminosidad precisa para señalar su situación al resto de sus semejantes.

Y a tal extremo llega la perfecta organización de sus luces, que no se crea las tienen blancas tan sólo, porque lo cierto es que, además, las poseen rojas y verdes.

Nadie sabe aún si el destello verde indicará «algo» diferente al rojo, o si el blanco tendrá distinto significado que los otros; pero de lo que no hay duda es de que «señalan», de que sirven para el fin que Dios ha determinado, pese a que nosotros, pobres mortales terrestres, no podamos descubrirlo.

John McNally, vestido con el más moderno equipo aislador conocido, idéntico a los que se han citado en páginas anteriores, ideados por el profesor Brief y usados por él y por sus ayudantes en «O», atravesaba velozmente las capas del océano, sin más trabajo que el de dejarse llevar.

Si hubiera caído en la cuenta de que era precisamente Gerold Brief el creador de aquella maravillosa envoltura que le servía para conservarle la vida en el interior del mar, sin hacerle notar ni una molestia a pesar de la enorme presión que estaba soportando, es muy probable que hubiera desistido de su proyectado robo.

Pero el futuro «rey del isótopo» no pensaba en eso. Pensaba en su

próximo «reinado» y en la admiración que causaría al mundo la noticia de que él, sin reparar en riesgos, había sido capaz de apoderarse del cuerpo radiactivo tan celosamente guardado por el científico.

La luz, a medida que descendía, íbase haciendo más débil.

¡Qué titulares le dedicarían, a toda plana, los rotativos de todo el mundo!

—«John McNally —pensó mientras encendía el reflector—, el conocido millonario norteamericano, se apodera audazmente del isótopo de Brief. El multimillonario McNally logra desenmascarar a Gerold Brief...»

El reflector, verdadero cono de luz, le mostraba una extensa faja de agua llena de extraños reflejos y poblada por rarísimos pescados, que le trajeron a la memoria ciertas pinturas de célebres artistas cultivadores de los «ismos».

Grandes masas globosas, de cuerpo traslúcido, se iban quedando por encima de él, que seguía su acuático rumbo en busca del fondo marino. Una bola luminosa, punteada de colores, resultó ser un grupo de peces apiñados que se dispersó con su llegada.

Chocaron con algo sus recias botas emplomadas y creyó que ya había alcanzado el suelo, pero iluminándose los pies con el fanal, comprobó lleno de asombro que ¡estaba detenido en mitad de las aguas!

Dio varios taconazos, y aunque no pudo oír ruido alguno, por estar totalmente aislado, le llegaron por los talones las vibraciones correspondientes a los choques contra algo duro.

Y se quedó perplejo durante un minuto. Se puso luego de rodillas y recorrió con la mano el invisible obstáculo que le había detenido. Sintió algo, agua al parecer, de consistencia maciza y ligeramente arrugado. Estiró el brazo derecho cuanto pudo, deslizando la mano abierta por la rugosa superficie que tocaba, hasta llegar al final de la misma, en cuyo momento los dedos se le doblaron hacia abajo sin encontrar resistencia y fueron a chocar con uno de los laterales de aquella «jaula», como la habían denominado los buzos.

Se desplazó a gatas hasta que sus rodillas tuvieron la blanda sensación del líquido elemento y se dejó caer rozando la pared vertical, sin poderla distinguir ni aún con ayuda del potente foco con que se alumbraba.

Tardó ya muy poco en ver el verdadero fondo del océano, legamoso lecho de millones y millones de diminutos caparazones que, en cuanto los pisó, se le fueron quedando pegados a los pies porciones de ellos, arrancados de cuajo a cada paso que daba.

Con una mano apoyada en el transparente muro caminó en línea recta y tuvo la suerte de encontrar su límite en seguida, antes de lo que se había imaginado. No le cabía duda de que allí era donde estaba escondido el

recipiente del isótopo de Brief.

Allá adentro, medio enterrado en el légamo, había una cosa borrosa, pero de contorno suficientemente geométrico para que no pudiera confundirlo con un pez o con un grupo vegetal. Asió el soplete con mano temblorosa y se dispuso a perforar el paredón que le obstaculizaba el paso hacia su objetivo.

Abrió francamente emocionado la válvula del aparato y un chorro de fuego centelleó un instante, pero el candidato a «rey del isótopo» no pudo verlo; subió cortando el agua con increíble velocidad hasta que alcanzó la superficie del océano y se zambulló en el aire, de la misma espectacular forma que un rato antes lo hiciera Pat, el buzo. Y como éste, tras describir un arco, retornó al mar ante la estupefacción de los tripulantes del *Fly*.

No era el millonario hombre que se amilanase por un accidente como el que acababa de sufrir, que, después de todo, no le había ocasionado el menor mal físico; conque así que se encontró de nuevo sobre la cubierta de su barco, manifestó su determinación de volver a intentar la aventura en el acto.

Trataron de disuadirle, mas ni siquiera los entrecortados sollozos de su bella secretaria rubia fueron capaces de convencerle. En realidad el magnate no se fijó en ella para nada.

La mañana había vestido de sol las brumas de la madrugada; en la costa se veían ya recortarse las siluetas de los edificios; las gaviotas, como si temieran nuevas fantásticas apariciones de hombres voladores, habíanse dado cita a bordo del *Fly*; las crestas de las olas tenían ya la espuma teñida de amarillo...

Sentada sobre un rollo de calabrote, con los codos apoyados en las rodillas y la cara tapada con las manos, y sin dar explicaciones a los marinos que remoloneaban a su alrededor sin atreverse a consolarla, miss Eva Todd lloraba tímidamente.

No lo hacía por temor al peligro que iba a correr su jefe, cuyos actos le traían sin cuidado. Sollozaba por sentirse impotente para evitar el injusto proceder del millonario, y por tener que dejarle salirse con la suya, sin atreverse a enfrentarse con él.

Naturalmente, también lloraba porque se había asustado con las bruscas apariciones de los dos buzos, Pat y su patrón, mas de no haber concurrido las circunstancias apuntadas, ambos sustos los hubiera dominado sin esfuerzo.

Estaba plenamente convencida de la honradez científica del profesor Gerold Brief y de sus colaboradores, y creía a pies juntillas que no tenían nada de míticos sus portentosos descubrimientos, fruto de las maravillosas investigaciones que llevaban a cabo.

De súbito, Pat se quedó boquiabierto. Los movimientos convulsivos de la rubia secretaria aumentaron, pero como quitara las manos del rostro, el buzo

vio que éste estaba resplandeciente, no ya sin huellas de llanto, sino riéndose a carcajadas.

Eran unas carcajadas contenidas a duras penas por los labios apretados, los cuales se entreabrían a veces para dar salida a un chorrito de la descompasada risa que ocultaban en la boca.

—Cada día entiendo menos a las mujeres —confesó el hombre a su compañero Tom dándole un codazo—. Esta ha pasado sin transición de las lágrimas a la risa.

Miss Todd, la rubia cabellera flotando al viento, se levantó del incómodo asiento que se había buscado para llorar y se encaminó a la borda del *Fly* donde se acodó; y como viera que entonces mismo desaparecía el multimillonario bajo las aguas, dio rienda suelta a su risa y llenó de carcajadas todo el navío, haciendo acudir a sus tripulantes en busca de explicación.

Pero ella no aclaró nada. Sin estar calmada todavía dio unos nerviosos golpecitos en la espalda de Spencer que era el que más cerca se encontraba de ella, y con un acento feliz, que puso no obstante un escalofrío en el pecho de cada uno de los lobos de mar, pidió:

— ¡Preparen un equipo para mí! ¡Vamos, de prisa...!

— ¡Pero, miss Todd! —se asombró el maquinista—. ¿Es que va usted a bajar?

— ¡Sí! —afirmó ella con rotunda energía. Y ya no le pudieron sacar ni una palabra más.

Aunque miss Eva Todd no se había puesto una escafandra en toda su vida y no conocía del mar más que las olas, vistas de arriba, tenía sin embargo un perfecto conocimiento del manejo teórico del aparato aislador inventado por el director del «Congress Atomic», de Filadelfia, y sabía que podría encontrarse segura debajo del agua.

Al hacer el pedido de los equipos a nombre del millonario, se vio obligada a estudiar sus características y hasta a compararlas con las de otros muchos, todos los cuales desestimó por parecerle muy inferiores.

No dudó, por lo tanto, en vestirse uno de aquellos estrafalarios trajes verdosos ni en seguir a mister McNally, decidida a impedir, de cualquier forma que fuese, aunque tuviera que emplear el rifle que cogió, el robo que él pretendía.

Se sentía arrastrada por una inexplicable fuerza interior que no podía resistir y que la dominaba por completo. Ella no había visto nunca al profesor Gerold Brief. Es decir, verle, lo que se llama verle, le había visto en varias ocasiones, pero jamás lo suficientemente cerca para poder hablarle.

Las más de las veces le vio a través de los receptores de televisión y notó

siempre que de su fisonomía emanaba un efluvio de inteligencia simpática, que ahora, al admirarle por último en la pantalla de la oficina del puerto, la había conquistado.

No —iba pensando para su escafandra mientras bajaba—; enamorada de él no estoy. No es este sentimiento maternal el que he imaginado para el amor. Si no se tratara del profesor, igual me molestaría en defender una causa justa. Cierto que en este caso concreto se refiere a una cosa suya...

Un gigantesco pulpo, rodeado de escurridizos brazos, pasó por su lado y se quedó mirando con sus estúpidos ojos. Sintió un asco imponente y se puso a pensar en su jefe. ¡El vanidoso mister John McNally, el egoísta mister McNally, el millonario McNally, el multimillonario...!

Pronunció *in mente* la palabra «multimillonario» como si en lugar de ser un título formidable fuera un insulto. ¡Bah! —se dijo frunciendo la frente—. ¡No doy mis pocos dólares a cambio de todos tus millones!

Seguía bajando y bajando. Estaba ya tan desorientada que ni podía calcular los metros que llevaba recorridos. Pero no le importaba maldita la cosa. Su meta era el fondo y ya llegaría.

¡Esa absurda manía de hacerse proclamar «rey del isótopo» para presumir con los amigos —prosiguió reflexionando—, es el colmo de la fatuidad! Menos mal, querido Gerold —se dijo antes de que pudiera darse cuenta de lo que había pensado—, que estoy yo aquí para defenderte.

Se encontró rodeada de tinieblas y encendió el reflector. Se abrió un ángulo tan intenso de claridad que la hizo parpadear deslumbrada. Paulatinamente se fue acostumbrando al nuevo sistema de iluminación y se dedicó a fijarse en lo que tenía en derredor.

Peces deformes nadaban a toda velocidad procurando apartarse de la cegadora luz que turbaba sus dominios; plantas de exótica belleza flotaban por doquier con suave balanceo. Más que animales y vegetales parecían «cosas».

¡Qué raro —pensó la joven— y al mismo tiempo qué atrayente es todo esto! ¡Qué admirable sosiego reina en el seno del mar!

¿Será muy difícil encontrar a mister McNally? A ver si después de haber bajado resulta que no adelanto nada. Pero no quiero desanimarme. Me he ido dejando caer desde el mismo punto de la superficie por donde él lo ha hecho, y malo será que acabe el trayecto tan lejos como para no verle.

Un violento golpe en el pie izquierdo hizo que perdiera el hilo de su pensamiento. A la luz del fanal vio que su bota emplomada se había quedado detenida en un obstáculo que no podía distinguir.

Supuso que se trataba del bloque citado por los buzos y no se preocupó más. Atrajo la pierna hacia su cuerpo, mediante una contracción muscular, y

continuó descendiendo.

Una silueta borrosa, entrevista apenas dentro de una nube de agua cenagosa, señaló a miss Todd la presencia de su jefe. Apartó rápidamente el haz luminoso del reflector y siguió dejándose caer.

Aún no estaba muy segura la bella rubia de cómo se las iba a arreglar para impedir a mister McNally llevar adelante su determinación. Desde luego estaba completamente decidida a intervenir a favor del profesor Gerold Brief, o de «Gerold», Como ya le designaba siempre con la imaginación.

Si el multimillonario se mostraba allí abajo tan testarudo como en tierra firme, si persistía en la idea de querer ser nombrado «rey del isótopo», se iba a encontrar con una sorpresa desagradable.

La mano de miss Eva Todd hizo una caricia al rifle radiactivo que se cruzaba en su espalda; fue una caricia «prometedora» para el magnate... Una caricia que demostraba que la muchacha no pensaba reparar en métodos de «persuasión».

Todavía le faltaban unos cuantos metros para alcanzar el suelo de légamo y caparazones cuando, tratando de avanzar en la dirección en que había distinguido a mister McNally, empezó a moverse.

En aquel momento no lograba verle, pero como sabía que estaba por allí se desplazó medio nadando, medio andando, hacia su objetivo. Y tuvo, mientras, la desastrosa ocurrencia de intentar sacarse por la cabeza el rifle de la espalda, mas el arma enganchó el gatillo en una de las innumerables plantas acuáticas que la rodeaban y se disparó.

Lo primero que vio la bella secretaria después del inopinado disparo fue la negra chimenea del *Fly*, a vista de pájaro. Trazó luego su cuerpo una parábola en el aire, vino hacia ella el océano y se encontró otra vez en el agua. Y a su lado, chocando fuertemente contra las olas, se zambulló John McNally con su inflado equipo.

El pánico de la joven no es para descrito. Pero daba por bien empleado el sofocón, y hasta se alegraba de él, ya que, por lo visto, su casual disparo había servido para obligar a su jefe a subir a la superficie sin poderlo remediar, imposibilitándole de realizar cualquiera sabía qué diablura encaminada a beneficiar su nombramiento de «rey del isótopo».

Lo primero que el potentado dijo en la cubierta ya, no se refirió a lo insólito del caso de que su secretaria estuviera ataviada con un equipo de inmersión, ni a la repetida manera de salir del agua con velocidad de vértigo, que ya se estaba haciendo monótona, ni siquiera al peligro que podía haber corrido.

Lo primero que el millonario dijo, poniendo una energía enorme en sus palabras, fue:

—El próximo miércoles volveré a intentarlo.

Miss Eva Todd, percatándose de que aún le quedaba una semana por delante, no dijo nada. Pero su pensamiento grabó profundamente en su cerebro una idea que expresó con un suspiro:

—Y yo volveré a impedírtelo, John McNally. ¡Por ti..., Gerold!

CAPÍTULO X

EL ”MAL INTERASTRAL”

CUANDO menos pensaban los atribulados hombres de la Tierra, la calma del *Corpuscle* se convirtió en furia desatada, y, sin el menor signo de aviso, su insensible y suave desplazamiento por el espacio se hizo traqueteo insufrible.

Los objetos, que hasta entonces se habían conservado en sus sitios correspondientes y normales, comenzaron a sentir en sus manos los efectos de la grandísima velocidad de la astronave y de la presión que les llegaba del exterior. Unos se rompían en fragmentos microscópicos, y otros, sin peso aparente, se quedaban flotando en el aire de las cabinas en posiciones inverosímiles, adoptando algunas situaciones de equilibrio inestable que muy bien podían calificarse de sobrenaturales.

El profesor, y Gary, y Smoker, de pie en el aire, podían moverse en todas direcciones, lo mismo para arriba que para abajo, como si todo estuviera lleno de escaleras invisibles; pero tenían que estar muy alerta y evitar que las paredes del *Corpuscle*, que se movía desacompasadamente, les diesen algún golpetazo que podía ser mortal.

El desorden más espantoso se apoderó de la nave interastral, y la confusión de sus tripulantes, pese a los avanzadísimos conocimientos de los tres, llegó a su mayor grado cuando comprobaron que tanto los delicados instrumentos de medida como los de mando se habían inutilizado.

Boggu, el metálico hombre de «O», era el único que no parecía afectado por la magnitud de la tragedia que se estaba cebando en la nave. Se mantenía inmóvil en su puesto, sin desplazarse ni un milímetro por fuertes que fueran las sacudidas que agitaban las cabinas, aisladas sólo relativamente ya. Y si éstas se daban una vuelta de campana, él se quedaba como pegado al suelo y giraba también, quizá agarrado con los puntiagudos tacos de sus «zapatones».

Al notar los devastadores efectos que se estaban dejando sentir en el *Corpuscle*, los primeros pensamientos del profesor y de sus dos ayudantes fueron los de vestirse los equipos aisladores, mas el ascensor no funcionaba y les fue imposible *bajar* en su busca. Tuvieron que aprovechar una ocasión en que la puerta del compartimiento se encontró en lo alto para lanzarse sobre ella y colarse dentro.

Ya previstos, gracias a las ropas especiales, del peso suficiente para mantenerse en contacto con las superficies interiores de las cabinas, la estancia en el aparato interplanetario les resultó francamente difícil, muchísimo más que cuando estaban sin él. Antes, la postura boca abajo, por

ejemplo, les era indiferente; ahora constituía un verdadero martirio. Antes, saltando en el aire hacia el lado opuesto que el *Corpuscle* se movía, lograban evitar los choques contra las paredes; ahora, debido al sobrepeso que se habían puesto, no sólo no podían hacerlo, sino que recibían encima los impactos de los múltiples objetos que iban rebotando de tabique en tabique sin caer nunca al suelo.

No les quedó más remedio que despojarse de sus respectivas envolturas con la consiguiente preocupación de todos, a sabiendas de que si se veían obligados a salir al exterior del bólido por cualquier circunstancia, morirían sin remedio.

Por eso, como si los tres hombres se hubieran puesto de acuerdo, hicieron un lío con sus ropas y procuraron mantenerlos cerca.

Parecían nadadores evolucionando en un agua invisible.

—¿Qué va a pasar ahora, profesor? —preguntó el doctor Smoker con ansiedad, atrayendo hacia sí, de un manotazo, la escafandra que se le escapaba.

Gerold Brief se quedó pensativo y se contempló las piernas, que tenía estiradas cuanto le era posible en vano intento de rozar el suelo con las puntas de los pies.

—Ya comprenderá —dijo luego desistiendo de su propósito— que careciendo de todo aparato no me es posible darle una respuesta categórica. Sospecho que nos encontramos camino de la zona de atracción de un astro, en cuya órbita, girando a su alrededor, nos quedaremos... ¡Quién iba a decirnos que el *Corpuscle* estaba destinado a convertirse en satélite!

—Bueno, ¿pero qué ha sido de nuestra energía propulsora? —quiso saber el ingeniero del «Great Laboratory Electronic Corporation», que no se explicaba cómo tan de repente se había adueñado aquel caos de la astronave —. Supongo que el isótopo radiactivo estará en su sitio.

—Pues verá —respondió el profesor retorciéndose como una anguila—, lleva usted algo de razón, pero no del todo. Nuestro isótopo aún se conserva en su sitio, donde estará indefinidamente; ustedes saben muy bien que su materia...

— ¡¡¡Si, ya lo sabemos!!! —interrumpió de mal humor Mark Smoker—. ¡¡¡No nos venga con conferencias, caramba!!!

El científico se puso más serio de lo que ya estaba y replicó con áspera entonación:

— ¡¡¡Ya sabe que no me gusta malgastar palabras ni con conferencias ni sin ellas!!! ¡¡¡Tenga paciencia y déjeme hablar!!!

El doctor parpadeó asombrado y se subió a horcajadas sobre el paquete de

sus ropas aisladoras.

— ¡Perdóneme —dijo—, no tenía intención de molestarle! Debe ser el «mal interastral»...

— ¡Bien —gruñó Gerold Brief—, no necesita excusarse! También yo, por igual causa, le he hablado con excesiva dureza. ¡¡¡Pero no vuelva a ponerse pesado!!!

— ¡¡¡Bueno, profesor!!! —era Sharpener el que gritaba impaciente—. ¿Quiere seguir de una vez?

¡¡¡Estoy deseando saber qué rayos ha sucedido!!!

— ¡Voy, Gary, voy!... —dijo el científico aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir— El isótopo todavía lo tenemos en el departamento de energía, pero por causas desconocidas ha perdido casi toda su radiactividad, lo que ha motivado que el sistema del *Corpuscle* se descompense. La velocidad ha disminuido notablemente, las cabinas se han dejado influir por la variación de la aceleración y, en fin, toda la astronave está sufriendo las consecuencias de que nuestro isótopo se haya transformado. Apenas le queda fuerza para darnos luz.

— ¡¿Y no hay ninguna forma de hacerle recobrar sus cualidades radiactivas?! —terció Smoker, admirado de que el jefe de la expedición estuviera charlando tranquilamente mientras aumentaban las sacudidas de la nave, sin apresurarse a poner remedio a la espantosa situación en que se encontraban.

— ¡No lo sé! —respondió el aludido—. Ni lo niego ni lo aseguro. No tengo más remedio que tener fe en nuestra suerte y, sobre todo, en el Supremo Hacedor.

— ¡¡¡Atiza —chilló Gary Sharpener—, ahora resulta que tiene miedo!!! ¡¡¡Cuánto ha cambiado en poco tiempo, profesor!!!

— ¡¡¡Gary —advirtió Gerold Brief palideciendo—, ni somos sordos ni estamos lejos...!!! ¡¡¡No grite!!! ¡¡¡En cuanto a eso de que tenga miedo, prefiero pasárselo por alto; tengo la certeza de que está usted enfermo!!!

— ¡¡¡Enfermo o no, usted tiene...!!!

El doctor sacó rápidamente su desintegrador y rugió:

— ¡¡Gary Sharpener, si no se calla le desintegro!!

— ¡¡¡Pe...!!!

— ¡¡¡Una sola palabra, una sílaba más y le juro que no dejo de usted ni el recuerdo!!!

El cirujano fulminó con la mirada a su compañero, y el profesor se vio en

la necesidad de mediar:

— ¡No digan tonterías, muchachos, cállense!

— ¡¡¡Pues que deje ese de apuntarme con el desintegrador!!! —aprovechó el ingeniero para gritar otro poco.

— ¡¡¡Pues que no digan inconveniencias!!! —gritó también Smoker, apretando la culata con todas sus fuerzas.

— ¡Gary —recomendó el profesor Brief—, no siga por ese camino! ¡Yo le aseguro que no puede conducirle a ningún sitio bueno! ¡Recuerde que andamos desquiciados y que no es prudente ni hablar demasiado, ni demasiado fuerte! ¡Usted, Smoker, enfunde ese desintegrador!

— ¡Está bien! —concedió de mala gana el doctor, mirando de reojo al palidísimo Sharpener.

Y su palidez, si cabe, aumentó aún más cuando vio que apenas Smoker había guardado su arma terrible, sacaba el profesor la suya y les apuntaba con ella.

— ¡¡¡Señores —les ordenó éste, gritando él ahora—, escúchenme con paciencia, pues de ustedes depende el resultado de mis palabras!!! ¡Tanto usted como usted — el cañón del desintegrador fue el encargado de señalar a cada uno de ellos—, acaban de cometer delitos que, en otras circunstancias menos delicadas que las actuales, ni siquiera hubiese tomado en cuenta; pero las cosas han variado y... ¡¡¡óiganme bien!!! —se desgañitó—, es necesario que nos apoyemos mutuamente, no que nos pongamos a luchar unos contra otros...!

—¡Profesor...! —empezó a decir el doctor.

— ¡Silencio!, ¿lo oye?... ¡Silencio! No admito excusas ni réplicas de ninguna clase.

A pesar del furioso aviso del científico, Sharpener osó hablar para pedir perdón.

—Ya que he sido yo el causante de todo esto, le ruego que me...

Gary no se dio cuenta de lo que había sucedido, y Mark Smoker tampoco. Lo cierto fue que el profesor Gerold Brief, dejándose arrastrar por una fuerza mucho más potente que su voluntad, apuntando a su ayudante, apretó el disparador del arma que empuñaba. Ellos sólo notaron que la pantalla del hombre de «O» se encendía. —... que me perdone —terminó de decir el joven ingeniero; y agregó mansamente—: La pantalla de Boggu se ha iluminado, profesor.

Y se quedó helado, igual que su amigo, al ver que el jefe había pasado de la más feroz de las iras a la alegría más espantosa. Alegría de locura, se dijo

esquivando el desintegrador que el director del «Congress Atomic», de Filadelfia, le había tirado y que, pasándole por encima de la cabeza, flotando por el aire, fue a estrellarse contra el tabique de atrás.

— ¡¡¡Yup-pi, Yup-pi, Yup-piii!!!... —gritaba el científico con las venas del cuello dilatadas por el esfuerzo, haciendo extraordinarias cabriolas que le dejaban en posturas inconcebibles—. ¡¡¡Hip, hip, hip, hurraaa!!!...

Los punteados pedazos de cielo que se recortaban en los ventanales del *Corpuscle* giraban locamente al compás de los tumbos que daba la astronave en el espacio.

—¡¡¡Tachín, tachín, ta, ta, tachón!!!... —cantó Gerold Brief, cabeza abajo —. ¡¡¡Tatatachín..., ta, ta, ta... chín!!!...

— ¡Se ha vuelto loco! —pensaron al unísono sus dos ayudantes.

— ¡¡¡Tachín, tachín, tachán..., ta, ta tachíín!!! —siguió cantando él, al parecer, cada vez más alegre.

Detuvo bruscamente la canción que berreaba y braceando ridículamente por el aire se acercó a Gary y se puso a abrazarle gritando:

— ¡¡¡Déjeme que le abrace, querido amigo!!!

¡¡¡Yo, que le he matado, quiero ser el primero que le abrace después de muerto!!!

El muchacho no sabía qué hacer. Estaba perplejo y asustado. Trató, en balde, de desprenderse de los brazos de su jefe, quien le apretaba fuertemente mientras proseguía dando gritos.

— ¡¡¡Usted está muerto, Gary, completa, total y absolutamente muerto!!! ¡¡¡Pero le pasa como al abejorro: No lo sabe y sigue viviendo tan campante!!!

¡Pobre profesor! A sus colaboradores no les cabía duda de que se le habían perturbado las facultades mentales. Seguramente, si persistía en mostrarse tan «cariñosos», sería preciso encerrarle.

¡Vaya un problema que se les había presentado! El desquiciamiento del *Corpuscle*, de poderse contar con la inagotable iniciativa del profesor, no tenía importancia comparado con la lastimosa calamidad que les había caído encima.

Los dos tenían extensos conocimientos del manejo de la nave interastral y del proceso de transformación del isótopo, pero ignoraban mil detalles que únicamente su jefe conocía.

De pronto, el hombre de ciencia se separó de su ayudante y se fue braceando a un rincón de la cabina. Quedó en una posición por demás extravagante, sentado en cuclillas en el aire, tapándose la cara con las manos y resbalándole gruesos lagrimones por las mejillas. Parecía un niño castigado.

El doctor y Sharpener se miraron desafiadores, pero irresolutos. Se barruntaba en el ambiente que la tragedia iba a tener mayores proporciones aún. Bastaría una palabra más alta que otra.

Los ojos de Gary centellearon cuando Smoker volvió a desenfundar el desintegrador, con el ceño fruncido y una silenciosa amenaza en el fondo de sus pupilas.

— ¡¡¡Gary Sharpener —dijo a grito pelado el cirujano de la «Washington Clinic»—, el profesor, aunque él cree que sí, no le ha matado!!! ¡¡¡Él no se equivoca jamás, usted y yo lo sabemos bien, conque tampoco ahora estará equivocado, Gary Sharpener..., el profesor no puede fallar en sus cálculos!!!... ¡¡¡Yo voy a hacer buena su suposición..., matándole a usted!!!

Una brusquísima sacudida del *Corpuscle* colocó a los tres hombres de la Tierra, y a Boggu, claro, cabeza abajo por completo, pero ninguno pareció afectado, ni se tomó la molestia de esquivar la serie de objetos que se precipitaron sobre sus cuerpos.

Mark Smoker, con una lentitud rayana en martirio chino, comenzó a dirigir el cañón del arma al pecho del ingeniero. Ya lo estaba alcanzando cuando se oyó la voz del profesor, tan serena y tranquila como antes de «aquello».

—Smoker, piense lo que va a hacer. No se precipite, se lo ruego... Concédame cinco segundos antes de disparar.

Gerold Brief, acostado en el aire, se aproximó a sus ayudantes sin dejar de hablar.

—Espere, amigo mío —díjole al cirujano—. Piense que Gary es nuestro compañero, piense que los tres somos compañeros... —desvió el desintegrador, sin que Smoker ofreciera resistencia, y trató de quitárselo de la mano—. Suelte, no sea testarudo. Piense que hemos emprendido juntos esta aventura y que juntos debemos terminarla. Suelte...

Y tirando suavemente del arma terrible, se la quitó al doctor, que estaba como alelado, inmóvil y boquiabierto.

Una nueva conmoción colocó a los tripulantes del *Corpuscle* en posición normal, es decir, con la cabeza para arriba y los pies dirigidos en sentido contrario.

—Amigos —habló el profesor—, si queremos salir con vida de este lance, tenemos que dominarnos los nervios. De otra forma no podremos volver a nuestra Tierra..., que es lo que estamos deseando los tres. ¡Sí, no nos engañemos, lo estamos deseando con todas nuestras fuerzas! Tenemos ganas de tornar a su superficie, de ver sus prados verdes y sus ríos cristalinos. Este viaje, por encima de todo cálculo, nos está resultando demasiado pesado para nuestros nervios humanos y nos los está rompiendo y haciendo saltar.

Mark Smoker afirmó con la cabeza. Gary Sharpener se mordió un labio.

—A mí —siguió diciendo el profesor Brief—, ya lo han visto, me los ha destrozado hace un momento. ¡Perdóneme, Gary, por haberle matado!

Sus ayudantes creyeron que nuevamente se había apoderado de él la dolencia de las alturas, mas el profesor les tranquilizó:

—No teman —dijo sonriendo—, ni desvarío ni estoy demasiado loco... todavía. Hay muchas cosas que no comprendo... Ya sé que está usted vivo, Gary, pero si lo está no es porque a mí me faltaran ganas de matarle cuando descargué el desintegrador. Le he matado con la intención, porque, puede creerlo, había en mí intenciones asesinas. Creo que si el arma no funcionó, se lo debe usted a Boggu, que debió anular su radioactividad.

— ¡Pero eso es imposible, profesor! —exclamó el ingeniero.

—Hace mucho tiempo, amigo mío, que no existe para nosotros la palabra «imposible», no sé cómo ha podido olvidarlo. Diga mejor que eso es «difícil», y estará más de acuerdo con la realidad.

—Bueno —concedió el muchacho—, pues es..., difícil, como usted quiera, ¡pero por si no lo sabía, le diré que es usted bastante pedante, caramba!

Los ojos del profesor se encendieron un segundo, mas apretó los labios para no dejar salir de la boca lo que estaba pensando, y luego dijo como de pasada:

—Ya comprenderá que después de haber experimentado una alegría tan intensa como sincera, al no desintegrarle hace unos minutos, no me es posible ahora transformarla en pesadumbre. Por eso le perdono sus duras palabras, pero, por favor, no se extralimite.

— ¡Venga! —metió baza Smoker imperativo—, déjense de idioteces y vamos a lo nuestro!

— ¡All right! —estuvo de acuerdo el profesor—. Tratemos de dominarnos y será mejor para todos. ¿Le parece, Gary?

—No tengo inconveniente —murmuró el joven ingeniero—. Pero recuérdenme la promesa cada vez que la olvide, cosa que temo me va a suceder con harta frecuencia.

CAPÍTULO XI

EL ASTRO FANTASMA

EL *Corpuscle* oscilaba más y más. La recta trayectoria que antes siguiera, habíase convertido en un zig-zag impreciso. No obstante, aunque con velocidad decreciente, avanzaba.

—¿Por qué no examinamos punto por punto el estado en que se encuentra la astronave? —propuso el doctor.

—No es necesario —opinó el profesor Brief—. Tanto nos da que se halle en unas condiciones como en otras. Recuerden que vamos hacia la órbita de un astro, Marte quizá, que...

— ¡¡¡¿Pero es que vamos a tener...!!!?

— ¡Gary, su promesa, por favor!

—Perdone, profesor —dijo el muchacho como avergonzado; y repitió—: ¿pero es que vamos a tener que estarnos con los brazos cruzados?

—Mucho me lo temo —asintió Gerold Brief.

— ¡Nos estrellaremos! —exclamó desalentado Mark Smoker.

—No —aseguró el científico—, no lo creo ni remotamente probable. Olvida usted que la capa «circuntalfa» de Marte, atmosférica al fin y al cabo, debe poseer la suficiente elasticidad para despedirnos de ella tantas veces como nos acerquemos. Y también olvida que el *Corpuscle*, además de su forma achatada, que podría servirle de freno, no tiene ahora la necesaria fuerza propulsora para vencer esa elástica resistencia.

—O dicho en otras palabras, que Marte va a estarse eternamente jugando a la pelota con nosotros, ¿no es así?

—Exactamente, no, pero sí con aproximación. El primer choque con la «circuntalfa», aunque en teoría, no olviden que estamos en el vacío, debía reintegrarnos al punto de partida, nos llevará, como ya saben, hasta «infinito menos límite c34 (d-6G)». Nuestra energía cinética, después del contacto, habrá variado considerablemente, y calculo, así por encima, que tardaremos de dieciocho a veinte años en englobarnos en la «circuntalfa».

—¿Y qué pasaría si pusiéramos en funcionamiento el sistema de retro-propulsión?

—Pues nada —se encogió de hombros el profesor—, por la sencilla razón de que no funciona. Inutilizada la energía radiactiva del isótopo, ya comprenderán que será nula cualquier transformación que se pretenda verificar en ella.

Los tres hombres se miraron.

—Se me ocurre una idea —dijo Gerold Brief, parpadeando como si le ofuscase la luz que iluminaba el recinto cada rato con mayor debilidad—. Seguramente no podremos valemos de ella más allá de media docena de días, pero vale la pena probar. Quitemos de los equipos aisladores las porciones de isótopo que les dominan las presiones, y pongámoslos en el reactor supletorio del *Corpuscle*. Tal vez evitemos la atracción

— ¡¡¡Bueno!!! —gritó Gary hecho una furia—. ¿Y se puede saber por qué no lo ha dicho antes? ¿Es que le gusta hacerse el interesante, o qué?

La contestación del profesor fue muy tranquila:

—No, Gary —dijo flemático—. Recuerde su promesa y no se enfade. No lo he dicho antes porque... ¿qué pueden importamos seis días más o menos?

Durante más de un minuto, nadie habló a bordo de la astronave. Los ayudantes del profesor Gerold Brief, comprendiendo que eran mínimas las probabilidades que tenían de llegar a Marte vivos, o de volver a la Tierra, quedáronse sumidos en unas reflexiones mucho más negras que los recuadros de cielo que se veían a través de los ventanales, pues estos tenían sus tinieblas cuajadas de puntitos brillantes...

—¿Considera desesperada la situación? —indagó Sharpener.

—Según a la clase de desesperación a que usted se refiera —respondió el director del «Congress Atomic» con la tranquila eficiencia que le caracterizaba—. Si lo que quiere usted decir es que si hay peligro de que nos matemos, le diré que no. Por eso no debemos preocuparnos, se lo aseguro. Pero si su pregunta se refiere a si podremos hacernos otra vez con el *Corpuscle*, entonces debo mostrarme pesimista: sin isótopo en cantidad suficiente...

— ¡¡¡Y pensar que dejamos en la Tierra nuestras reservas, porque usted dijo que no precisábamos más!!!

¡Vamos, Gary..., su promesa! Sí, eran inútiles aseguró el científico, moviendo la cabeza al hablar—, no las necesitábamos para nada. Tenga la seguridad de que, de haberlas traído con nosotros, también hubieran perdido sus propiedades radiactivas y no hubiésemos podido aprovechar su energía.

Los terrestres, haciendo caso omiso de los fortísimos bandazos del *Corpuscle*, el cual se había puesto a girar locamente además, empezaron a quitar los botones radiactivos de los equipos.

Tan pronto se encontraban en posición vertical, ya fuera con la cabeza para arriba o para abajo, como acostados en el aire en postura horizontal, y en todas las fases intermedias posibles.

Dando tumbos, en cuanto tuvieron los tres botoncitos, se dirigieron al

compartimiento del *Corpuscle* donde Gary debía realizar el cambio. Y nada más llegar, el muchacho se dedicó en cuerpo y alma al trabajo,

Un cuarto de hora después, el trueque estaba hecho, pero no se notó variación alguna a bordo. Los saltos y los giros de la nave, con la consiguiente desesperación de los expedicionarios, continuaron sucediéndose sin interrupción.

El ingeniero, sudoroso, se puso a gritar como un energúmeno:

— ¡¡¡Vaya un «tío» listo que es usted, profesor!!! ¡¡¡Menudo «patinazo» acaba de dar!!!...

Gerold Brief también dio gritos.

— ¡¡¡Su promesa... —voceó—, recuerde su promesa o no respondo de mis actos!!! ¡¡¡Si me he equivocado no ha sido por mi gusto!!! ¡¡¡El «mal» me ha hecho olvidar que si el isótopo del reactor ha perdido sus cualidades es natural que el resto esté inservible!!! ¡¡¡Pero usted es ingeniero y tampoco lo había notado!!!

Un violentísimo cheque en la proa del *Corpuscle* les dio a entender que ya habían entrado en contacto con la «circuntalfa» marciana, y se vieron rodando por el compartimiento de propulsores y se quedaron pegados a su techo, sin poder mover ni un músculo.

La astronave retrocedió como si hubiera chocado con una goma tensa, y después, con un giro rapidísimo que les hizo caerse al suelo y adherirse a él, igual que anteriormente les sucedió en el techo, enfilo la proa al negro-azul inmenso del firmamento.

La suposición de Gerold Brief se estaba realizando. El primer encontronazo con la «circuntalfa» había tenido lugar. Pero no era eso lo malo. Lo malo era que así, de susto en susto, se tenían que pasar de dieciocho a veinte años, de confirmarse la hipótesis del profesor.

—Bueno —dijo éste cuando la inercia dejó de actuar y pudieron levantarse—, ya ven como yo llevaba razón. En lo sucesivo, hasta que caigamos de nuevo, la brusquedad de desplazamiento será menor. Y no volveremos a chocar...

En aquel preciso instante, como si se quisiera hacer quedar mal al científico, se dejó sentir un terrorífico choque en el *Corpuscle*, cuyos tripulantes terrestres fueron proyectados al techo, de donde viniéronse al suelo doloridos y asombrados, sobre todo asombrados, ya que en el acto experimentaron la sensación de que la astronave se hallaba inmóvil, es decir, sin el bamboleo anterior que la estremecía.

Puestos en pie, subieron con toda la velocidad que les fue posible a la cabina de mando, a través de cuyo ventanal de observación vieron que se

encontraban en la lisa superficie anaranjada de «O», junto al altísimo cráter que se perdía en el cielo.

Aunque la pantalla del hombre metálico se encendía y se apagaba, los tres viajeros intersiderales no lo advirtieron. Estaban contemplando extasiados la maravilla que se ofrecía a sus ojos: una gruesa capa de partículas color naranja, con aquel brillo ultraterrenal que todo el astro tenía, estaba cayendo alrededor del *Corpuscle*.

Boggu, a lo mejor cansado de apagar y de encender su mágica pantalla televisora sin resultado, alargó uno de sus «muñones» laterales y enlazó con él a los hombres de la Tierra, obligándoles a acercarse a donde su cuerpo se encontraba; el «brazo» posterior y el otro lateral, mientras tanto, asieron sendos teléfonos y los aproximaron.

Uno de los aparatos fue cogido por el profesor y el otro por Smoker, pero éste tuvo que dejarlo flotar en el aire porque el cable estaba partido.

—«O», rescatado amigos Boggu —transmitió el elemento QD—. Mas no nunca volver chocar astro blanco.

— ¡¡¡Pero nosotros «queremos» ir al astro blanco, amigo Boggu!!! —dijo el profesor.

—«No. Imposible ahora —decidió el aludido— Ustedes vosotros, mister Smoker, Mark Smoker; y mi compañero es el profesor Gerold Brief, director del «Congress Atomic» de Filadelfia, que se llama Gary Sharpener, recogidos elementos QD, de «O». Ellos, nosotros, llevar ustedes vosotros Tierra. «O», astro particular ser estar. Orbitas escogen elementos QD todos siempre. Tierra suya rápidos llevar hombres amigos mucho Boggu.»

—¿Qué dice, profesor? —inquirió Gary, que no podía oír la conversación.

— ¡Dice que estamos en «O», que los elementos QD nos han apartado de la «circuntalfa» del astro blanco, y que ahora nos llevan a la Tierra! ¡Escuchen!...

El científico se quitó de la oreja el auricular del teléfono y sus ayudantes pudieron enterarse de las palabras de Boggu:

—«Detectores orientan rumbo depósito radiactivo. Elementos QD poder no nunca llegar líquido agua Tierra: mecanismo deteriora todo luego. Ustedes vosotros solos ir. Nosotros esperar vuelta siempre. Boggu, elemento QD, ayuda seres Tierra, grande fuerte ser.»

— ¡¡¡Está diciendo que...!!! —gritó Smoker.

— ¡¡¡Estamos salvados!!!

— ¡¡¡Sí!!!... —dijo el profesor, en el mismo tono de voz que sus ayudantes sin darse cuenta.

Y los tres unieron sus alegres gritos y un ¡hurra! resonó en el *Corpuscle*.

—Pues ya que estamos aquí y no tenemos que hacer, vámonos a dar una vueltecita por este simpático «O»— propuso el doctor, mirando por el ventanal, así que estuvieron algo calmados—. ¿Les parece bien?

— ¡Estupendo, Smoker! —saltó Gary—. Es una idea colosal. Pero para ponerla en práctica tenemos que reponer los botones radiactivos en las escafandras.

— ¡Vaya, vaya! —dijo complacido el profesor—, ya veo que el «mal interastral» está dejando de hacernos sufrir sus efectos! De otra forma ninguno nos hubiéramos dado cuenta de que había que poner en su sitio la substancia radiactiva.

Bajaron alegremente al departamento correspondiente. Quitaron los botones de los reactores y volvieron a colocarlos en los equipos. Sentían una euforia indescriptible, pueril, que, de haberse detenido a pensarlo, no hubieran sido capaces de explicarse.

La quietud que experimentaba el *Corpuscle* y la latente seguridad de que Boggu cumpliría su «palabra» y les remolcaría hasta la Tierra, habíales quitado toda preocupación.

Gary Sharpener, ululando como los indios, hacía contorsiones en torno a Smoker y al profesor, quienes cantaban una canción guerrera cogidos de bracete. Poco a poco, todos se iban embutiendo en los trajes que debían conservarles la vida cuando salieran al exterior.

— ¡Parecemos los protagonistas de «*20.000 lenguas de viejas sin marido*»! —dijo el doctor en la primera oportunidad.

Y el chiste fue acogido por los alaridos del ingeniero y del profesor, entre saltos fenomenales que les hacía ir a dar cabezazos en el techo.

Hubiérase dicho, al verles tan contentos, que en lugar de estar preparando una excursión que ninguno podía asegurar cómo terminaría, se disponían a asistir a una fiesta ansiada por todos.

Cierto que la expedición que proyectaban era muy del agrado de los tres, pero en circunstancias normales hubieran conservado su típica seriedad.

—Usted es el capitán «Memo» —díjole Smoker a Gerold Brief, el cual soltó un alegre alarido al escucharlo entre las carcajadas de Gary.

Todavía seguían gritando cuando se pusieron las escafandras, y, aunque dejaron de oírse los unos a los otros, se vieron vocear dentro.

Impacientes por partir, gracias a que el profesor tuvo la «graciosa» ocurrencia de ir a decirle adiós al hombre de «O», los audaces viajeros pudieron contarlo.

—«Peligro grande mucho, hombres Tierra —advirtióle Boggu—. Paseo no poder nada. No salir nunca puede ustedes vosotros. Aisladores descompensados, superficie «O» desintegra.

El científico, bañado en frío sudor y desencajado, dio contestación al elemento QD.

—Gracias —le dijo tartamudeando—, muchas gracias, amigo. ¡Eres un amigo de veras!

—Tenemos que suprimir el paseo, ¿no es eso? —preguntó, consternado, Sharpener.

— ¡Claro..., claro que sí! ¡Hemos estado a dos dedos de la muerte! Nuestros cerebros, embotados, no funcionaban con claridad —quejóse el profesor pasándose la mano por delante de la verdosa escafandra, como si quisiera quitarse de ella algún estorbo que no se veía.

—¿Es que nos estamos volviendo locos? —quiso saber el joven, preocupado por lo que acababa de oír al profesor.

— ¡Es el maldito «mal interastral»! —explicó el doctor, empezando a despojarse, imitando a su jefe, del hinchado aislador que se vestía—. No lograremos escapar de su influjo mientras no podamos circular en algo que se mueva con lentitud.

El firmamento iba aclarando el color negro que le envolvía y se tornaba cada vez más azul. Las estrellas que habían estado brillando, íbanse difuminando en el cielo.

El *Corpuscle* seguía sin moverse, pero en su interior todos los objetos que no estaban empotrados en el suelo, flotaban en el aire.

—Se me ocurre —dijo Gary mirando por el ventanal a la desierta llanura anaranjada— que no sé cómo nos las vamos a arreglar para tomar tierra en nuestro planeta.

—Le advierto —rióse el doctor— que no vamos a tomar tierra, sino agua.

—Sí, eso es, naturalmente. Boggu ha dicho que nos dirigimos al depósito de isótopo. Tenemos los equipos descompensados —se desgañitó—, ¿se dan cuenta de lo que eso significa? ¡¡¡Un poco más pronto o un poco más tarde, nuestro fin va a ser el mismo!!!

—No se excite, Gary —recomendóle el profesor, dándole unos golpecitos en la espalda—. Acaba usted de demostrarme que no andaba descaminado al afirmar que nuestros cerebros han perdido gran parte de su sensibilidad. Usted sabe muy bien que la proximidad del depósito radiactivo —explicó tan tranquilo como siempre y tan consciente de su saber—, apenas nos aproximemos a él, hará que los botones de nuestras escafandras y las cargas de los propulsores del *Corpuscle* recuperen, por simpatía, sus cualidades

normales.

—Con lo que unos y otra volverán a compensarse —terció Smoker—, y la astronave estará de nuevo en condiciones de hacerse al espacio.

—Efectivamente —asintió el científico; y agregó para tranquilizar a Gary, que les estaba mirando como el que ve visiones—: Y los equipos, sin el más mínimo riesgo para nosotros, estarán dispuestos para resistir las presiones de las profundidades abisales.

Gary Sharpener recorría nervioso uno de los tabiques verticales de la nave intersideral, subiéndolo y bajándolo sin descanso, con el cuerpo paralelo al suelo.

— ¡Llevan razón, claro que llevan razón! —confesó por fin, deteniéndose un sí es no es avergonzado—. ¡No comprendo cómo he sido capaz de olvidarlo...!

— ¡Bah, no tiene importancia! —disculpóle el profesor—. Todo podrá recordarlo cuando avistemos la Tierra.

—Así es —aseguró el doctor, metiéndose las manos en los bolsillos—. Lo único que podemos hacer es esperar. ¿Me equivoco?

—Me parece que está en lo cierto —opinó, dudoso, el jefe de la expedición—, pero no lo aseguraría mucho..., por si acaso. Yo —indicó su flotante cama— voy a acostarme. Necesito descanso. Les aconsejo que me imiten.

—¿Cuánto tiempo supone que tardaremos en llegar? —quiso averiguar Sharpener.

—¿Qué día es hoy?

—Martes, profesor —contestó Smoker.

—Ya comprenderán —dijo dubitativo el director del «Congress Atomic», dejando en el aire una sábana—, que todo depende de la velocidad que impriman los elementos QD a su astro. Habida cuenta de que nos separan unos sesenta y cuatro o sesenta y cinco millones de kilómetros de nuestro planeta, y tomando como base del cálculo el límite de la aceleración de la velocidad del *Corpuscle*, cuando podía desplazarse por sí solo, creo que en ocho o nueve días podremos estar en casita. Tengo fe en nuestro amigo Boggu.

Intentaron acostarse en sus respectivos lechos, pero como éstos se quedaban flotando en el aire de la cabina que había sido salón, les resultaba imposible permanecer en ellos. Se ponían verticales.

El joven ingeniero, que había llevado el suyo a un ángulo de las paredes, pudo llegar a echarse en él.

— ¡Así no hay quien duerma! —gruñó malhumorado, dando un salto que le hizo ir hasta el ventanal, donde estaba el profesor—. ¡No se puede conciliar el sueño, parece un columpio!

—Lo mismo creo —dijo el profesor, apartándole un pie que se le había quedado al lado de la cara.

El doctor no pronunció palabra. Pensativo, se quedó mirando al techo de la habitación. Profirió un alarido, anduvo horizontalmente por el aire, llegó al techo ¡y se acostó en él con toda tranquilidad! Y con un codo apoyado en el extraordinario lugar que se había buscado para descansar, habló a sus compañeros, que le estaban observando, un poquitín asustados por el grito.

— ¡¿Qué esperan para dormir?! —le dijo—. ¡La cama está servida!...

Las carcajadas del profesor y de Gary rubricaron la humorística orden del cirujano de la «Washington Clinic».

En el ventanal del *Corpuscle*, el cielo, aclarando su azul, no tenía ya ni rastro de estrellas brillantes. La superficie color naranja de «O» refulgía como un ascua.

Sharpener, que fue el último en dormirse, se entretuvo contando los ronquidos del profesor y de Smoker; luego sin notarlo, unió los propios al dúo, y en la astronave, durante siete horas seguidas, se escuchó una desagradable sinfonía

Y porque los tres hombres cayeron de repente al suelo y se dieron el consiguiente batacazo que les hizo despertar, que, si no, hubiera durado más.

— ¡¿Qué ha pasado?!

— ¡¡¡¿Pero quién demonios...?!!!

— ¡¡¡Esto se va a acabar de una vez!!!

Tales fueron las palabras que pronunciaron, llevándose cada cual las manos a las respectivas partes doloridas, los tres viajeros interplanetarios.

Gary se levantó velozmente y quiso volverse a la «cama», pero no le fue posible andar por el aire. No podía levantarse más que un pie del suelo.

Smoker, por su parte, rezongaba improperios contra el causante de su violento despertar, y trataba también de subir al techo. Medio dormido aún, tampoco se daba cuenta de que presentaba una estampa ridícula: daba la impresión de que quería meter el pie en algún invisible estribo que tuviera la pared.

El profesor, frotándose los ojos, se dirigió al ventanal y echó una mirada por él. El exterior estaba envuelto en unas tinieblas tan negras, que ni siquiera el astro anaranjado dejaban ver.

Ya iba a retirarse, decidido a reanudar su sueño, cuando un ser rarísimo, lleno por todas partes de puntos brillantes, con una luz verde junto al oído y otra colorada debajo de un ojo, se le quedó mirando desde fuera.

El profesor Brief, antes de llamar a sus ayudantes para que vieran aquel prodigio, se frotó nuevamente los ojos y los abrió y los cerró varias veces.

—¡¡¡Mi madre!!!... —exclamó a gritos el doctor, sin nada de sueño ya—. ¡¡¡Al fin vemos un marciano!!! Porque no me negarán ustedes que esto es un marciano, ¿verdad?

— ¡¡Anda!!... —chillaba Sharpener al mismo tiempo que Smoker. ¡Pero, pero, pero...! ¡Ja, ja!

Y siguió riendo con tantas carcajadas y tan fuertes y tan nerviosas, que tuvieron que agarrarle, temerosos de que pudiera caerse.

— ¡No me sujeten..., por favor!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ay, que me hacen daño, déjenme en paz!

— ¡Gary, Gary —ordenó el profesor—, cálmese, cálmese! ¡Cálmese! ¡Cálmese!

—Me temo que le vamos a tener que dar un baño frío! —opinó el doctor, que se veía y se deseaba para soportar las embestidas de su compañero sin soltarle.

— ¡¡¡Qué baño ni qué ocho cuartos!!! —gritó el ingeniero, aunque con menos fuerza que antes—. ¡Suéltenme que no estoy loco!

Pero no le creyeron hasta que no se puso a berrear de nuevo:

—¿Pero es que no se dan cuenta —decía— de que ya hemos llegado a la Tierra? ¡¡¡A la Tierra, a la Tierra!!!

— ¡¡¡Pues es verdad!!! —voceó el doctor, soltándole.

— ¡¡¡Naturalmente, claro que sí!!! —gritó, contagiado, el profesor Brief.

Y quizá por primera vez en la Historia del mundo conocido, tres hombres, radiantes de felicidad, llamaron «tierra» al «agua» sin estar locos ni nada por el estilo.

Pero estamos seguros de que si tal confusión la hubiese tenido Rodrigo de Triana, a buen seguro que se hubiera quedado sin el jubón que le regalara Cristóbal Colón por avistar el primero las Américas.

El extraño pez, pues tal era, y no un marciano, el ser que les miraba, un ejemplar de *Malacósteus Niger*, según Gary, se alejó nadando lentamente del ventanal del *Corpuscle*, mientras los tres exviajeros intersiderales advertían la misteriosa desaparición de Boggu, elemento QD de «O».

—Es natural que nos haya abandonado nuestro buen amigo —reconoció el científico, al tiempo que se iba vistiendo uno de los trajes aisladores—. Ya recordarán que su delicado mecanismo no podía resistir la humedad.

—Oiga, profesor —preguntó Mark Smoker—, ¿qué opina usted que originaría la anulación casi total de la energía radioactiva del isótopo?

—A ciencia cierta no lo sé. Es posible que nos las absorbiera eso que Boggu llamaba *mloki*, o fuente de energía universal. Mas, para admitir esto, hay que suponer que sea unos cuantos trillones de veces más potente que el isótopo.

— ¡Fíjense, fíjense —dijo Sharpener indicando el lugar en donde el hombre de «O» había tenido apoyados sus pesados «pies»—, no hay señales de los tacos que sacaba a ratos de los «zapatos»!

— ¡Yo creía que estaba clavado en el suelo —asombróse el doctor—, y que por eso se mantenía tan derecho, pese a las sacudidas del *Corpuscle*! ¿Cómo habrá podido...!

El profesor Gerold Brief, a falta de la escafandra ya, le interrumpió sonriendo.

—Seguro —dijo— que a nuestro elemento QD le parecían... blandas las planchas de «aceralum» que pisaba, y seguro que se encontraba en ellas como si nosotros estuviéramos metidos hasta el cuello en un barril de arena.

—¡Pero profesor —repuso Smoker—, aunque el «aceralum» tiene la ligereza del aluminio, sabe usted que posee una cohesión molecular incomparablemente mayor que la del más duro de los aceres reforzados, conque...! ¡Vamos, que no es como para que Boggu se encontrara como usted dice!

—No olvide que todo es relativo. El «aceralum» a pesar de ser el metal más duro que nosotros conocemos, ha resultado ser, en comparación con la materia que formaba la superficie de «O», a la que Boggu debía estar «acostumbrado», algo así como un colchón de plumas.

— ¡Cierto, cierto! —reconoció el doctor—. No pudimos recoger una muestra del astro anaranjado, ni aun con ayuda del soplete nuclear número 54, es verdad.

—Y usted sabe —remachó el profesor— que con ese soplete no hay «aceralum» que no se pueda partir.

El ingeniero, aislado ya dentro de su equipo, no se enteraba del diálogo de sus compañeros. En dos ocasiones les hizo señas de que abreviasen, pero como ellos continuaran enfrascados en su conversación, se encaminó al ventanal y probó a rasgar la oscuridad reinante en el exterior de la astronave con una pequeña linterna que había quedado en el suelo.

Y así, viendo peces y más peces, algunos todavía sin clasificar, se le pasó el rato sin sentir.

—¿Cómo se las habrán arreglado los elementos QD para dejarnos caer en la Tierra? —extrañóse de nuevo Mark Smoker—. ¡Estábamos clavados en «O» como una flecha en el blanco!

—La explicación es sencillísima, amigo mío. De la misma manera que los elementos QD rellenaban la limpia superficie de su astro, evitándola cualquier grieta, deben ser capaces de abrirla a su antojo. Para verificarlo, ya se dará usted cuenta de que no tienen que hacer más que el proceso de rellenar a la inversa. Pues bien, nos han remolcado hasta la zona de atracción de la Tierra, y nos han soltado en el lugar preciso para que viniéramos a caer junto a nuestro depósito. Ya sabe que el cálculo necesario, conocida la velocidad exacta de rotación de nuestro planeta, es elemental.

—¿Elemental? Entonces no diga usted más: ¡especial para los «elementos»! —se rió el doctor, que acababa de hacer uno de sus chistes, antes de asegurarse definitivamente la escafandra, cosa esta última que el profesor imitó en el acto.

EPÍLOGO

EL director del «Congress Atomic», de Filadelfia, abría la marcha en el fondo del Océano. A corta distancia, le seguían sus dos ayudantes y colaboradores, aislados con los verdosos equipos de escafandras cuadradas.

Caminaban con prisa, deseando emerger cuanto antes. Se dirigían al depósito submarino de radioisótopo, pues ya que se encontraban en sus proximidades, querían llevárselo con ellos.

El agua estaba plagada de vegetales y de peces. Por todos lados se advertía la presencia de la vida. Una vida misteriosa y extraña, pero que a los aventureros, sin embargo, les resultó «familiar», «amable».

Sharpener, convertida la linterna en potente reflector, iluminaba a derecha e izquierda con toda la intensidad que el nuevo aparato permitía.

Él fue el único que, cerrando la marcha, y distanciado de sus compañeros como iba, no advirtió unos destellos a lo lejos, en la dirección precisamente en que estaba el recipiente de isótopo radiactivo.

—¿Han visto? —transmitió el jefe de la expedición—. Me ha parecido un fanal.

—Lo he visto —corroboró Smoker—. Lo que no me explico es quién puede tener el humor de bajar hasta aquí, como no sea con un motivo bien definido.

Gary, que no veía nada por más que miraba, terminó por apagar el chorro de luz con que se alumbraba y caminar sirviéndose del de Mark Smoker, que andaba delante de él.

De nuevo brilló la luz en la lejana oscuridad y esta vez fue el muchacho el que la distinguió.

—¿Se refieren a eso que brilla a la derecha? —preguntó por el transmisor.

—A la derecha, sí —dijo el profesor—, pero en este momento no me ha sido posible verla.

—Tampoco yo... —comunicó el doctor.

—Pues ha vuelto a verse.

Media docena de pasos antes de que el profesor Brief mandara precavido:

—Pongan sus radiactivos a 0’2, no vaya a ser que nos hagan una descarga eléctrica. Apague el reflector, Smoker.

A ninguno le preocupaba la suerte que podría correr el receptáculo que habían confiado al mar. Todos tres sabían que nadie en el mundo sabría

arrebatárselo.

El agua solidificada impediría el paso a todo el que llevara sobre su cuerpo el más insignificante vestigio metálico. Y aun suponiendo que alguien traspasara la acuosa barrera, encontraríase luego imposibilitado de todo movimiento de avance.

No obstante, era sencillísimo alcanzar el recipiente; sencillísimo para ellos. Bastaba con hacer que los botoncitos que «dominaban» los equipos aisladores emanasen radiaciones *lambda*, de inconcebible penetración, que a la par que licuarían el agua, anularían los efluvios paralizadores en un santiamén.

Se movían con cuidado de no revolver el barro, avizorando...

Estaban llegando, a oscuras, al paraje donde estaba la «jaula», sirviéndose de la luz que veían sobre ella, cuando el profesor Brief, asombrado y perplejo, se detuvo. ¡Miss Eva Todd, con su rubia cabellera debajo de una escafandra, era la persona que tenía el reflector!

¡¡¡Y se encontraba a una altura aproximada de tres pisos...!!!

La terrible aventura de Marte volvió a estremecer al científico y le hizo palidecer.

—¿Qué hace usted ahí? —inquirió tembloroso.

— ¡Gerold...! —transmitió la muchacha llena de alegría, dirigiéndole el haz luminoso—, qué susto me han dado! ¡Soy miss Todd, la secretaria de mister John McNally, el multimillonario..., ¿me recuerda?

—Sí, claro que la recuerdo —balbuceó el profesor, caminando de prisa—. ¡Más de lo que se pueda imaginar! ¿Qué hace ahí arriba?

— ¡Impedir que mister McNally se apodere del isótopo! Quiere llevárselo y yo he venido a impedírselo. He creído que el mejor sitio para vigilar era éste, y aquí estoy.

Smoker y Sharpener miraban con la boca abierta a la bella rubia que tan dispuesta parecía a defenderles el radioisótopo, provista de un rifle y todo.

—Baje, miss Todd —habló el profesor con más calma—, ya no es precisa su vigilancia. Además, tenemos que volver el agua a su estado normal.

No se hizo de rogar la joven y se dejó caer graciosamente junto a los tres hombres que la contemplaban con admiración. Pero ella no tenía ojos más que para Gerold Brief, quien, entusiasmado, daba muchas gracias al Cielo por haber hecho que, después de todo, estuviera allí.

Gary Sharpener se puso a maniobrar en la pequeña porción de materia radiactiva que llevaba en su equipo, y en breve espacio de tiempo la «jaula» invisible quedó disuelta en el seno del Océano.

— ¡Ay, qué susto! —murmuró miss Todd al ver que se formaba delante de ellos una especie de remolino.

—No tema, señorita —transmitió el doctor—, es que Gary ha quitado de en medio el estorbo que pusimos. Ahora ya podemos pasar.

Repentinamente la joven cogió del brazo al profesor.

— ¡Ahí está mister McNally! —dijo asustada, señalando al frente.

Pero se tranquilizó en cuanto se oyeron en su escafandra las frases que el hombre pronunció:

—¡Déjelo estar, no se preocupe por tan poca cosa! Nosotros nos vamos a ir de aquí en seguida, y él ni se va a enterar, se lo aseguro.

Mark Smoker y Gary Sharpener estaban muy atareados abriendo una de las bases redondas del recipiente, de cuyo interior extrajo por fin el doctor una especie de soplete de llama casi invisible, con el que se afanó en cortar los cables que le unían al fondo.

El ingeniero, mientras tanto, cerró el cilindro y lo puso horizontal. Aunque debía ser pesado, a juzgar por su volumen, como estaban bajo el agua, tardó menos de quince segundos en la operación.

Miss Todd, azorada, por no mirar al profesor, no perdía de vista a su jefe el cual, alumbrando con su reflector una roca redondeada, con cierto parecido a lo que iba buscando con tanto ahínco, evolucionaba peligrosamente cerca de ellos.

—Tenga la bondad de subir —oyó decir de improviso al profesor, sintiéndose empujada con suavidad hacia adelante.

No entendió lo que Gerold quería decir, y tuvo que repetírselo él, aclarando el concepto.

—Suba al cilindro como si se tratara del lomo de un caballo. Es que nos vamos.

—¿Adónde vamos?

—A casa —dijo con absoluta seriedad el profesor Gerold Brief.

Ya se había puesto a horcajadas Smoker en el recipiente, conque la joven comprendió que pretendían marcharse en tan original vehículo, y exclamó:

— ¡Ay, que a mí me va a dar mucho miedo!

—No debe tener ningún temor. No nos va a pasar nada —aseguró el profesor con sereno acento persuasivo—. Por si ello le sirve para tranquilizarse —agregó mirándola de hito en hito—, le diré que iré pendiente de usted y que la ayudaré a descender.

Y con tal promesa, aunque la bella joven estaba muy lejos de sospechar el alcance de las palabras del científico, se decidió a montar.

En el preciso instante en que el multimillonario les iluminaba con el reflector, el profesor Gerold Brief dio la orden de partida.

—Directos al «Great Laboratory», Gary.

Medio segundo sintió la secretaria de mister McNally la sensación de no poder respirar, y cerró los ojos; luego, cuando aún no había tenido tiempo de asustarse, algo hizo ¡plof!... a su lado.

Abrió los ojos y se encontró con que el profesor estaba en pie junto a ella, ofreciéndola galantemente la mano para ayudarla a bajar del cilindro ¡en un gran patio, seco por completo!

Era uno de los del «Great Laboratory Electronic Corporation», cuyas grandísimas naves de paredes de ladrillos, con infinidad de ventanas abiertas de par en par, presenciaron la increíble arribada.

—¿Qué ha pasado..., Gerold?

—Nada de particular —dijo el aludido, transmitiendo todavía—. Que hemos llegado a casa.

—¿Pe... pero esto qué es? —tartamudeó miss Todd mirando al cilindro, al que parecían haberle surgido por arte de birlibirloque unos alerones laterales, transparentes, como de vidrio, que le daban cierta apariencia de aeroplano.

—Pues es un avión submarino de reacción...

Los dos ayudantes del profesor sonrieron en silencio al ver la cara que puso la muchacha, pero quedáronse muy serios al comprobar que se tambaleaba y caía desmayada en los brazos de su jefe.

Fue un golpe chiquitito el que la escafandra de miss Todd propinó a la de Gerold Brief. Un golpecito que, en teoría, no debía haberles causado el menor desperfecto. Pero en aquel caso práctico, sucedió algo imprevisto: ¡se rompieron como si hubieran sido dos cáscaras de huevo!

Los rostros de ambos quedaron juntos entonces, y miss Todd, que dentro de su desmayo debió conservar algo de conocimiento, lo perdió en su totalidad al sentir sobre sus labios cruzarse en un beso la boca de Gerold.

El doctor Mark Smoker y el ingeniero Gary Sharpener, con los torpes pasos que les proporcionaban las pesadas botas de sus verdosos equipos aisladores, quitándose por el camino sus respectivas escafandras y mirándolas con aprensión, volvieron la espalda a la pareja y echaron a andar hacia una de las puertas del «Laboratory».

FIN

ÍNDICE

COLECCIÓN
LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

31. —Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie*.
32. —¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett*.
33. —Invasión nahumita, *George H. White*.
34. —Mares tenebrosos, *George H. White.*
35. —Contra el Imperio de Nahum, *George H. White*.
36. —La guerra verde, *George H. White*.
37. —Amenaza latente, *Larry Winters*.
38. —Los hombres de Noidim, *Larry Winters*.
39. —La nueva Patria, *Larry Winters*.
40. —El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*.
41. —El reino de las sombras, *Walter Carrigan*.
42. —Las bases de Tarka, *Walter Carrigan*.
43. —El Kipsedón sucumbe, *Walter Carrigan*.
44. —Motín en Valera, *George H. White*.
45. —El enigma de los hombres planta, *G. H. White*.
46. —El azote de la humanidad, *George H. White*.
47. —La ruta de Marte, *Larry Winters*.
48. —Expedición al Éter, *Larry Winters*.
49. —Fugitivos en el Cosmos. *Larry Winters*.
50. —Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters*.
51. —Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson*.
52. —Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett*.
53. —Tierra de enigmas, *Joe Bennett*.
54. —Asteroide maldito, *Joe Bennett*.
55. —Operación cefeida, *Profesor Hasley*.
56. —El Atom S-2, *George H. White*.
57. —El coloso en rebeldía, *George H. White*.
58. —La bestia capitula, *George H. White*.
59. —El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*.
60. —Extraño Visitante, *George H. White*.
61. —Más allá del Sol, *George H. White*.
62. —Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley*.
63. —Entropía, *Profesor Hasley*.
64. —Marte, el enigmático, *George H. White*.
65. — ¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White*.
66. —Raza diabólica, *George H. White*.
67. —Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.

El género humano, que ya había superado la época de sus guerras catastróficas, sufre un inédito motivo de angustia indescriptible con el

INTRUSO SIDERAL

No se trata de un ejército más, es

UN MUNDO

lo que llega, a través del espacio, amenazando la existencia del planeta Tierra

EL PROFESOR HASLEY

describe el complejo y tremendo trastorno cósmico en

INTRUSO SIDERAL

con su inimitable fantasía, bañada, esta vez, por la extraña luz de una ternura sobrehumana

INTRUSO SIDERAL

es el título de la sugestiva obra de

Luchadores del Espacio

que aparecerá en el próximo número de esta Colección

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **5** *pesetas.*

Notes

[←1]

Un megatón equivale a un millón de toneladas de trinitrotolueno.

[←2]

La potencia de las explosiones provocadas aún no llega a los veinte megatones.

[←3]

«House», «casa en inglés, pues tal es el idioma en que se expresa el metálico ser de «O».